

ARMAS Y LETRAS



— DIRECTOR - GERENTE —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO I

NÚM. 11

NOVIEMBRE, 1920

Ayuntamiento de Madrid

LA MEJOR MOTOCICLETA

*De Sport y Guerra
es la*
Harley-Davidson

Exposición y venta:

J. A. de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.



J. M. Clabou



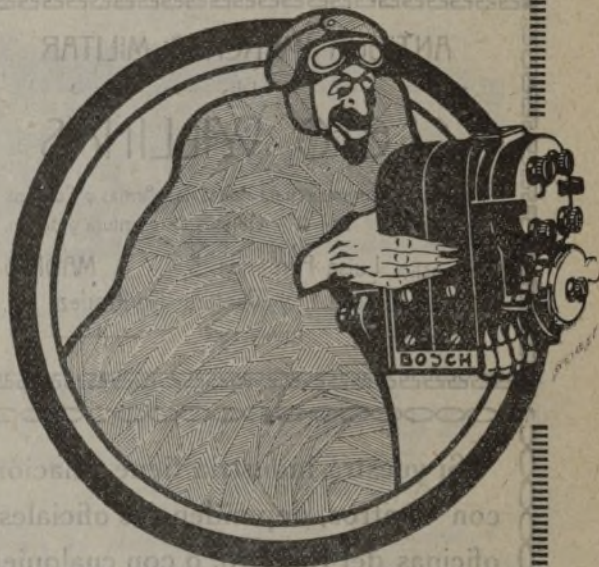
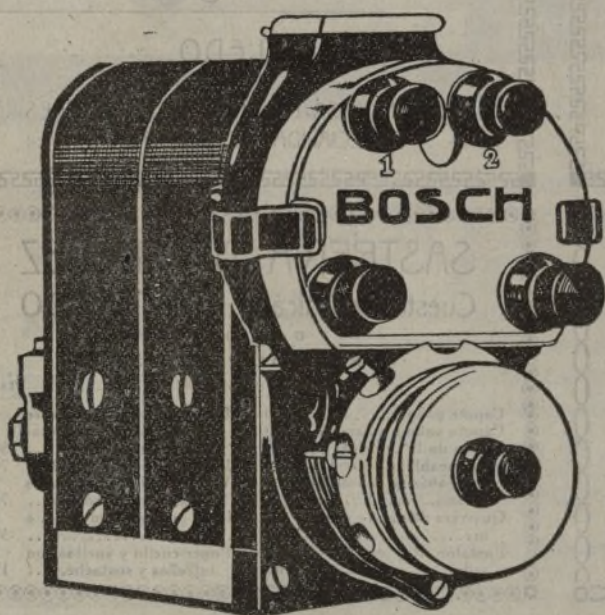


REPRESENTANTES

PARA ESPAÑA DE LAS
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —
WIHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE TO-
— DAS MEDIDAS Y TIPOS —
PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES

DE LA MAGNETO

BOSCH

LEGÍTIMA ALEMANA DE STUTT-
GARD. * COMPLETO STOCK DE
TODOS LOS TIPOS Y BUJÍAS DE
— TODOS LOS PASOS —

ACCESORIOS EN
— GENERAL —

PARA AUTOS, MOTOS Y
— AVIACIÓN —

REINA, 39 Y 41
MADRID

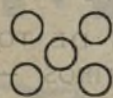
*Pujol Comabella
y Compañía*



SASTRERIA
MILITAR Y PAISANO

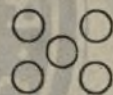
ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID



ROCA

FOTOGRAFO
TETUÁN, 20



ANTIGUA IMPRENTA MILITAR
DE
CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - - MADRID
Zalleres: Zutor, 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

JOAQUIN ARCAL

SASTRE DE LA
ACADEMIA DE INFANTERIA

TOLEDO

PRIMERA CASA EN UNIFORMES MILITARES
* * * ESPECIALIDAD EN GUERRERAS * * *

Si vuestra industria tiene relación
con Centros, dependencias oficiales,
oficinas del Ejército, o con cualquier
manifestación de deporte o ciencia,
**anúnciese en ARMAS Y LE-
TRAS y verá prosperar su ne-
gocio.** Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

Pts.	Pts.
Capote paño 1.ª..... 150	Uniforme kaki de estambre
Capota paño o estambre.. 210	o gabardina con panta-
Pelliza de 1.ª, rizo de id. 120	lón y calzón..... 150
Impermeable gabardina	Idem id. de dril, con id.... 70
con gabán y capota se-	Volver pelliza con todos
parada..... 225	los avios y dorados.... 70
Guerrera de paño o estam-	Idem guerrera con id. id. e
bre..... 120	idem..... 50
Pantalón Rey con franja	Poner cuello y vueltas con
seda..... 60	estrellas y soutache.... 17

Pedro Andion y Compañía.

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cuties y terlices para colchones. Saquerío para envase de lanas
y cereales. Cordelería y tramillas. Yutes para enfardaje.
IMPERIAL, 8 y 16. Teléfono M-1.487.

No hay soldado
valiente si tiene

CALLOS

EL UNGÜENTO MAGICO

* los extirpa en tres días.

En todas las farmacias, 1,50; por correo, 2 ptas.

Antes y después de las marchas y del sport dese un masaje de

EMBROCACIÓN AMERICANA

y será incansable, será campeón.

El reuma y todo dolor desaparecen.

En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

SIN

ESFUERZO



vence todo obs-
táculo un caballo
sometido al cui-
dado de los pro-
ductos **MATA**

USAR

**RESOLUTIVO ROJO MATA
CICATRIZANTE VELOX
ANTICÓLICO F. MATA**

ES HACER ADQUIRIR
FUERZA - RESISTENCIA - VIRILIDAD

LOS TIROLESES



MANZANO Y GÓMEZ

Constructores de vestuarios para el Ejército.

CASA CENTRAL: GRAVINA, 20
MADRID. — TELÉFONO 3.013 - M.

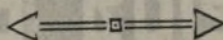
SUCURSAL: SAN FRANCISCO, 32
SEGOVIA

Se remiten modelos libres de gastos a las Juntas económicas que lo soliciten.



SASTRERIA MILITAR NEIRA

Cervantes, 3 y 5.



SEGOVIA

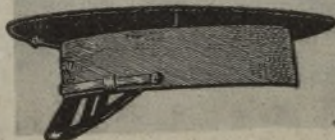


MINGOTE H.^{nos}

Sastrería militar y paisano.

MAYOR, 88, entresuelo.

Frente a Capitanía General. -- MADRID



GORRAS DE UNIFORME

ÚLTIMOS MODELOS EN GORRAS, ROSES Y CHACOTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor, 39.

MADRID

Envíos a provincias.

...y apareció en el ho-
rizonte una estrella que
a los mortales
indicaba el ca-
mino



de la
perpetua claridad....

ZARGON
TIPO ½ VATIO

Fabrica: Corles 397
Barcelona

LOS TIROLESES

Año I

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Núm. II

Redacción y Administración: Mayor, 86

Apartado de Correos núm. 886. - MADRID

Administrador: José Valero de Bernabé.

Número

suelto:

1,50

peseta.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

1,25 pts. al mes. :: Extranjero: 12 pts. semestre.

Director: Vicente Valero de Bernabé.

COSAS DE MARRUECOS

LA DEUDA DE SANGRE

La célebre *vendetta* italiana tiene una reproducción exacta entre los moros.

Con el nombre de *deuda de sangre* se designa la situación en que quedan dos familias cuando un individuo de una de ellas ha matado a un miembro de la otra.

La familia a que pertenece el autor de la muerte es deudora, y los acreedores tienen derecho indiscutible de tomar venganza en cualquier tiempo y circunstancias; desde este momento cambian los papeles, y una muerte cualquiera es origen de una serie de ellas, que sólo termina por los buenos oficios de las personas notables de la cabila, las cuales intervienen para que la deuda se pague en metálico y se verifique la fiesta de la paz, que termina con el de otro modo inacabable número de muertes.

Como en Africa las luchas personales son frecuentes, puesto que, en general, no se reconoce más derecho que el de la fuerza, frecuentes son también las deudas de sangre, y llegan los interesados en ellas a exacerbarse de tal modo, que se practica tranquilamente la caza del hombre por montes, bosques y encrucijadas, y, a veces, tales cacerías, agresiones y venganzas generan en furiosos combates que ocasionan más de una víctima por parte de ambos contendientes. Entonces, cuando la deuda adquiere tales caracteres que amenaza ser un peligro para la tranquilidad de la cabila, intervienen los *kaides*, proponen el arreglo, pesan el pro y el contra, ponen condiciones a los dos

grupos litigantes y queda saldada la cuenta.

Casos hay en que el acreedor no se conforma con la sentencia, y, ante su negativa, se le comina con arrojarle de la cabila con familia, ganado y cuanto pueda llevar encima; tras esta resolución de los notables suele llegar el arreglo; todo moro tiene su casa y sus tierras, que, como a todo propietario, no le conviene abandonar, y menos aun si, como a menudo sucede, son ellas la única fuente de riqueza con que cuenta, y ante este dilema, el perdón o la huida y la miseria, acaban por conceder el primero, y de mejor gana viniendo unido al ingreso de una crecida cantidad de pesetas como pago de la última sangre derramada.

No obstante, hay deudas que se suceden de padres a hijos y duran una porción de años; pero, al cabo, el dinero puede mucho; es un argumento convincente donde el cariño es secundario, y renuncian al privilegio que les concede el derecho, más que el afecto.

I

Declina la tarde; una tarde de agosto bochornosa y tranquila. Por el camino que serpentea sobre la árida llanura marchan tres moros, jinetes en sendos caballos; llevan las carabinas sobre el borren delantero y departen alegres camino de sus hogares.

No se advierte en ellos la sombra de un mal pensamiento, y sus risas y festivas palabras acusan tres conciencias tranquilas.

Una casa se alza al borde del camino; los chiquillos corretean alrededor, revueltos con un burro y algunas vacas; dos ancianos apuran silenciosos sus vasos de té; las mujeres, en el horno, hacen pan mientras charlan sin cesar, y allá lejos, en una altura, un moro invita a la oración.

Los tres caminantes saludan; uno de ellos se detiene y solicita un poco de agua y una mujer se dispone a servirle, sacándola del fresco pozo vecino; los otros dos jinetes han continuado su marcha.

Ahora el camino asciende una suave loma, y, llegado a la cumbre, cae rápido a un arroyo, seco en la mayor parte del año.

Han de marchar de a uno por la senda que baja, y el que va detrás dispara su carabina dos veces sobre su acompañante, que cae del caballo. El agresor huye. Aquel que quedó rezagado acude presuroso; persigue al fugitivo, le hace fuego; pero éste, en carrera loca por el lecho del arroyo, desaparece en sus sinuosas revueltas; los ancianos y las mujeres gritan tratando de avisar a las gentes; el tercero de los caminantes vuelve donde está el caído y le recoge; está muerto; las mujeres de la casa acuden; los chicos huyeron asustados; llega algún moro más de las huertas vecinas, todos contemplan el cadáver, y el caballo de la víctima, salpicado de sangre del amo, olfatea receloso sus vestiduras y da al viento un relincho...

II

Hamed Chuetar, padre del agresor de hoy, fué muerto, años atrás, por El Arbi ben Mohamed, hermano del que ahora ha pagado con su vida la deuda pendiente. Entonces la familia de El Arbi salió de la cabila

ia y desapareció; dejó abandonada la casa y la tierra, y con sus vacas y ovejas se refugió en las escabrosas vertientes del Mauro. Los parientes de Chuetar juraron venganza y se prometieron tomarla muy cumplida en la primera ocasión que se presentara.

Pasaron los años. Cansados los Arbi de su vida errante y aventurera, lejos de su casa, sin amigos, y siendo extraños en los campos de su refugio, pensaron en su hogar; consideraron aplacada la sed de venganza de sus acreedores y marcharon de nuevo a Beni-Sidel, cabila de su nacimiento. La casa, las tierras, todo fué respetado en su ausencia, y una noche llegaron misteriosamente y se establecieron en ellas; al día siguiente aparecieron ante los asombrados ojos de los vecinos, que aun no habían olvidado la ya trasnochada hazaña.

Alguien avisó a la familia Chuetar la llegada de los deudores; la noticia fué recibida con gritos de indignación por parte de los ofendidos, y los varones, considerando llegado el momento, se miraron en silencio, volvieron su vista a los ociosos fusiles y sellaron, sin palabras, un pacto a que les obligaba la costumbre y el recuerdo del padre muerto alevosamente.

Pasaban los días y la ocasión esperada no llegaba; las frecuentes emboscadas sólo servían para exacerbar el ánimo de los que esperaban; los Arbi se rodeaban de precauciones, y jamás se aventuraban solos en sitios peligrosos, y los moros no saldán sus cuentas de sangre ante los extraños al asunto.

Se sabían en la cabila los propósitos de los ofendidos; no se ignoraba la prudencia de los ofensores; un día u otro se esperaba la venganza; pero ante los días transcurridos en aparente tranquilidad, los más pesimistas pensaron en un tácito perdón que acabara con la deuda.

Y los notables, de acuerdo en sus optimismos, descuidaron el arreglo que tenían en proyecto.

Hasta que una tarde, tarde bochornosa de agosto, de vuelta del zoco, y aprovechando el descuido del acompañante, se consumió la tragedia.

III

Ha corrido la noticia como reguero de pólvora. Las dos fami-

lias son sabedoras de su cambio de papeles originado por la muerte.

Los matadores se miran aterrados: se ha dictado la sentencia de muerte para alguno de ellos.

Los Arbi, ante la venganza realizada, cogen sus fusiles y se echan al campo. Van decididos a reñir dura y sangrienta pelea con la otra parte para dejar zanjado de una sola vez asunto tan enojoso; los Chuetar o los Arbi acabarían en el encuentro, y con ellos la deuda que amenazaba ser interminable.

Amparados en las sombras de la noche pretenden atacar la casa de sus enemigos; pero éstos se defienden bien: los perros, sobre los tejados, avisaron a tiempo, y empieza un tiroteo furioso, sin que ningún bando se decida a avanzar. Tras largo rato de lucha, y ante la imposibilidad de llegar al fin, los Arbi se retiran silenciosamente; al día siguiente empezarán las emboscadas y las persecuciones hasta conseguir su objeto.

Los otros no tendrán tranquilidad hasta saldar su cuenta.

Y la cabila, que de tanto tiempo vivía feliz y sosegada, dedicada a sus labores y su comercio, se agitó, una vez más, bajo el espeso nubarrón del crimen que se esperaba.

IV

Enterados los notables de la lucha tramada la noche antes, se reunieron en casa de Chuetar para tratar del asunto.

Después de gran comilona y entre sonoros sorbos de té se entró de lleno en la cuestión. Había partidarios de ambos bandos, y según eran sus afectos eran las condiciones que exigían a los adversarios.

El Kadí tomó la palabra: la familia de Chuetar debía entregar a la de Arbi dos mil pesetas para recibir el perdón y matar un toro el día de la celebración de la fiesta de la paz. Algo se discutió la sentencia por los jefes reunidos, y tras algunas consideraciones hechas por unos y por otros, bajó la pena al pago de mil pesetas y la muerte del toro, cuya carne habría de servir para festejar el advenimiento de la paz entre aquellas tan soliviantadas familias.

Llamóse al ofensor para comunicarle la sentencia; no fué de su agrado, por parecerle excesiva; pero ante la considera-

ción suprema de la constante amenaza de muerte que pesaba sobre él y los suyos y la perspectiva de salir arrojado de la cabila, aceptó las condiciones que se le imponían.

Al día siguiente fué comunicado el acuerdo a los ofendidos; tampoco estuvieron conformes, porque valía más la vida del muerto que la cantidad que por ella pagaban; hacían valer sus derechos de venganza y se mostraban reacios y decididos a cobrar, con el fusil en la mano, sobre el primer varón de la otra familia que se pusiera a tiro.

El Kadí dejó oír sus sabios consejos en una larga peroración llena de citas morales y máximas de Mahoma; exhortó a los más discolos para que otorgaran su perdón, virtud la más noble del corazón humano, y a la terminación de su discurso elocuente, que fué un ardiente panegírico de la paz y los bienes que con ella se disfrutaban, recibió una rotunda negativa de los más jóvenes de la familia.

Entonces los jefes, con solemnidad inusitada, en nombre de la cabila a la cual representaban, recurrieron al consabido dilema: el perdón o la huida y la miseria, viviendo errantes en tierras extrañas, donde todos serían sufrimientos, penalidades, soledad, tristeza...

Tales colores sirpo dar al cuadro que les esperaba el más anciano de los prestigiosos que formaban el Tribunal; tal calor puso en su palabra, autoritaria y dulce a la vez, y tal respeto inspiraban su patriarcal figura, que, al fin, con lágrimas en los ojos, temblando de emoción y de cólera mal reprimida, mirando como en despedida a sus colgados fusiles, que por esta vez no cobrarían la deuda, los Arbi bajaron la cabeza, asintiendo mudamente y dando el «sí» que no se atrevieron a pronunciar sus labios.

V

En principio, todo estaba arreglado. Faltaba que los Chuetar hicieran algunas ventas, necesarias para reunir las pesetas precio de la sangre derramada, y, ya con la conformidad de ambas partes, se verificaría el arreglo.

Algunas precauciones se tomaron para evitar que, mientras éste llegaba, alguna nueva muerte embrollara la buena marcha del asunto que tantas conferencias, idas y venidas ha-

bia costado, y los jefes se relevaban en la vigilancia de las familias contendientes.

Y así llegó el día de la fiesta noble, el día del perdón, el arreglo de la deuda de sangre.

VI

Una templada tarde de verano fué testigo de la fiesta. Con sus mejores galas concurrieron los jefes a la casa de Chuetar, cuyos varones esperaban. Habían de ir éstos a casa del más caracterizado de la otra familia a solicitar el perdón, y salieron todos reunidos. Previamente murió el toro, que ya se guisaba en los calderos. De los poblados salían los chiquillos a ver el desfile; el sol caminaba hacia el ocaso, y la comitiva, pintoresca con sus fantásticas vestiduras, marchaba entre alegre y pensativa.

Se aproximaba a la casa de Arbi; cien metros la separaba de ella y no se veía quien diera testimonio de vida en los alrededores.

Según es uso, los ofendidos habían de salir al encuentro de sus enemigos, dar el perdón y cederles el paso franco a su morada.

Se adelantaron dos jefes, que entraron en la casa de los Arbi; todos esperaban tranquilos, si bien sus rostros no tenían el sello del verdadero perdón y si la actitud de los que van a realzar lo irremediable, lo que les

imponen las personas discretas y razonables de la cabila.

Aunque reacios, salieron de la casa; los otros se acercaban; todos iban con armas, menos los litigantes; al verse los dos grupos hubo un momento de indecisión: alguna cara expresó ira, repulsión, miedo; pero, empujados por los notables, se echaron unos en brazos de otros, besándose en el hombro y en la frente; el Kadi y sus auxiliares canturreaban monótonas oraciones a guisa de bendición; la emoción embargaba los ánimos de todos ante un acto que acababa con las muertes que databan de largo tiempo, y el sol se ocultaba después de iluminar con sus últimos rayos un hermoso cuadro de paz y de perdón.

Terminada la ceremonia, entraron, trémulos, en la casa hasta entonces enemiga; sentáronse todos en amplios almohadones, y entre el buen guisado de carnero, la sabrosa gallina y el característico *alcuzcuz* quedó sellada la reconciliación que jamás sería violada por nadie.

El arreglo de la deuda se ultimó con la entrega del dinero, y aquellas familias que de tan largo tiempo no se podían ver sin pensar en la muerte, quedaron tranquilas y unidas por el hermoso vínculo del perdón que acabó con el derramamiento de sangre.

El Capitán Crispín.

mirable de composiciones químicas tan simplísimas que basta sólo considerar que en ellas no entran mas que "cuatro", cuerpos simples: el oxígeno, el hidrógeno, el carbono y el nitrógeno, que en misteriosas combinaciones forman la materia de todo el reino vegetal. las plantas tienen también la propiedad de asimilarse algunas materias inorgánicas, como el agua, la sal, el azufre, el fósforo (fosfatos) y el hierro, transformándolas en materias orgánicas necesarias para su nutrición.

Fijándonos tan sólo en lo que más impresiona a nuestra mirada profana, en la forma esquemática de las plantas y en su estilización, para poderlas distinguir, clasificar y dibujar, notamos que "alguna ley estética" debe regular la disposición de sus miembros, arrancando de un tallo principal y más robusto y de cada ramificación otras similares, y de éstas, otras, y así sucesivamente hacia cierto límite. ¿Qué digo estética? Y también mecánica, puesto que su alternancia en las ramificaciones son contrapesos para mantener en equilibrio a la planta, siempre hacia arriba y siempre resistente a la violenta presión de los vientos.

Para los profanos en las ciencias naturales nos parece como que todas esas laberínticas ramificaciones no obedecen a ley alguna, sino a caprichosas y arbitrarias casualidades; empero si consultamos al naturalista que estudia a la Naturaleza en contacto con ella misma, al sacerdote de la diosa Flora, al botánico, al filólogo, nos responderán afirmativamente, diciéndonos que, en efecto, existe también una ley que ordena de una manera imprescriptible la disposición estética en el desarrollo y dirección de las ramificaciones de todas las plantas, y que esa ley es nada menos que "matemática", es decir, que en ella preside e impera el número y la medida; que todos sus miembros, tanto las ramas que parten del tallo como las hojas que parten de aquéllas, lo hacen es-

VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

Las matemáticas en la botánica.

Cuando paseamos por el campo y vemos esa variedad tan asombrosa en la vegetación y esa estructura al parecer tan caprichosa de las plantas, no podemos por menos de admirar la sabia economía que en ellas existe. Árboles corpulentos, humildes arbustos, pequeñas matas y enmarañados matorrales y zarzas, todos ramificándose de un tallo central y común que surge de la madre tierra, dentro de la cual se desarrollan al mismo tiempo las invisibles raíces en forma armónica y simétrica con respecto a la parte superior.

Prescindiendo de las acciones dinámicas, meteorológicas y químicas, que vigorizan, nutren y desarrollan su vida vegetativa por medio de la doble circulación ascendente y descendente de la savia y de la doble respiración y aspiración para recibir y expeler el oxígeno y el anhídrido carbónico de la atmósfera, a quien modifican y equilibran por modo saluberrimo para la conservación de la vida y de la energía del reino animal; prescindiendo asimismo de admirar esa muchedumbre de variedades, sintetizadas en una unidad ad-

pacándose en las espiras de una hélice, cada 180° en unas, cada 120° en otras, cada 135° en otras, etc., expresados estos valores angulares en forma fraccionaria de la circunferencia en $\frac{1}{2}, \frac{1}{3}, \frac{2}{5}, \frac{3}{8}, \frac{5}{13}, \frac{8}{21}, \frac{13}{34}$

de ella, cuyos numeradores indican las vueltas de espira, y los denominadores las hojas o tallos comprendidos en el ciclo; y... "he ahí la ley" (1).

En presencia de esa sucesión de fracciones, nos dirá un algebrista:

—Esa es una verdadera "serie convergente", formada cada fracción por la suma de los numeradores y denominadores de las dos precedentes, y además esas fracciones son las reducidas de una fracción continua periódica mixta, que desarrollándola es: $\frac{1}{2} + \frac{1}{1 + \frac{1}{1}}$

Para obtener su fórmula o generatriz, llamemos x a la parte periódica, y la podremos representar por $\frac{1}{2+x}$ (1), y des-

$$\text{glosando la primera porción integrante, tendremos:}$$

$$\frac{1}{2+x} = \frac{1}{2 + \frac{1}{1+x}}$$

Como los numeradores son iguales, lo serán también los denominadores; luego

$$2+x = 2 + \frac{1}{1+x};$$

y quitando denominadores,

$$(2+x)(1+x) = 2(1+x) + 1,$$

$$2+x+2x+x^2 = 2+2x+1.$$

Pasando todos los términos del segundo miembro al primero, haciendo la reducción de

(1) Véanse las notables obras siguientes: *Historia Natural*, de los señores Bolívar y Calderón; *Biología*, de D. César Arévalo; *Les buch der Botanik* (1913), de Strassburgen; *Traité d'anatomie et physiologie végétales* (1900), de Belzung, y *Cours d'anatomie végétal* (1906), de Van Tieghem.

términos semejantes y ordenando con respecto a x nos resultará la ecuación completa de segundo grado

$$x+x-1=0,$$

y aplicándole su fórmula, tendremos:

$$x = -\frac{1}{2} \pm \sqrt{\frac{1}{4} + 1} = -\frac{1}{2} \pm \sqrt{\frac{5}{4}} = -\frac{1}{2} \pm \frac{\sqrt{5}}{2} = \frac{-1 \pm \sqrt{5}}{2};$$

y substituyendo este valor en la función (1):

$$\frac{1}{2 + \frac{-1 + \sqrt{5}}{2}} = \frac{1}{4 - 1 \pm \sqrt{5}} = \frac{2}{3 \pm \sqrt{5}}$$

Como esta fórmula tiene un radical en el denominador, conviene transformarla, para la cual multipliquemos sus dos términos por $3 \mp \sqrt{5}$, y así nos resultará:

$$\frac{2}{3 \pm \sqrt{5}} = \frac{2(3 \mp \sqrt{5})}{9 - 5} = \frac{2(3 \mp \sqrt{5})}{4} = \frac{3 \mp \sqrt{5}}{2}.$$

El signo de ambigüedad nos dice que las dos raíces de la ecuación indican que la generatriz de la fracción continua,

tomando a $\frac{3-\sqrt{5}}{2}$, es la fórmula de las ramificaciones de la planta en la región atmosférica, y la $\frac{3+\sqrt{5}}{2}$ la de las ramificaciones subterráneas, o sean las raíces de la planta.

Como lo que más nos interesa y es más agradable y útil a nuestra vista es la frondosidad y disposición de los órganos de una planta en su parte exterior, apreciemos tan sólo

a la fórmula $\frac{3-\sqrt{5}}{2}$, la que,

calculada por logaritmos para obtener su valor en grados de circunferencia, nos dará:

$$137^{\circ} 30' 28'';$$

valor de la fracción continua total, el cual, obediendo a un teorema que demuestra que siempre dicho valor ha de estar comprendido entre los de dos

reducidas consecutivas, vemos efectivamente, que lo estará entre cada dos términos de la serie

$\frac{1}{2}$	$\frac{1}{3}$	$\frac{2}{5}$	$\frac{3}{8}$	$\frac{5}{13}$	$\frac{8}{21}$	$\frac{13}{34}$
180°	120°	144°	135°	138° 27'	137° 8'	137° 30'

Esos grados nos indican los ángulos de desviación entre las hojas y entre las ramas respecto al tallo en que están insertas.

Ahora bien; ¿quién ha sido el que ha dispuesto esa admirable ley matemática en el grandioso reino vegetal? Porque no hay ley sin legislador. ¿Quién es Este, que así ha dispuesto de una manera tan providente, precisa, rítmica, sincrónica y numérica los desarrollos de todas las plantas, desde las gigantes hasta las más humildes y silvestres? ¿Y todas esas magnificencias, ¿para quién? Para que las disfrute y utilice el "hombre", último objetivo de toda esa maravillosa creación del mundo para que por medio de ella eleve su espíritu en glorioso himno de admiración a ese Creador, Autor y Legislador de la Naturaleza y Autor y Legislador de todas las ciencias que la rigen.

Y aun hay hombres que se permiten negarlo y que si conciben a ese Ser Supremo le niegan el dominio absoluto sobre las leyes a que obedecen todas las obras y fenómenos de la creación! Leyes, para El contingentes, que puede suspender, alterar o derogar cuando a bien le plazca a su infinita sabiduría.

¡Oh, soberbia humana! ¡Oh, rebeldía de los sabios a medias y de los semicultos, de los que no quieren seguir por el camino de la ciencia hasta las últimas consecuencias en sus últimos confines! Sí; la mucha ciencia acerca a Dios; la poca ciencia aparta de Dios.

"Benedicite universa germinatio in terra Domino laudate et superexaltate eum in saecula." (Daniel.—Cap. III, v. 76.)

"Todas las plantas que nacéis en la tierra, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle por los siglos."

Manuel Castaños y Montijano.

DESPUÉS DE LA GUERRA

La tumba del soldado



El combatiente «sólo conocido de Dios»

Al cumplir los dos años del armisticio, Francia e Inglaterra han querido recordar el heroísmo del soldado plebeyo, del soldado sin nombre, tributándole solemne homenaje. El cuerpo de un soldado «sólo conocido de Dios» reposará en Francia en el Panteón, en Inglaterra en la Abadía de

Wetsminster. Junto a los restos de los grandes hombres se hallan ahora estos restos de un pobre soldado cuyo lujoso mausoleo recordará a las futuras generaciones las hazañas del *tommy* y del *poilu*.

Los restos del soldado desconocido se han buscado en uno de esos cementerios de la guerra donde fueron enterrados por centenares los soldados sin conocer su nombre. Se exhumaron los restos de tres cuerpos que se colocaron en cajas. Luego fué designada al azar una de estas cajas y sus restos fueron, los que conducidos en triunfo, han sido llevados al Panteón de los beneméritos de la Patria.

He aquí como describe un testigo la emocionante ceremonia celebrada en Londres.

Antes del entierro solemne, el féretro que contenía los restos del soldado desconocido permaneció en el centro del gran hall de la estación

Victoria, velado por un destacamento del primer batallón de la guardia.

A las ocho y cuarenta y cinco, hora fijada para el levantamiento del cadáver, un armón de artillería fué a unirse al furgón. Al toque de presentar armas, toda la gente se descubre. Mientras, los granaderos sacan del furgón y colocan sobre el armón el féretro, cubierto con la bandera del capellán, sobre la cual se coloca un casco y la espada de honor ofrecida por el Rey. Esta bandera del capellán tiene una historia muy curiosa: En los conciertos dados en la retaguardia del frente, sirvió a menudo de tapiz de la mesa; en los oficios religiosos se usó para la mesa de comunión, y en los funerales cubrió los restos de los muertos gloriosos. A ambos lados se colocaron los generales y almirantes que debían llevar las cintas. Lentamente se puso en marcha el cortejo. A cada minuto una batería dispara las salvas de honor. Desde primera hora los invitados empezaron a llegar a las tribunas y balcones de Withe Hall, reservados frente al Cenotafio. Aparte de las personalidades oficiales invitadas, habían sido escogidos entre las familias más castigadas por la guerra.

Cuando se aproximó la hora de la inauguración estaban cerca del monumento el lord jefe de Justicia, el obispo de Londres, el primer ministro actual y su predecesor, Asquith. En un balcón del Home Office se encontraban la Reina y la Princesa María, la Princesa Victoria, la Reina Maude de Noruega.

A lo lejos se oyen los acentos de una marcha fúnebre.

El Rey, el Príncipe de Gales, los Infantes y numerosos miembros de la familia Real, salen del Home Office. Al llegar ante el Cenotafio el armón arrastrado por seis caballos se detiene. El coro de la Abadía de Wetsminster y de la capilla Real, acompañados de la guardia, entonan un cántico religioso. Al terminar éste, el arzobispo de Cantorbery comienza una plegaria. A las once en punto el Rey oprime un botón y los velos que tapan el Cenotafio caen al pie del monumento.

Entonces para que todos los habitantes del

Reino Unido dediquen un recuerdo a la tragedia que conmovió al mundo, empieza en toda Inglaterra un silencio obligatorio durante dos minutos. Para que ello se cumpla, al sonar esta hora de las once, todo el mundo hállese donde se halle, debe detener su trabajo, parar su marcha, hacer alto en sus ocupaciones; la vida del Imperio se detiene durante dos minutos para pensar en la guerra y dedicar una oración a los que en ella cayeron.

Transcurridos los dos minutos, los clarines de la guardia resuenan y el cortejo se pone en marcha hacia la Abadía de Wetsminster. El Rey de Inglaterra y sus hijos van ahora detrás del féretro.

La ceremonia de la abadía es de una simplicidad grandiosa. Se cantan himnos por toda la concurrencia y el féretro fué tendido en la tumba.

Se presentó al Rey un cofre de plata que contenía tierra de Francia, y el Soberano cogió algunos puñados y los arrojó sobre la tumba.

Cuando las personalidades oficiales se retiraron, un desconocido avanzó y colocó en la tumba una corona de follaje procedente de los jardines de la ciudad francesa devastada de lpres. En el muro, en letras de oro, están grabadas estas palabras: «Un combatiente de la gran guerra conocido de Dios.»

A este combatiente desconocido que representa a todos los combatientes anónimos se dedica el homenaje y el sepulcro.

Todos los que perdieron sus deudos en la guerra

pueden orar ante él, pensando en que quizá sean restos queridos los que por un capricho del azar así reciben el homenaje solemne de la Nación.



LA TUMBA DEL SOLDADO

Proyecto de monumento a los muertos de la guerra de 1914-1918.



VENGANZA DE SABIO

El notable doctor Hill estaba sumamente resentido con la Sociedad Real de Londres. ¡Como que dicha Sociedad no había querido admitirle como miembro, y en cambio había admitido a algunos mediquillos de tres al cuarto! Algo parecido a lo que hace nuestra flamante Academia de la Lengua.

El doctor pensó vengarse de la Sociedad, y se vengó del modo que van ustedes a ver en este mismo instante. Desde una población en que se hallaba escribió una carta al secretario de la docta corporación relatando una cura maravillosa hecha por él. Entre otras cosas escribía:

«Un marinero se había roto una pierna. Encontrábame yo cerca por casualidad, y reuní las dos partes de la pierna rota, y después de haberlas sujetado fuertemente con una cuerda, empapé estas extrañas ligaduras con brea. El marinero, al cabo de muy poco tiempo, comenzó a sentir la

eficacia del remedio, y no tardó mucho en poder servirse de la pierna como antes de la fractura.»

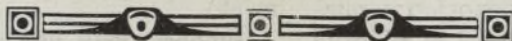
Aquella revelación cayó en la Sociedad como una bomba. Realmente se trataba de una cura maravillosa. El doctor Hill era una eminencia indiscutiblemente... aunque la Sociedad no le hubiera admitido en su seno.

Y pasó lo que tenía que pasar. Hubo discusiones, discursos, controversias, análisis sobre las cualidades curativas y antisépticas de la brea, se escribieron informes, se publicaron folletos y, en fin, se armó un cisco mayúsculo.

Pero he aquí que a los pocos días recibe el infrascrito secretario otra carta del célebre doctor, carta que chorreaba socarronería y que decía así:

«En mi última carta se me olvidó advertirle que la pierna del marinero era... ¡de palo!»

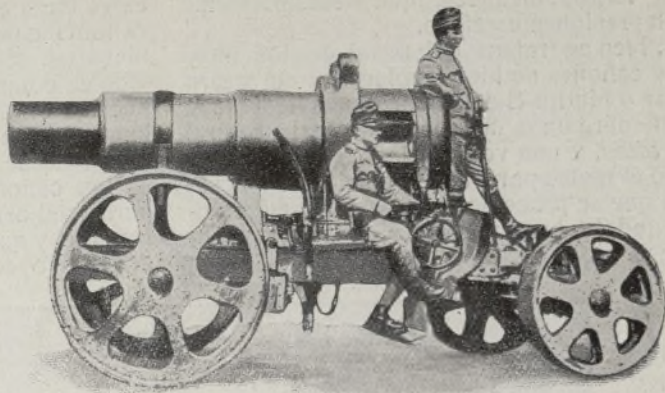
A. T.



Curiosidades

marciales

Los monstruos de la Artillería



Los cañones gigantes.

La guerra que acaba de finar ha sido una guerra de actividades artilleras. Durante el transcurso de ella se han visto en acción los cañones más grandes que pudo soñar la mente humana con sus alcances increíbles de ciento y pico de kilómetros y cañones pequeños, pequeñísimos, que jamás pensó nadie que pudieran tener eficaz intervención.

La admiración de todos, ha sido para los cañones gigantes. Prescindiendo de los famosos *Berthos* que realizaron el bombardeo de París desde una distancia de 120 kilómetros, los que han sido ya tratados por nosotros en anterior número de esta revista, son interesantes en grado sumo los morteros *Skoda* de calibre 30,5 centímetros que unen a la gran movilidad, un enorme poder y precisión.

La pieza va montada en una cuna que se mueve en los brancales de la cureña. En la cuna van los cilindros de freno, y en la parte inferior el aparato recuperador que vuelve al cañón a su posición primitiva, después de efectuado el disparo.

A pesar de su gran masa, bastan cuarenta o cincuenta minutos para el montaje y emplazamiento en batería de esta pieza. El transporte por carretera se hace por medio de tres carruajes automóviles, uno para la cuna, otro para la cureña y otro para la pieza. Sirven cada mortero nueve hombres, de los cuales uno efectúa la puntería en altura, otro la puntería en dirección y otro dispara. El ruido del disparo es un poco mayor que el de los cañones ordinarios, sin que llegue a causar molestias excesivas en los artilleros que sirven la pieza. Pesa el proyectil ojival 380 kilogramos, puede dispararse con un ángulo de 75 grados, alcanzando una altura máxima de 4.000 metros en su trayectoria. De aquí que sea terrible el efecto destructor del proyectil.

Los frenos del cañón.

Quizá la parte más interesante de un cañón de gran calibre son los frenos recuperadores. En

uno de los presentes grabados ofrecemos al lector el fundamento de ellos. La base de todos consiste en un punto de apoyo fijo, por la reja o arado que se clava en el suelo, y el intermedio elástico susceptible de absorber la fuerza de retroceso, devolviendo la cureña a su posición primitiva. Fijos al montaje o cureña, y sobre la parte superior del cañón, van los resortes metálicos, que al retroceder el cañón se comprimen, creando una fuerza reactiva que impulsará a aquel a su posición primitiva.

Mas en el retroceso y en el avance se precisa frenar los movimientos, evitando la celeridad que produciría cambios de posición, y en uno y otro caso actúa el freno hidráulico, interpuesto entre los dos cilindros recuperadores. Consiste este freno en un cuerpo de bomba, lleno de glicerina, con un émbolo que lleva dobles orificios que por la lentitud forzada, con que el líquido los atraviesa para pasar de uno a otro lado del cilindro bomba, contiene en el momento del disparo el brusco retroceso del cañón, y evita, en la recuperación las reacciones violentas.

Cómo se hace el cañón.

¿Cómo del mineral de hierro que se extrae de las minas, pueden fabricarse estos colosos de tal fuerza y resistencia? Es curioso el proceso.

Extraído por el minero de las entrañas de la tierra el mineral de hierro, hay que separar la parte férrea de éste, y el procedimiento que suele seguirse es el empleo del alto horno, donde gotea el metal fundido, a una altísima temperatura, y de allí se cuela en barras o lingotes. El hierro así obtenido es el llamado fundido, muy duro pero quebradizo, y como hace falta obtener el acero que es simplemente hierro con menor o mayor cantidad de carbono y fósforo, azufre, magnesio, etcétera, se acude al empleo, en la forma que en otro artículo anterior dijimos del convertidor Bessemer o los hornos de Martin-Siemens.

Antes se fabricaban piezas de hierro colado y bronce, pero estas han caído en desuso, al exi-

girse a las granadas grandes velocidades iniciales para largos alcances, que necesariamente producen presiones crecidas.

Antes, bien se tratase del metal de los altos hornos y cañones de hierro colado, o del acero Bessemer o Martin-Siemens, se hacía la colada del metal sobre un molde, con una parte central llamada *alma*, y una vez enfriado el conjunto y separado el molde por piezas, quedaba en bruto el cañón que se procedía a desbastar cepillándolo, torneándolo, barrenándolo a calibre y rayándolo por último.

Siendo más fácil y barata la fabricación con hierro colado, se trató de darle a este resistencia para lo que en caliente se le colocó al cañón un tubo interior de acero, o bien manguitos o sunchos exteriores del mismo metal, llamándose las piezas *entubadas* o *sunchadas*.

Con las pólvoras sin humo y velocidades de 500, 700 y hasta 1.000 metros por segundo del proyectil, se prescindió por completo del hierro colado, y se empleó sólo el acero, primeramente haciendo la colada en hueco, y por último obteniendo un bloque macizo que se trabaja perfectamente en los martillos pilones, enormes pesos que se manejan por vapor y que hacen en grandísima escala el trabajo del forjador en la fragua.

Son muchas y muy costosas las operaciones que hay que hacer sufrir a un bloque de acero antes de que sea una pieza de artillería y entre ellas están el barrenado del ánima, el rayado, el desbaste, y la colocación de manguitos exteriores.

Los manguitos no tienen otro objeto en estas piezas que comprimir el primer tercio del cañón, pues colocados en caliente y calculados con una diferencia dada, sólo la necesaria y suficiente, al enfriarse quedan comprimiendo la pieza central que de esta manera puede ser de menos espesor; todo resuelto matemáticamente para que no falle ni sobre metal.

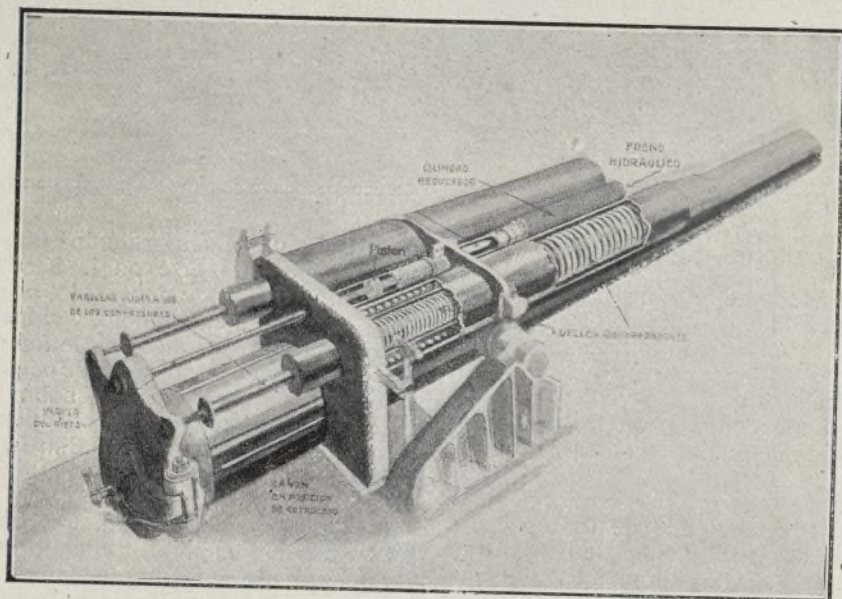
Los cañones se desgastan pronto.

Los cañones se desgastan rapidísimamente,

sobre todo con el servicio intensivo que se les exige en la guerra. Cálculase en efecto que un cañón Sheider de 75 no puede hacer más de 10.000 disparos. En cuanto a las piezas grandes, su vida es comparable a la de las efímeras flores, pues son muy contados los disparos que pueden hacer en condiciones perfectas de tiro.

¿Cómo se produce este desgaste? La muerte de los cañones la ocasiona la erosión de las partes del cañón próximas al nacimiento de las ranuras, y que corresponden a la región recorrida por el proyectil con velocidad débil y bajo las

presiones más intensas. El punto de partida de estas erosiones parece una red de finas grietas que tapiza la cámara para paralelamente al ánima del cañón. Su profundidad y su anchura aumentan con el número de disparos y su reunión forman la nueva superficie del ánima llena de salientes, que son, di-



Los grandes cañones modernos se componen de la forma que indica esta figura para volver a su posición de fuego después de cada disparo. En el momento del retroceso el pistón comprime una mezcla de agua con glicerina y dos potentes muelles recuperadores tratan de volver la pieza a la posición primitiva, regulándose el movimiento por la acción de otro par de grandes muelles.

gámoslo así, los testigos de la superficie corroída por los gases.

La corriente de los gases calientes que, con velocidad media de 4.000 metros por segundo, se escapan a través del espacio que queda entre el proyectil y el cañón, por consecuencia de la dilatación de la cámara de explosión y de diversos fenómenos mecánicos, es la causante de la erosión de los cañones, erosión que a veces alcanza varios milímetros de profundidad y torna incierto el tiro de la pieza y peligroso su servicio.

Los cañones viejos terminan por convertirse en estatuas.

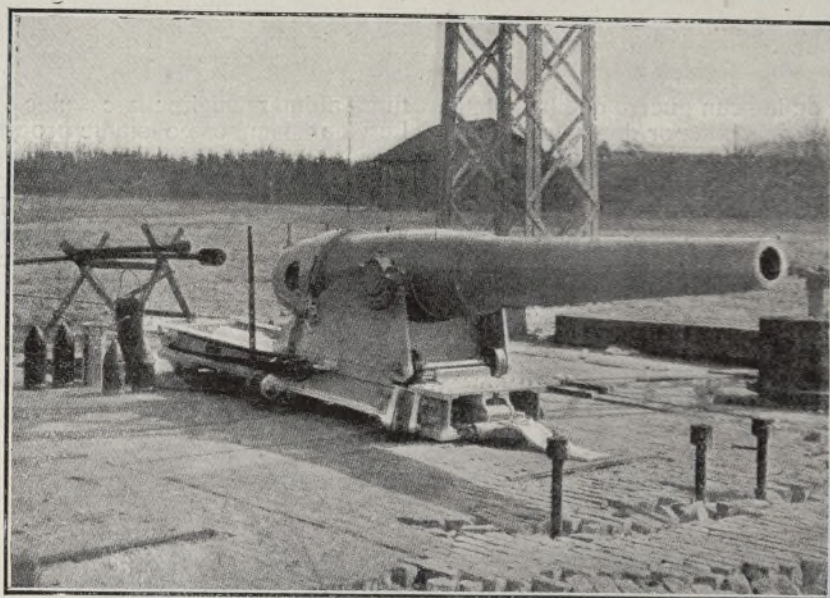
Todas las naciones guerreras han tenido la costumbre de celebrar sus victorias erigiendo monumentos conmemorativos de las mismas, en cuya confección ha entrado como primera materia el bronce de los cañones conquistados al enemigo. Testigos de esa costumbre son, por lo que respecta a España, los leones del Congreso, fundidos, según se sabe, con los cañones tomados a los moros en la campaña de Africa. También

fueron hechas con el mismo material varias de las estatuas de generales ilustres que adornan los sitios públicos de Madrid. Por regla general, casi todas las estatuas de bronce que se levantan en nuestro país, costeadas por el Estado, se hacen con bronce de cañones viejos. En París existe un

elevaba ante el palacio del Senado, y el otro el monumento de la guerra de Turquía, en la fundición de cuya estatua entraron los cañones tomados a los suecos en 1707 por Pedro el Grande, y que se encerraban en los arsenales del Neva.

En Londres son bastantes los monumentos he-

chos con bronce de cañones. Entre otras cosas, podemos citar el capitel de la columna de Nelson, fundido con cañones franceses y la estatua ecuestre de Vellington, en la que está calculado el valor de los cañones fundidos en más de diez mil duros. La estatua ecuestre del general Gough, en Dublín, y el

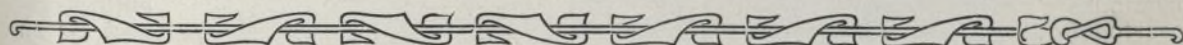
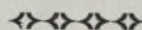


Cañón Krupp de 15 centímetros, montado sobre afuste propio de las baterías de plaza. El cañón con su montaje superior retrocede resbalando sobre la plataforma, volviendo a la posición del fuego por obra de cilindro recuperador que se ve en el centro de ella.

Esas páginas de metal contienen los 76 hechos de armas

que se sucedieron desde el sitio de Boulogne hasta la batalla de Austerlitz, habiendo sido necesario fundir, para modelarlas, nada menos que 1.200 cañones tomados a los enemigos de Napoleón. Dos monumentos a cual más notables poseía Petrogrado en cuya construcción se utilizó el bronce de cañones viejos. Uno de ellos era la estatua ecuestre del Emperador Pedro I. que se

Obelisco Wellingtoniano, en dicha población, tienen el mismo origen. Para construir la primera se utilizaron cañones capturados durante la expedición a China, y en cuanto al segundo se hizo en gran parte con la artillería ocupada por lord Wellington en la batalla de Waterloo.



LA ARAÑA, AUXILIAR TÁCTICO

En 1795, un francés prisionero en Utrecht pasaba el tiempo mirando una araña que tendía su tela dentro de la prisión, y se fijó que el animalito era muy sensible a los cambios atmosféricos. Con sólo fijarse en lo que la araña hacía, el preso sabía si iba a hacer frío o calor.

Los habitantes de Utrecht habían cortado los diques para que el agua impidiese la entrada a la ciudad a los franceses, que la sitiaban, y ya iban éstos a retirarse cansados del cerco, cuando Dislonval, que así se llamaba el prisionero, averiguó

por medio de la araña que se aproximaba una gran helada.

Mediante la promesa de una alta recompensa, pudo hacer que uno de sus carceleros llevase una carta al campamento francés. El jefe de los franceses, Luxemburgo, dió al momento la orden de retrasar la retirada una semana.

Al día siguiente, 16 de Enero, el agua que defendía a Utrecht aparecía congelada, y los franceses, seis días después, cruzaban sobre el hielo y se apoderaban de la población.

RECUERDOS DE LA GUERRA

UNA VISITA A UN HOSPITAL

Puede decirse de la gran guerra que ha estado constituida verdaderamente por dos guerras: una la que los beligerantes emprendieron contra la vida y otra la que los médicos y las enfermedades han librado contra la muerte. Aquí es donde por primera vez los médicos han podido ensayar en grande escala las múltiples maravillas de la asepsia y la antisepsia. En 1870, la asepsia apenas se acababa de descubrir. En la guerra de Rusia y el Japón, el campo de operaciones estaba demasiado lejos de las naciones beligerantes para que fueran muy completos los cuidados sanitarios. Pero esta guerra presencia sus combates más sangrientos en comarcas donde todas o casi todas las plagas se hallan contenidas, por los desinfectantes y en un momento en que la teoría germinal prevalece en la nueve décimas partes de los médicos.

Hoy no se cree apenas en otra enfermedad que en el microbio, conocido o desconocido. La tisis es un microbio; el constipado, otro microbio; se ha llegado a afirmar que la vejez y la locura y la debilidad son también microbios, aunque no se haya conseguido aislar a estos animalejos. El adelanto de la cirugía consiste, sobre todo, en haber descubierto que los heridos no se suelen morir de las fracturas originadas por los golpes, sino de la putrefacción originada por estas frac-

turas al interrumpirse la circulación de la sangre. La vida misma es constante proceso de desinfección. ¿Para qué sirven los pulmones sino para limpiar de gérmenes la sangre venenosa y convertirla de nuevo en sangre arterial? En punto a cirugía, lo importante es limpiar y extraer la materia corrupta; una vez limpia la fractura, el cirujano actual lo compone todo, lo mismo el hueso

de la pierna que el del cráneo el intestino que el estómago. Hay herido al que se le han dado puntadas en el corazón y ha salvado la vida.

Visitamos un hospital que está consagrado principalmente a heridas recibidas en la cabeza, dientes mandíbulas ojos, oídos, narices, cráneo. Es un hospital de ingleses para heridos graves, que no pueden ser trasladados a Inglaterra. Los

traen del frente los hospitales automóviles de la Cruz Roja.

Hay casos de heridos que han llegado al hospital antes de las dos horas de sentir el balazo. El hospital se compone de una serie de casitas de madera y techos de zinc, cuidadosamente pintadas por fuera y por dentro. Lo que nos sorprende es que estas casitas se hallan rodeadas de jardines. Donde quiera que los ingleses han levantado una construcción destinada a durar más de tres meses, lo primero que han hecho es tender un jardín.



Los primeros hospitales se organizan en cualquier parte y un puñado de paja y una manta sirvieron con frecuencia de cama a los heridos de la guerra.

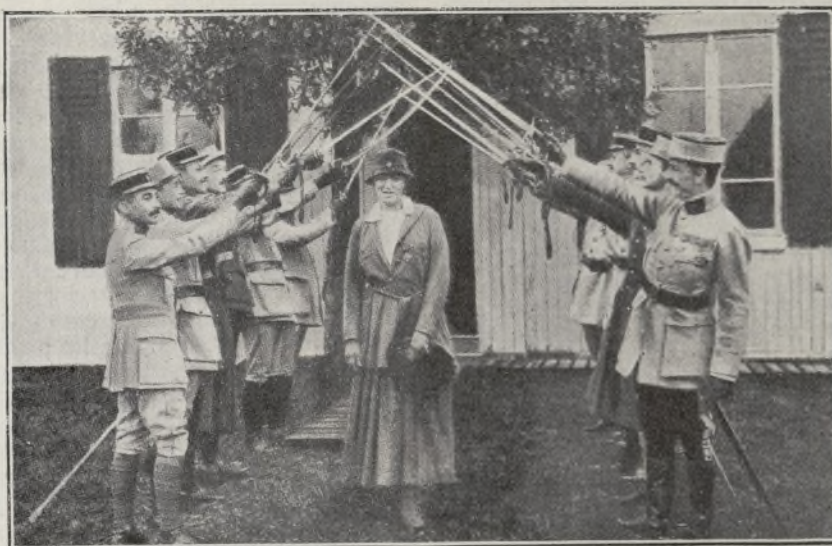
Al frente del hospital hay un artista, también enamorado de su jardín, sólo que este jardín no es ya de tierra, sino de materia purulenta. Este es un cirujano de unos cincuenta años de edad, alto, y grueso, de buen color y energía sin límites, que se dedicaba en el Canadá a hacer proezas con los dientes. Las cosas fáciles no las hacía él, sino sus ayudantes. Lo que le gustaba tenía que ser un caso aparte. Pero dada una operación difícil, allí ponía el hombre toda su alma. Se cuenta de este hombre que le sacaba a uno todos los dientes y los cambiaba con los de un amigo. «La naturaleza», dice este cirujano, «no le da a cada uno siempre aquellos dientes que le corresponden; a veces se equivoca, y hay que corregirla». Pero como los casos interesantes no son muchos, al estallar la guerra nuestro cirujano se vistió de kaki y cruzó el mar. Ahora es feliz. Como la guerra produce toda clase de monstruosidades, este hombre se puede dedicar principalmente a reconstruir caras, sin tener que descender a vulgaridades.

A su departamento favorito suelen llevarle los heridos con inmensas manchas de pus en vez de cara. Hemos visto numerosas fotografías en las que no puede hallarse apenas rastro de lo que eran los ojos, ni la nariz, ni las orejas, ni la boca. Es evidente, aun para el profano, que estas heridas no pueden ser causadas por balas ordinarias. «Cómo se ha hecho?»—preguntamos. «Con balas explosivas»—nos contestan los médicos. Callamos un momento. Pensamos en los horrores innecesarios de esta guerra.

Pues bien; este artista se dedica a rehacer la cara al individuo que se la haya borrado una bala explosiva. En una cama está un soldado al que le falta por completo la nariz; pero, en cambio, muestra en la frente un bulto extraño. No vaya a creer el lector que se le ha metido la nariz en la frente. Lo que le ocurre es mucho más maravilloso que todo eso. En el agujero que tiene en vez de nariz hay un parche tendido de arriba abajo, delgado como cuerda de guitarra. Lo primero que se hizo con este hombre fué lavarle la herida;

inmediatamente se le extrajo un pedazo de costilla sana y otro pedazo de piel del vientre. Con este hueso y esta piel se ha formado una pelota que llegará a ser, andando el tiempo, el órgano ausente. Después se levantó la frente, y luego se colocó dentro de la frente el pedazo de costilla y el pedazo de piel. Allí estaban; allí los palpamos. Cuando esos pedazos de costilla y de piel se hayan regenerado (o lo que sea) serán extraídos nuevamente de la frente y colocados en lugar de la nariz. Dentro de seis o siete semanas irá a su casa este soldado con una nariz nueva. Al principio no le conocerá su propia madre. Pero luego se acostumbrará y quizá resulte más apuesto que antes.

Hay también otro caso maravilloso. Un herido en los pulmones, a quien el aire se le mete en la sangre y le hincha todo el cuerpo. El infeliz que era muy delgado, es ahora un globo; pero ya vá mejor, y acabará por curarse. Se nos muestra numerosos frascos que contienen ojos extraídos; pero no nos es posible detenernos de largo ante este horror.



Las enfermeras voluntarias han prestado en los hospitales inestimables servicios. He aquí cómo los oficiales rinden homenaje a una de ellas cuyos méritos le han valido ser recompensada con la Cruz de Guerra.

Se nos muestra también un poderoso magneto que sirve para extraer cualquier pedazo, grande o chico, de hierro que se nos haya metido en el ojo. Un dentista cuenta, orgulloso, que sólo en este hospital se han renovado más de 5.000 pares de hileras de dientes. Vamos viendo diversas series de complicados aparatos: la sección de radiografía, la de inspección de ojos y oídos. Se nos muestra los baños diversos. Primero fueron los griegos, y luego los romanos, y después los árabes, y más tarde los ingleses. Siempre ha habido algún pueblo que se ha encargado de difundir por todo el mundo el rito de los baños. Se nos muestra la capilla, en cuyo edificio se alternan los domingos la misa católico-romana y los servicios de la Iglesia de Inglaterra. Se nos muestra la cocina. Qué bien se come! La leche viene a diario de Inglaterra. Pasamos de nuevo por otra sala-hospital. Innecesario mencionar la pulcra blancura de las sábanas. Todo está limpio. Un herido se queja. Pero ésta es la única nota de

dolor. Todos los heridos se sienten atendidos como si fueran millonarios en tiempos de paz.

Hemos visitado después un hospital de convalecientes. Es un establecimiento enorme, levantado en la tierra alta, lejos del polvo de la ciudad. Este hospital no se propone mas que atender a aquellos soldados que pueden volver directamente al frente sin necesidad de ir a Inglaterra. Hay muchos soldados a los que la sola fatiga nerviosa les incapacita momentáneamente para seguir viviendo la vida de las trincheras. No tienen nada. Meramente una conmoción nerviosa, quizás originada por la explosión de una granada. Es una de las enfermedades más corrientes de la guerra actual. Qué quieren ustedes! Los nervios de los hombres modernos se hallan siempre demasiado saeudidos. Una conmoción más y ello basta para mandarlos a la enfermería. Lo que sea técnicamente esta conmoción nerviosa ya lo irá averiguando la ciencia. A estos soldados se les trata como una madre trataría a un niño que ha recibido un susto. Se les divierte. Se les entretiene en trabajos menudos. Se les hace jugar a toda clase de juegos y se les da de comer bien.

Esto de comer bien es lo principal. Se les desayuna a las siete y treinta de la mañana; se les sirve la comida a las doce y treinta, el té, a las cuatro y treinta y la cena a las siete de la tarde. Se les hace comer diariamente libra y cuarto de pan, cinco patatas, azúcar, té, queso, mantequilla, dulce, jamón y una libra de carne magra y gorda. El té, es formidable. Las rebanadas de pan y manteca son como para hombres de estómagos amplios. Los «puddings» son como no se sirven en las casas normales de Inglaterra desde hace mucho tiempo.

En este hospital de convalecientes hay ahora unos 2.700 soldados. Viven en sus casitas de ma-

dera y zinc; y también algunos en grandes tiendas de campaña, construídas de tal modo, que se contraen o se dilatan, según sea el número de sus ocupantes.

Los enfermos juegan al billar, a las damas, y al ajedrez y al «tennis» de mesa. En las huerías trabajan ligeramente algunos otros, porque casi todas las legumbres de este hospital se producen en su mismo terreno. En otro departamento hay una hojalatería en que se aprovechan las latas viejas para hacer los platos y los vasos que los soldados necesitan. En otra gran caseta se divierten los sargentos, en torno de un buen piano que les ha sido enviado expresamente de Inglaterra por algún alma caritativa. En otro campo se divierten varios oficiales en jugar al «tennis».

Es, en resumen, una ciudad levantada exclusivamente para atender a los cansados, a los que padecen de conmoción nerviosa, a los heridos leves. «Y a los que padecen de fiebre de las trincheras?»—preguntamos a uno de los médicos militares que nos acompañan. «Estos, no; éstos van a Inglaterra.» La fiebre de las trincheras es uno de los grandes misterios de la guerra. Se ha averiguado, poco más o menos, en qué consiste el entumecimiento de los pies causado por el frío y la humedad. Lo que aún no se ha averiguado es el origen verdad de esta fiebre de las trincheras. Debe de ser una forma especial de paludismo. En otros tiempos, cuando la gente vivía aglomerada en pequeños espacios, existió probablemente alguna enfermedad análoga. No es imposible que la transmitan las ratas por medio de sus parásitos. Para combatirla se desinfectan las trincheras todo lo posible. Pero el misterio no se ha resuelto aún, ni sabemos si se llegará un día a descubrirse.

W.

ARDIDES DE GUERRA

LAS ABEJAS Y LAS SERPIENTES
COMO ARMAS DE COMBATE

Hay dos casos históricos en que las abejas han sido utilizadas como arma de guerra.

Cuando el general romano Lúculo estaba peleando contra Mitridates envió un ejército para apoderarse de la ciudad de Temiscira. Tan pronto como los soldados establecieron el sitio, los habitantes empezaron a echar sobre ellos millares de enjambres de abejas. Estas atacaron con sus aguijones a los soldados, que, conforme al uso de la época, llevaban las piernas y los brazos medio desnudos, y el resultado fué que a las pocas horas el asedio había terminado.

Otro caso se encuentra en la historia de Inglaterra. Habiendo sido sitiada la ciudad de Chester por los daneses y noruegos, sus defensores sajones empezaron a echar sobre los sitiadores cuantas colmenas encontraron en la ciudad, y el sitio fué rápidamente levantado.

También las serpientes han sido utilizadas como armas ofensivas. Ello fué en la guerra sostenida por Aníbal contra Eumenes, Rey de Pergamo, y gracias a este ardid pudo ganar el general cartaginés una batalla con fuerzas inferiores en número a las de su enemigo.

El hecho fué como sigue:

Supo Aníbal, por conducto de un confidente, cuál era el buque donde iba el Rey enemigo, y mandó llenar de serpientes venenosas muchas vasijas de barro, que fueron distribuídas entre los barcos de su escuadra, con orden de aproximarse a la galera de Eumenes.

Así fué hecho, y en el combate que se trabó los de Aníbal empezaron a arrojar tan extrañas bombas al puente del buque regio, que la tripulación tomó a risa lo que ella creía proyectiles inofensivos; risa que se trocó en pánico en cuanto se hicieron presentes los reptiles. La galera capitana emprendió la retirada en cuanto le fué posible, y los comandantes de las demás, creyendo que su Rey huía, se retiraron también; de suerte que Aníbal salió completamente victorioso a muy poca costa.



CURIOSIDADES DE LAS UNIDADES DE EXTRANJEROS

La Legión Francesa y el Tercio Español

Formado sobre las bases que constituye la famosa «Legión extranjera» francesa se ha organizado en nuestro país un Tercio de extranjeros compuesto por ahora de tres Banderas (cada una con dos compañías de fusileros y una de ametralladoras) cuya utilización y empleo táctico será el de tropas de primera línea, y de fuerza para toda clase de trabajos y servicios en tiempo de paz.

La Legión Extranjera Francesa.

Conocido es el funcionamiento de la «legión extranjera» de Francia. Es indudablemente su organismo militar extraño, interesante y romántico. La «Legión Extranjera» es en sí misma un ejército: el ejército de los desheredados, de todas las naciones del mundo. Es algo así como un hospicio moral, como un monasterio, al cual se retira el pecador para entregarse a la penitencia, una penitencia que consiste simplemente en obedecer y obrar. En la Legión tienen cabida todos los hombres; en sus filas encuentra un puesto lo mismo el malhechor que el desesperado o el perseguido injustamente. A nadie se le pregunta su nombre, ni de dónde viene, ni lo que ha hecho. Sólo se exige que el candidato sea robusto, que pueda llevar una pesada mochila, soportar largas marchas y manejar un fusil. Pero una vez admitido, debe ser un soldado obediente, disciplinado, respetuoso con sus jefes y cariñoso con sus camaradas. Y, sobre todo, debe ser valiente, porque el valor ha sido siempre el carácter distintivo de la «Legión Extranjera».

«En otros cuerpos se puede vencer; en la Legión se sabe morir»; tal es el lema bordado en la bandera de este extraño regimiento cosmopolita, que ha sellado con su sangre innumerables campos de batalla.

Antecedentes de la legión.

La Legión fué organizada en 1831, pasando por la curiosa vicisitud de ser cedida a España en 1835; pero creándose otra nueva Legión o continuación de la primera, que siguió en Argelia, y

que con las modificaciones naturales ha llegado hasta el día, y se compone de los regimientos núm. 1 (en Sidi bel Abbés) y núm. 2 (en Saida), y del *regimiento de Marcha* como unidad circunstancial.

Desde 1831, en que fué enviada a Argelia, la «Legión Extranjera» no ha dejado de pelear por el país, que, a cambio de su intrepidez, rehabilita a tantos desgraciados. Las medallas, condecoraciones y honores ganados por este puñado de hombres de todas las nacionalidades, formarían interminable lista. Los oficiales del ejército francés se sienten orgullosos de mandarlos; el número uno de cada promoción de la Escuela de Saint Cyr es destinado a la Legión, y todos los que han estado en contacto con ella, han declarado siempre que el mando de este curioso cuerpo significaba el más glorioso periodo de su carrera.

En otros tiempos, los franceses no podían figurar en las filas de la «Legión Extranjera»; hoy componen la cuarta parte de los 14.000 soldados que, aproximadamente, forman su organismo. El resto lo constituyen individuos de más de veinte nacionalidades distintas. Actualmente hay en la Legión, no sólo gentes de todos los países de Europa, (entre ellos bastantes españoles), sino también americanos, egipcios y chinos. No es cosa fácil, ni mucho menos, averiguar la verdadera nacionalidad de algunos de estos soldados, pues muchos ocultan su nombre y su patria verdadera.

El teniente coronel Millan Astray que actualmente tiene el mando del tercio de extranjeros, ha publicado un interesante trabajo relatando las impresiones de su estancia en Argelia del cual entresacamos las siguientes notas:

La legión extranjera francesa en España.

Como antes hemos indicado, la Legión extranjera francesa fué en una ocasión cedida a España; ella ocurrió el año 1835 en que el gobierno francés decidió auxiliar el ejército liberal con la Legión Extranjera, a la sazón en Argelia, con la doble intención política de no enviar tropas ge-



nuinamente francesas y apoyar al mismo tiempo la causa de la Reina.

Decretado por el gobierno francés el traslado de la Legión a España, y después de vencer algunas resistencias que oponían las tropas legionarias, desembarcaron en Tarragona el día 16 de agosto de 1835, 123 Jefes y Oficiales y 4.021 soldados, cuyo efectivo se aumentó prontamente a 5.000 con la incorporación del Dépôt que estaba en Francia, organizándose seis batallones legionarios a las órdenes del General francés Bernelle.

Durante el transcurso de 1835 a 1838 hicieron la campaña por el Norte de España, batiéndose constantemente y sufriendo toda clase de privaciones, hasta que en campos de Barbastro, el día 2 de junio de 1837, puesta frente a frente de otra Legión Extrajera organizada por el bando carlista, se embistieron con tal denuedo y ensañamiento, que ambas legiones se destrozaron, muriendo Conrad, que mandaba la francesa, y siendo este hecho el principio del fin de estas heroicas tropas, que rotas, maltrechas y miserables hubieron de volver a Francia en 8 de diciembre de 1838, saliendo de Zaragoza una columna compuesta por 66 Oficiales y 183 soldados, como restos gloriosos de los seis batallones que gallardamente desembarcaron en Tarragona.

Como se forma el espíritu de la legión.

Dos aspectos distintos se hallan al analizar el espíritu de la Legión: el aspecto que le proporciona la leyenda, que se ha formado, merced a una exaltada literatura altamente patriótica, cantando épicamente sus gloriosas hazañas, y otro aspecto, el esencialmente marcial y verdadero, que es el tesoro de la Legión, venero que le rinde inagotables beneficios.

Se alcanzó el primero, con una constante propaganda en el libro y en el periódico, buscando el lado romántico de las aventuras guerreras, pintando con vivísimos y alegres colores la vida de campaña, con gloriosos combates y con hechos heroicos, en que la muerte aparece como la más alta recompensa, en donde los sufrimientos son despreciados y el lado amargo de la guerra queda olvidado y oscurecido ante el brillo de las armas, los alegres sonos de las cornetas y los gritos de victoria. Hízose destacar los tipos de los hombres de alta alcurnia que se engancharon de soldados Legionarios y el Príncipe y el Arzobispo y el Duque y el banquero, aparecen como

felices soldados alrededor de la bandera de la Legión. Buscan el contraste y hermanan con aquellos magnates los más temibles criminales, los más crueles hombres que albergaron los presidios, sin dejar de registrar en tan pintoresca estadística, los románticos vencidos por el amor y los calaveras que quemaron cuantiosas fortunas.

El niño alsaciano, el lorenés, por cuyas venas circula la sangre francesa y que huye del maldito opresor para buscar un fusil en su Patria madre con que vengar al que la sojuzgó. También la Legión, ampara con la seda de su bandera, a los que buscan alivio de sus dolores de expatriados ofreciéndoles la ciudadanía, si es honrosamente ganada.

Mas este es el lado poético, de propaganda; el verdadero, lo hemos hallado en el resultado de la mezcla de los hombres de razas distintas que aportan sus virtudes, sus vicios, algunos inmensos, pero que a la hora del cumplimiento heroico del deber, se nombran asimismo representantes de su raza, paladines escogidos de estos pueblos y quieren clavar sus banderas más allá de la más avanzada—y como se mueven dentro de las filas de la Legión— la Legión avanza, impulsada por el orgullo de las razas representadas por los hombres que la componen.

Y dentro de este gran sentimiento, superior a los hombres mismos, se entremezclan otros secundarios y subjetivos, las idiosincrasias; y el bandolero y el ladrón hacen gala de su desprecio a la vida, buscando la primacía en ese sentimiento y el soldado mercenario, el guerrero que nació para ser soldado, quíerele quitar el puesto y el aventurero soñador, el niño indómito que huyó del hogar, se encuentran arrastrados por el huracán de bravura y bravuconerías y así avanza la Legión! y así se muere en la Legión!

La mayor parte de los hombres proceden de *soldados profesionales*, de los que solo el Cuartel es su hogar, inadaptables para constituir familia e incapaces de seguir una profesión u oficio, amantes del campo, de la libertad, de la vida azarosa, se enganchan buscando precisamente lo que han de encontrar en las filas de la Legión.

Los aventureros, los sedientos, de ensanchar los horizontes del suelo que pisan, los amantes de fuertes emociones, aquí también encuentran el medio de realizar sus ansias.

Y luego, en menor grado, los desarraigados



de la sociedad, los que ésta expulsa como escoria, los que huyen de ajustar sus cuentas con la justicia; los desesperados por los reveses de la lucha por la vida, los vencidos, que buscan alimento y casa, aunque hayan de exponer la vida; en fin todas las fuentes de la complejidad humana se vierten en este Cuerpo que purifica a los hombres y los nombra soldados.

Forzosamente al lado de esas excelsas virtudes, que como remate se compendian en el valor, latén con violencia las malas pasiones, los vicios horrendos y repugnantes; es el más señalado la embriaguez, producto, de que ese veneno alcohol, lleva en sus heces, el olvido, la alegría ficticia, el fuego de la locura, lo que buscan las almas doloridas, lo que buscan los cerebros enfermos. Dicen los tratadistas que los jóvenes son los más peligrosos y porque son los que mayor contingente dan de suicidas y llegan a pedir que se rechacen los que no hayan cumplido los veintín años.

Si pudiese saberse la historia de una compañía, aunque más no fuese, de legionarios, seguramente habría asunto para un libro voluminoso y curiosoísimo cual ninguno. Más de un príncipe de alguna familia reinante de Europa, desaparecido repentinamente del mundo, ha formado, o acaso forma todavía, bajo nombre supuesto, en las filas de los legionarios; no hace mucho figuraba en ellas un obispo ruso, y desde luego, es considerable el número de individuos que han sido oficiales y jefes de ejércitos extranjeros, y que están allí como simples soldados.

Las siguientes confidencias hechas por un legionario alemán a un periodista, pueden servir como ejemplo de la historia de muchos de estos guerreros:

«Nací en Brema, y fui soldado en mi país; pero tuve un disgusto con un teniente y me sentenciaron a cadena perpetua. Me escapé, hallé refugio en un barco francés, y en él fui a Gibraltar. Allí oí hablar de la «Legión Extranjera», y en ella estoy, más feliz que nunca. En la Legión no nos hacen ninguna pregunta; por supuesto, a los franceses les hacen poca gracia los alemanes; pero ante ellos paso por alsaciano y me va muy bien. Todos los alemanes hacemos lo mismo al llegar aquí. En cuanto al porvenir, allá veremos. Ahora soy sargento; el año que viene tal vez sea oficial.

Episodios y leyendas.

El espíritu de compañerismo está muy desarro-

llado y cultivado y es gala de la Legión el referir miles de hechos episódicos para demostrar que en Africa jamás ha quedado en el campo un legionario abandonado por sus compañeros, y aun en la gran guerra han sucumbido muchos por retirar a los heridos y aun a los muertos.

Prueba ello el siguiente episodio que me relataron:

Al salir de Bel-Abbés para los Dardanelos una compañía de la Legión, despedía en la estación al capitán su joven esposa, que amorosamente solicitó de los soldados que cuidaran de su capitán, al que temía no volver a verle. «Estad tranquila, señora, que el capitán volverá con nosotros, sea como sea.» Partieron, y un día, en un ataque el capitán cayó, quedando en el campo; la compañía tuvo que volver a sus trincheras, y al llegar a ellas notaron que el capitán faltaba. Fieles a su sagrada promesa, dos legionarios saltan el parapeto bajo terrible fuego enemigo, marchan a ras-tras llevando una sábana, buscan al capitán, lo encuentran, extienden la sábana, tiran del cuerpo del capitán herido y arrastrándose ellos y arrastrando la sábana reintegran al capitán a su compañía. ¡Así, de modo tan sublime se demuestra el compañerismo!

Se habla también entre las leyendas de la Legión, del *Misterioso*, del hombre que no se sabe de dónde viene ni para qué viene. Como hecho curioso se cita que en el año 1897 se presentó un soldado alto, rubio, débil de constitución, elegante en sus modales, silencioso, de muy pocas palabras; sabía la instrucción perfectamente, pero se doblegaba ante el peso del fusil; aceptaba las bromas de los compañeros, pero no intervenía en ellas. Se puso enfermo del pecho, fué destinado al hospital y a los pocos días falleció. A los tres días, unos jefes de la Marina alemana se hicieron cargo del cadáver, lo condujeron al puerto, lo embarcaron e izando el pabellón imperial se le llevaron.

Aquel hombre misterioso era hijo del príncipe Enrique de Prusia, y, por lo tanto, sobrino del Kaiser de Alemania.

El derecho a crear una Legión o tercio de extranjeros.

El teniente coronel Millan Astray, hace también presente en su trabajo el derecho que toda nación tiene de crear unidades de extranjeros. Este derecho se halla fundamentado en los siguientes principios del Derecho Internacional.



»Todo país tiene el derecho absoluto a reclutar extranjeros y a constituir una Legión Extranjera, sin tener temor a herir susceptibilidades de los estados extranjeros.

»Es un acto del poder público del Estado autorizar al extranjero a ser soldado nacional.

»Es también un contrato público.

»El Estado es soberano absoluto dentro de los límites de su territorio y puede hacer cuanto

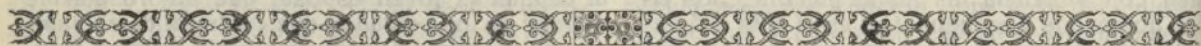
estime conveniente a sus intereses; el reclutar extranjeros es un corolario de este principio.

»No deben preocuparse si han o no cumplido su servicio militar en su país.

»Todos los Estados tienen el mismo derecho.

»Estos soldados pueden y deben ser juzgados por los consejos de guerra.

»No pueden buscar amparo en los consulados suyos y ajenos.»



OCURRENCIAS

Dominico, el popular y célebre Arlequín de la comedia italiana, asistía en cierta ocasión a la cena de Luis XIV.

Mientras éste y su gente devoraban como energúmenos los riquísimos manjares que les servían, al pobre histrión se le hacía la boca agua, lo mismo que al cisne de la fuente de la Plaza de Santa Ana de Madrid. Pero como la obligación estaba antes que todo, nuestro hombre seguía recitando versos y más versos para distraer a aquella asamblea de nobles-tragones. El célebre monarca que sentía lo bello, como el que más, admiraba las portentosas facultades del comediante... y de paso engullía bárbaramente como era costumbre en él.

En esto hubieron de servir unas perdices en una magnífica fuente de plata soberbiamente repujada y cincelada, y Dominico, a pesar de que seguía declamando como un descosido, no quitaba el ojo de la susodicha fuente, que como queda dicho era una alhaja que tenía el primer empeño..

Luis XIV creyó que las miradas del cómico se dirigían a las perdices, y queriendo obsequiarle dijo en alta voz:

—Que le den esa fuente de perdices a Dominico.

Y el tal Dominico que tenía una gramática parda de padre y muy señor mío, repuso con la mayor viveza mientras tomaba en sus manos la fuente:

—¿Las perdices son también para mí?

Con esta salida, se ganó la fuente de plata, que el Luis XIV ordenó le fuese entregada.

Es indudable que el que tiene talento natural sabe resolver en un segundo todas las situaciones embarazosas que se le presenten, por muy embarazosas que sean. No sabemos si ésto lo ha dicho ya algún sabio; por si no ha sido así lo decimos nosotros y ¡está dicho!

Pirón, el famoso poeta satírico francés iba un día a entrar en el salón de un gran señor de la corte de Francia en el momento en que éste acompañaba al duque de Herbert que salía. Lo mismo éste que el poeta, se detuvieron en la puerta dispuestos ambos a cederse cortesmente el paso. Hasta ahora esto no tiene nada de particular. Un duque y un poeta siempre son cortes... mientras no dejen de serlo.

Pero el señor de la casa que debió ser más ordinario que el *idem* de Valladolid, al ver aquel ceremonioso titubeo, dijo al de Herbert:

—Pasad primero, señor duque... El señor no es más que un poeta.

Y entonces replica Pirón:

—¿Un duque y un poeta? ¡Ocupemos el puesto que nos corresponde.

Y pasó el primero.



La loca de Sevilla

—«Lola hermosa, ¡cuanto la amo! ¿Me quiere un poquito?... Nada me contesta... Si supiera, Lola mía, cuanto la adoro, me diría: Querido Pablo, también te quiero».

—«Sí, pero... ¡Vaya, márchese! Ya amanece... ¿Qué dirían, Pablo, si le vieses aquí?»

—«¡Oh! felicidad! Me quieres angel mío de tan dulce sonrisa, ¿me quieres tu, pues, Lolita mía?»

—«¡Vete! Acabo de decirte lo que muy bajo mi corazón murmuraba: te quiero, sí... ¡ahora vete, Pablo!»

—«Antes quisiera una cosa, un beso, ¡uno nada más, encantadora! Es el único beso que te daré como novio, pues el segundo ha de ser ósculo de esposo. ¡Dichosos mis días, arrodillado cerca de tí!»

—«¿Verdad? Seremos felices..., pues ¡tu serás mi dueño, mi señor y mi rey... Ya nació el día. ¡Adiós, vete!... Que te quiero y te querré para siempre».

—«Hasta luego, mi alma; ¡Dios vigile nuestro amor!»

En el acto se marchó con paso alerta y ligero. Lola se quedó pensativa; y su mirada enternecida largo rato siguió a Pablo... aún cuando ya no le vislumbrase más, ¡siempre lo veía con los ojos de su alma!

Por fin, con gracioso donaire de gatita, despezó sus brazos desnudos que doraba la aurora y, volviéndose mujer, se ruborizó ante el sol cuyos primeros rayos ahuyentaban del cielo los velos nocturnos cada vez más y más blancos. ¡Que hermosa era así aquella joven andaluza, medio reclinada, las miradas perdidas en los cielos, sonriendo con ternura en sus ensueños de esposa persuadida ya de su eterna dicha.

Sin embargo, mirad allá, apoyado en su báculo, a aquel hombre de frente pálida, casi calvo; sale, con labios abrasados, de casa de una cortesana, y trata, fitubeando, de andar firme y derecho.

La brisa matinal viene a restablecer sus fuerzas; empieza por echar por doquiera sus miradas vencedoras. En aquel esbirro de ojos medrosos y pérfidos, se advierte sangre ardiente que quema sus venas.

De repente se para, vé a la joven, contempla su frente donde resplandece el candor, su lengua cabellera que el soplo del aire hace ondular, así como mil otras bellezas que disimular la niña quisiera...

No lo vio Lola; cerró su ventana e internóse en casa, pensando siempre en su Pablo.

El esbirro, todo de negro vestido, mucho tiempo permaneció quedo en espera de volver a verla...

¡Ya su mente desvariaba por nuevo amorfo! Siempre ante sus ojos la veía cual en sueño, siempre tan hermosa se dibujaba en su corazón...

No obstante, con despecho meneando la cabeza, esta mentira profirió: ¡Vaya a mi qué me importa!... Pero dentro de sí sintió miedo.

¡Ay de él! Si hubiera podido leer en el fondo de su alma, como hubiese temblado aquel hombre despreciador del amor, aquel que creía la mujer nacida sólo para divertirla y nunca pensó en que pudiera amar algún día de su vida!

Juzgaba al amor cual efecto de la juventud, jergas y placeres... ¿Ignoraba todavía, pues, que amor entraña penas y que amor sin lágrimas nunca fué amor verdad?

Andan su camino los días... Sean de sol o bien de lluvias, ora nos lleven alegrías, ora nos traigan dolores, ya serenos y hermosos, ya sombríos y tristes. ¡Nadie puede mandarles que paren en la hora de la dicha!

Pablo volvió a ver a su Lola, su Lola siempre más enamorada; dos días más vivieron muy felices..

La tercera madrugada, al dejar a su amante, Pablo topó cerca del zanguan con el hombre embozado, prendido de amor.

Del infame ardían los ojos...; había venido a

contemplar a Lola a quien quería con delirio y, al ver a otro amado por la joven, se ahogaba de celos y sofocaba de furor.

Pablo le miró su rostro siniestro y, como no se movía y le estorbaba su camino, con mano vigorosa alejó de él a este esbirro que gritó: ¡hoy mismo morirás!

Lola, al día siguiente, al lucir del alba, salió a su balcón para divisar a Pablo. En medio de la tenue claridad que la envolvía y la aureolaba, se parecía a un cuadro del divino Murillo.

Suelta la cabellera, desnudos los brazos, inquieta, echando por doquiera ansiosas miradas, siente en su corazón secreta angustia que la perturba y de lágrimas hincha sus ojos.

Por allí, por acá, no aparece nadie...

—«¡Diosmío! con todo, la hora ha dado. Debería ver a Pablo. ¿Me olvidará ya? ¿No sabe, pues, mi Pablo, que me hace llorar y que el no venir es portarse muy mal conmigo?»

¡Pobre Lolita! Tan hermosa y tan temprano desdichada; ella amaba, él la amaba: ambos poseían la dicha; todo en ella cantaba el amoroso cántico que oyen los enamorados en el fondo de sus corazones...

¿Quién, pues, al verla, hubiese dicho: pobre niña?... Nadie, ¿Verdad? Lo por venir en manos de Dios está. Podemos intentar de adivinar lo que se nos oculta, pero lentes ni telescopios valen... Como en el cielo, en lo futuro no se ve sino azul.

—«Pablo, ¿qué haces? Pablo, susurraba Lola, ¿por qué no vienes? ¿Quieres matarme? ¡Oh! Pablo, Pablo mío...

Empero, rebelde y sorda, sin contestarle nada, la brisa le daba besos ligeros.

De repente, de pie ante ella, vió a un hombre... Era el esbirro de ojos ambiguos, embozado en su capa negra.

—«Hermosa, dijo; ¿por quien llora?... Dígamelo.

—«¿Conoce usted a Pablo? contestó Lola sin fijarse en él.

—«Ya lo creo, lo conozco; y aún puedo decir la lo que hacía poco há, lo que hace ahora.

Acercándose al balcón con fingida sonrisa: «Déjememe hablarla un minuto; se lo pido por favor.»

Se daba aires de timidez, al pié de la ventana; Lola levantó sobre él sus ojos grandes, de lágrimas henchidos, y, sin adivinar un pérfido en aquel miserable, ¡que por cierto a muchas otras más hubiera podido engañar!

—«¿Qué quiere usted? le dijo; ¿qué quiere decirme?

Pero, ya el hombre sombrío saltó a su lado, la tomó en sus brazos y, preso de delirio, exclamó: ¡«Te quiero a tí, reina de belleza, reina mía!»

—«¡Cobarde! le gritó Lola sacudiendo su abrazo... y, soberbia, dando un salto atrás cual leopardo, arrojó la espalda a la pared y, sin temor, sacó de su pechera y blandió un puñal. ¡Cobarde! si te mueves, te mato.»

Dió voces y, aún ruborizada de vergüenza, los cabellos flotantes, los ojos fulgurantes, el pecho endurecido cual furia, aplastó a aquel hombre vil bajo los rayos de sus miradas: «Pablo, le dijo, me vengará de un cobarde como tu.»

El esbirro le contestó con bafa, pero sin atreverse a acercarse: «Tu Pablo, a ciencia mía, está muy lejos de aquí, chiquilla, y no me puede estorbar mucho.»

—«¿Qué dices? gritó Lola echando llamaradas por los ojos.

—«¡Quedo, quedo, hermosa!... Te amo, ¡sé mía!... Tu Pablo..., ya lo he matado...

—«No es verdad, ¡mientes!

—«Mujer, he aquí su sortija con su dedo sangriento.

—«¿Y dices que eres

tú, tu quien le mató? ¡Contesta!»

Amenazadora, puñal en mano, dispuesta a arrojar sobre él, cual leona con melena de punta que se defiende y lanza hacia el sol sus rugidos espantosos, así se yergue Lola de un brinco. Y, al hombre que dice: «Yo, soy, yo mismo...» — «¡Tú eres! Muere, pues, infame! Con fuerza extrema le dió una puñalada en el pecho, luego otra y más y más, hiriendo con saña, al azar...

Después, de sangre cubierta, ante el cadáver ya frío, Lola canta y se ríe, pero con risa que parte los corazones.

En seguida corre por las calles en volandas, poniendo gritos en el cielo: «¡Voy a juntarme con Pablo, con mi Pablo que me está esperando!... Mi Pablo es el pájaro, la brisa ligera, la mariposa fugaz...»

Baila, canta..., loca se ha vuelto Lola.

De la ciudad sale y se escapa por los campos. Al verla, las gentes se apartan; sus risas y sus cantos parecen llantos lúgubres; sobre su pecho



y sus hombros su cabel, era suelta tremola al aire; la muchedumbre conmovida le tiene compasión y se condeule con voz baja, pero esquivándola con horror, pues sus ojos extravados a todos infunden pavor.

Dos días después, en un bosque, vieron, sobre la tierra tumbada, a una joven muerta, cuya mano agarraba todavía un puñal negro de sangre... Las ninfas de las fuentes parecían dejar correr lágrimas con sus ondas; callaba o gemía toda la natu-



¡Lola ha fenecido! susurran todavía ahora los pajaritos! ¡Se nos ha muerto Lola! repiten los ecos...

GASTÓN-ROUTIER

Escrito en versos franceses en Sevilla, a orillas del Guadalquivir. Abril de 1895. Vertido al castellano por el autor en Madrid, Septiembre de 1920.

MITOLOGÍA BARATA

MARTE

La Mitología *cara*—no ésta nuestra—nos dice que el tan renombrado como batallador señor de Marte, dios de la guerra como casi todos sabemos, fué hijo del contacto de una flor con la señora Juno, pero malas lenguas aseguran que la flor no fué flor sino un tal Floro Guerrero ¡vaya usted a saber!

Lo que sí se sabe es que el amigo Marte en cuestión fué el tío más rabioso y de más malas pulgas que ha nacido de madre. Toda su infancia la pasó jugando a los soldados y no usaba otros juguetes que escopetas, sables, roses, pistolas y cañones de plomo. Con estas aficiones nada tiene de extraño que andando el tiempo llegase a ser un guerrero formidable y un estratega con toda la barba.

Por encarnar en él el espíritu de la guerra, infundía terror a cuantos le veían. Siempre llevaba encasquetado el flamante casco como si fuera un guardia de seguridad, el cabello erizado, completamente de punta, los ojos fuera de sus correspondientes órbitas y la boca abierta como la de las fieras cuando van a acometer. Estaba como para retratarse con un puro en la diestra como nuestros quintos de ahora.

Llevaba en su séquito o legión el Furor, la Ira, la Crueldad y la Violencia, y siempre e inmediatamente detrás dos señoritas llamadas Ruina y Devastación.

A pesar de su carácter de militarote y tal, llegó a ser amante de Venus, de cuyos amores nació

Cupido. La bonitísima diosa fué su único y verdadero amor, aunque por fuera tuviera él otros trapicheos de los que resultaron algunos hijos e hijas.

No obstante su genio guerrero y ser poco menos que invencible tuvo algún que otro descalabro, pues en Troya, al tratar de vengar a su hijo Ascalafó, le hirió Minerva con la pica de Diomedes, y en otra ocasión le aprisionaron los Gigantes encerrándole dos de ellos, Otos y Efialto en un calabozo de bronce del que le sacó Mercurio.

Innumerables fueron las hazañas épicas de Marte por lo que no nos atrevemos a reseñarlas, pero su principal, el mayor, el más resonante de sus éxitos lo obtuvo, nó como guerrero sino como abogado.

Ello fué que un tal Hallirrocio, hijo de Neptuno deshonró a Alcipea, hija de Marte. Esto le llegó a lo vivo al dios de la Guerra y fué y se cargó al tal sujeto dejándole cadáver del todo. Se fué Neptuno al Olimpo con el soplo y en vista de ello compareció Marte ante el tribunal en el banquillo de los acusados, escoltado por la guardia civil. No quiso nombrar defensor y se defendió él mismo de una manera tan elocuente y brillante que el Cónclave le absolvió libre y sin costas.

El culto de Marte se extendió por todo el orbe terráqueo, y hasta los romanos llegaron a asegurar que sus fundadores Rómulo y Remo eran hijos del dios guerrero. Esto seguramente halagaría la vanidad de Marte. Lo que no le halagaría sería que esa paternidad se la atribufan suprimiéndole el nombre sonoro, rítmico y cadencioso de Marte... ¡Le daban el feísimo nombre de Quirino!

Y es que no hay derecho a ponerle mote a nadie. Eso es.

FEDERICO REAÑO



LOS SECRETOS DE LA VISUALIDAD

CUENTO POR E. G. A.

Los poseía aquel Oficial decano entre sus compañeros por su antigüedad y sus años, que no en balde contaba muchos de servicios desde que inició su carrera por el primer escalón, hasta el *importante* empleo que ostentaba, convencido de que constituye el pilar más sólido del mecanismo militar.

En el seno de la «subalternería», para el novel Alférez, sin despojarse de la superioridad, tenía siempre provechosos y útiles consejos; ¡frutos de larga práctica con inmejorables resultados! lo atestiguaba su compañía, donde el Capitán no tenía que molestarse en prever, ni mucho menos en señalar defectos...

¡Buenos estaban los tiempos actuales! se hacía preciso el sistema de antaño que él sabía aprovechar antes de quedar en descubierto; dígánlo los cuarteles que en días de revistas presentaba Martínez—, el de los pies descomunales—, que sobresaliendo de los demás, perjudicaban toda alineación y el *tragarse la tierra* lo imperfecto e inevitable de última hora...

No obstante el desprecio a la visualidad de los modernos reglamentos, con sus iniciativas, pasos de maniobra, y demás novedades, él afirmaba, que toda tropa instruída en estas orientaciones, quedaría eclipsada ante cualquiera otra que marche a compás, haga un manejo del arma «bien sonado», y hasta en el orden abierto, lleve sus filas perfectamente alineadas...

Secretos suyos que transmitía a la fuerza que mandaba; *para evitar barullos y confusiones, numerar con constancia*; tanto, que llegó a constituir un caso de monomanía en sus soldados, de los que se decía que al reunirse más de dos—, hasta en lugares públicos—, instintivamente se numeraban.

Al encargarse del mando el nuevo Jefe designado, revisando el local de la compañía en cuya puerta el cuartelero de la misma—, siempre Mar-

tfínez—, ya fué un obstáculo al libre paso, la encontró en tan brillante estado de policía y orden, que entusiasta hubiera felicitado a su Capitán, si una fatal curiosidad, no le hubiera hecho descubrir en cuarto anexo y que por sus dimensiones no podía contener más efectos, que los que indicaba su rótulo «*útiles de limpieza*», con la natural sorpresa y estupefacción, al asistente Serrano, al descuidado, a quien por su llegada a última hora, sin tiempo a corregir sus muchas faltas, ni la tierra pudo *tragarle* por completo.

En el campo, alguien indicó refiriéndose a la misma compañía su buena instrucción y cuidado; de improviso, el cornetín de órdenes, tocó «ataque» que apareció magníficamente ordenado en los primeros momentos: segundos después, la sección de retaguardia que a la derecha seguía el mismo movimiento—, sin ofrecer tan perfecta visualidad—, rebasaba a la anterior, dejándola atrás, tan atrás, que descubría claramente otro de los secretos del decano Teniente que la mandaba...; ¡porque, marcando el paso, sin salirse del propio terreno, por muy mal instruída que esté una tropa, nunca perderá su formación primitiva.!

Y ya en Banderas el nuevo Jefe, al manifestar sus deseos de esperar de la brillante Oficialidad, facilidades y no *obstáculos* en su paso por el Regimiento, al recordar la máxima de «*lugar para cada cosa, y cada cosa en su lugar*»... y al recomendar por fin—, eficazmente—, que en el avance no debe guiar al que manda, otra preocupación, ni otro deseo, que adelantar a los más avanzados, *para llegar* cuanto antes al choque, según ordena nuestro reglamento táctico...

...el Teniente decano, aprovechando la lección tan cortésmente expuesta, se prometió asimismo desechar para siempre «*por abuso*», los secretos de la visualidad de los que con tanto orgullo alardeara...

Hugeno Goya



EN EL PAIS DE LOS SOVIETS

El Ejército de la Estrella Roja

¿Cómo está organizado el ejército de los bolcheviques? ¿De dónde sacan éstos la enorme fuerza que hace temblar al mundo entero?

El pueblo, el buen pueblo ruso, no forma el nervio del ejército bolchevique. Si está en las filas, es aherrojado, arrastrado y atemorizado. Los *Soviets* han constituido con chinos, letones y otros elementos extranjeros, unas bandas feroces que se sostienen por el temor y contra los que por el momento no es posible luchar. Oigamos lo que, a propósito de esto, cuenta el general ruso Noskoff en una crónica interesantísima que trata de la forma como se ha llegado al actual estado de cosas.

Nos hallamos en los comienzos de 1917.

La situación es de turbulencias. De boca en boca corren las últimas noticias: la muerte del régimen de Kerensky, las importantes pérdidas de la guarnición fiel al Gobierno provisional.

Desde las oficinas del jefe del Estado Mayor me telefonean que desde, hace algunos días, ha empeorado considerablemente la situación del frente. La efervescencia está en los campos. Los soldados pretenden



Trotsky, el jefe del ejército rojo, muestra el perfil característico de la raza judía. Su mano dura y su voluntad todavía más dura, mantienen levantado el espíritu devastador del ejército que sostiene los Soviets.

que sus Estados Mayores les ocultan que la paz está firmada con Alemania y que pueden volver a sus hogares.

Es el coronel Kameneff, después generalísimo de las tropas soviéticas, el que habla. Al día siguiente anunciaba Kameneff que su Estado Mayor había sufrido una transformación fundamental; que él, Kameneff, no era ya coronel, sino un simple «camarada». Algunos días después las noticias del frente fueron alarmantes. Nadie quería ya limpiar las trincheras, que, en varios lugares, estaban tan llenas de nieve, que desaparecían en la uniformidad de la llanura. Los mismos artilleros que habían conservado, más tiempo que los demás, un aspecto de disciplina y de fidelidad al deber, se negaban a trabajar:

—¿Para qué quieren ustedes que las limpiemos? Al primer rayo de sol volverán a aparecer—decían hablando de sus piezas, completamente enterradas bajo la nieve.

Este fué, en el frente, el primer eco, débil aún, del golpe de estado bolchevista de Petrogrado. Recibí la visita de uno de los nuevos comandantes. Era



Tipos característicos del ejército bolchevique: Un comisario del pueblo dando instrucciones a una patrulla encargada del servicio de vigilancia.

un coloso, un soldado simple y tranquilo, que se había hecho general de división. Fumaba con furor y ostentación para afirmar su «independencia». Por mucho que le pregunté no pude obtener ningún dato acerca del objeto su de visita. Por fin, dejó escapar unas palabras de sentimiento:

--Seme ha olvidado traer conmigo al jefe del Estado Mayor; él se lo hubiera explicado todo...

* *

En ese estado las cosas, cuando un buen día nos enteramos por el telégrafo que «el Soviet de los Comisarios del Pueblo ha nombrado al subteniente Krylenko en el grado de generalísimo». ¿Cuales eran los métodos del nuevo generalísimo? Todo el mundo lo ignoraba. Yo me informé de su personalidad por «políticos», de los que estaba infestado el ejército. Me respondieron que Krylenko era un antiguo pilar del partido, ya célebre en la primera revolución del año 1905 y conocido con el pseudónimo de «camarada Abrani».

Añadieron que pertenecía a la extrema izquierda. En Dvinsk, primera etapa del nuevo generalísimo, estaba mandado el ejército por mi antiguo compañero el general Boldyret, conocido más tarde por su proceso en el tribunal revolu-

cionario y en su calidad de miembro del Directorio, echado por Koltchak.

Llamé a Boldyret por el hilo especial.

—¿Qué hay de nuevo y qué medidas pienso tomar?—le pregunté.

—Esperamos a Krylenko. La situación es muy penosa.

—¿Qué piensas hacer a la llegada de Krylenko?

—Si viene a verme, pues discutir con él; pero no iré yo a su casa—respondió Boldyret.

Krylenko no se hizo es-

perar. Creía que la dirección de Dvinsk era la más favorable para entablar las negociaciones preliminares con los alemanes. El coche-salón del nuevo generalísimo fué pronto rodeado de una multitud de soldados y de un bosque de banderas rojas. Del coche salió un personaje de mediana estatura, grueso, de cara de luna, metido dentro de un uniforme

poco cuidado. Secando en su rostro adiposo el sudor de la emoción, Krylenko pronunció un discurso interrumpido, naturalmente, por los frenéticos «hu-

rras» de los asistentes. El «generalísimo» hizo llamar al general Boldyret. El valiente soldado, cumpliendo con su palabra, se negó a ir.

Fué detenido con grandes consideraciones—



Sesión del Consejo de los Soviets, en donde aparecen retratadas las principales figuras del bolchevismo ruso.

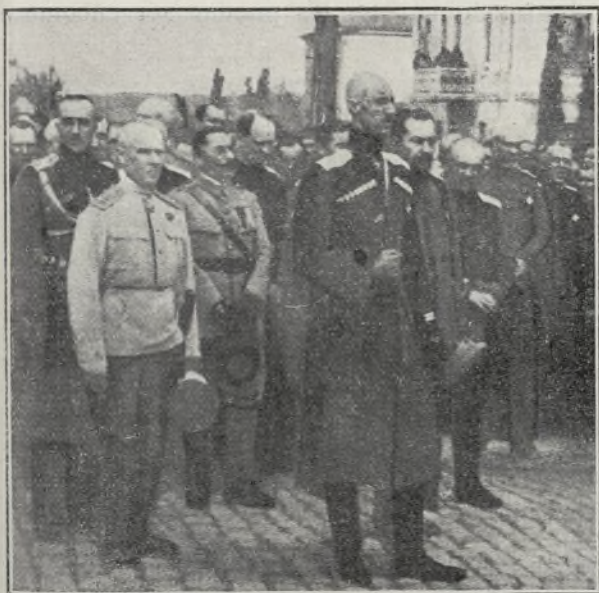


Clave para determinar los nombres de las principales figuras del grabado anterior: 1, Lenin; 2, Trotsky; 3, Tchitcherine (Encargado de Negocios Extranjeros); 4, Radek; 5, Schausky (Administrador del Consejo de Guerra); 6, Koursky (Ministro de Justicia); 7, Señorita Oserorska (Ministra de Educación); 8, Señora Fotieva (Ministra de Seguros); 9, Rikoff; 10, Brukhanoff (Ministro de Subsistencias); 11, Krestinsky (Ministro de Hacienda); 12, Chmidt (Ministro del Trabajo).

su popularidad era muy grande entre los soldados de su ejército—y le llevaron a Petrogrado donde fué encerrado en las casamatas de la fortaleza Pedro y Pablo. Habiendo apartado así del radio de Dvinsk al principal obstáculo de las negociaciones con los alemanes, Krylenko se dirigió a Stavka. Los primeros actos del generalísimo no dejaron duda alguna acerca del verdadero objeto de su nombramiento. Una de las primeras órdenes firmadas por él mandaba expresamente a los soldados, que, sin esperar explicaciones complementarias, entrasen en negociaciones de paz con los alemanes; estas negociaciones se efectuarían de ejército a ejército y, en caso de imposibilidad, por regimientos, por batallones o por grupos aislados.

La primera parte del programa gubernamental fué llevada a cabo en noviembre y diciembre. Los restos del antiguo ejército—aún peligrosos para los nuevos preceptores—habían dejado de existir.

Así llegamos hasta 1918; la primera mitad de este año marca una época crítica en la existencia del poder soviético. Había desaparecido el antiguo ejército... Empezaron a crear una nueva fuerza según el principio del voluntariado, pero este sistema dió tristes resultados. Toda la sociedad, la mayor parte de los intelectuales, los técnicos y los especialistas eran, francamente, hostiles a las concepciones soviéticas. La situación general



... que no tiene ahora otro enemigo que Wrangel, cuya reanudación de operaciones espera febrilmente la buena Rusia.



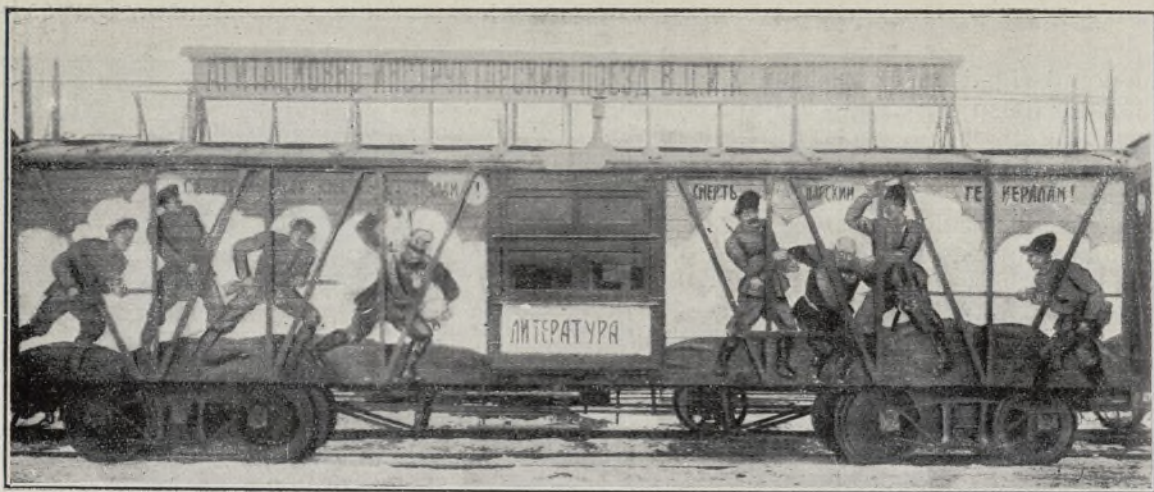
Lenine al pie de un monumento que termina en una gigantesca cabeza de Dantón, pasa revista al ejército...

era tal, que una revolución bien dirigida por uno u otro de los grandes centros rusos podía acarrear la caída del nuevo Poder en todo el territorio de su débil y vacilante hegemonía.

Esto fué lo que incitó al Poder soviético a crear una especie de guardia compuesta por elementos extranjeros: lituanos, chinos, bachkires, etc., etc.

En el acto, estas formaciones heterogéneas, rindieron preciosos servicios a los soviets; se convirtieron en el *knout* que debía empujar al combate, contra los enemigos de la República de los Soviets, a las primeras tropas rojas, débiles aún por su moral y su preparación militar. Bien claro se vió (de marzo a mayo de 1918) con motivo de sus encuentros con los alemanes y tcheco-eslovacos, qué pequeñas eran las cualidades combativas del ejército voluntario, con sus jefes sin autoridad y sus Comités erigidos en charlatanes. Los comisarios se decidieron a estudiar la cuestión. Se constituyó una Comisión en la que figuraban autoridades en el arte militar; el resultado de estas reuniones fué que el poder de los Soviets se inclinase hacia una fundamental reforma en la constitución de su fuerza armada y se decidieron a abandonar sus procedimientos anteriores.

Fuó Trotsky, enérgico y de prontas decisiones quien se encargó de la cartera de



Los bolcheviques para la organización de sus propagandas, cuentan con un tren...

Guerra. Mientras tomaba una determinación, el Gobierno soviético, trasladado a Moscú, seguía atentamente y no sin ansiedad el movimiento antibolchevista que se desarrollaba en el ejército y la flota. En semejantes circunstancias el poder soviético se decidió, por vez primera, a recurrir al terror.

El popular almirante Stchartny, «convicto» de traición, fué fusilado. Este acto quedó sin protesta, lo que envalentonó a los comisarios probándoles el estado de miedo en que habían caído la sociedad y la plebe.

En julio de 1918, a continuación de nuevos descalabros y del complot socialista-revolucionario, se decidieron a tomar medidas extraordinarias; elaboraron un grandioso plan de organización de lucha para el inte-

rior y para el frente. Para éste se decidieron a crear un ejército, basado en los viejos principios del servicio obligatorio; para la lucha interior recurrieron a un terror implacable.

Para conseguir su primer objeto, Trotsky se rodeó de consejeros todos especialistas en materias militares. Se constituyó un Consejo de guerra especial, del que algunos de los miembros son los jefes más conocidos del antiguo ejército: Klembowski, Kouropatkine, Parsky, Tsikhovitch, Lebedeff. Los oficiales del antiguo Estado Mayor son destinados a los regimientos; una orden especial, publicada respecto de ellos, les prohíbe rechazar las funciones que les puedan ser encomendadas.



... cuyos vagones se hallan adornados exteriormente con enormes pinturas...



... cuyos motivos principales son el asesinato y la persecución de los personajes de la corte del Zar...

El establecimiento de un plan de movilización se encarga a los especialistas más en boga. Naturalmente, no se consigue todo sin algún rozamiento; los especialistas, ante la malsana desconfianza de los comisarios, pasan momentos terribles.

Son numerosos los que, aun ahora, se preguntan cómo es que los generales conocidos han podido prestarse a servir con los bolchevikis. Algunos vivos ejemplos se encargarán de responder a quienes se preguntan ésto, al mismo tiempo que se da alguna luz sobre la tragedia que vivieron los oficiales rusos. Veamos al general Lebedeff, una autoridad en cuestiones de movilización, llamado por los bolcheviques para colaborar con ellos.

General de división con título, trabajó hábil y enérgicamente antes de la guerra en el Estado Mayor del ejército, en la sección de movilización.

Las funciones más importantes estaban atendidas por él. Los principios de la guerra le encuentran entre los más cercanos colaboradores del general Alexeieff, el más brillante jefe y genio militar del ejército ruso. Cuando éste fué nombrado comandante jefe del frente Oeste, le llevó consigo. Durante los días penosos de nuestra retirada en Polonia, en el otoño de 1915, el general Lebedeff ejercía ya las altas funciones de general de aquel frente. Algunos días antes del advenimiento del régimen rojo, Lebedeff, entonces en el



... con lo que encienden el furor de los chinos y letones que forman parte principal de su ejército devastador.

frente, había presentado la dimisión para volver a la vida civil; se había retirado al Kouban, donde el Poder soviético sólo se ejercía nominalmente. Un día una banda armada hizo irrupción en el pueblo y se apoderó de él. Algunas horas después los bolcheviques de la localidad, reunidas todas sus fuerzas, echaron a los intrusos y volvieron a ser los amos. Y empezaron los comentarios:

—¿Cómo ha podido ser que esta banda haya penetrado en el pueblo?

—Ha sido el general que les ha hecho pasar por mi jardín—insinuó uno.

Detienen al general y lo conducen ante el tribunal. Su familia queda en la calle y su casa cerrada, después de haberla registrado de arriba a abajo. Una hora después se reunía el tribunal, compuesto, como puede suponerse, de individuos poco inclinados a la clemencia. Después de unos minutos de discusión queda pronunciada la condena: «Fusiladle». En vano las hijas del desgraciado procuran, con sus lágrimas, ablandar a los jueces. El condenado es conducido al lugar del suplicio.

—¡Esperad, camaradas! Aquí hay un papel soviético—gritó de pronto uno de los jueces al pelotón en marcha.

Era una carta oficial dirigida a Lebedeff a quien ofrecían un alto cargo militar en Moscú.

—Esta ejecución podría ocasionarnos disgustos—dijo el presidente. Es preferible enviarle a Moscú.

Al día siguiente el general, debidamente custodiado, fué enviado a Moscú, donde no le quedó más remedio que aceptar la proposición que le habían hecho.

Otro ejemplo es el del general Kouropatkin, anciano de setenta años, veterano de la guerra de 1887 y antiguo generalísimo de los ejércitos rusos durante la guerra ruso-japonesa. El anciano, despojado de sus propiedades y de su pensión, había encontrado una pequeña colocación de escribiente en una oficina. Por verdadero milagro escapó al terror de Petrogrado. Durante muchos días vivió errante en la capital, huyendo de las pesquisas de policía y de los arrestos. Pero era demasiado conocido para poder huir y tenía, además, muchos años.

Los últimos informes nos hacen saber su nombramiento de gobernador del Turquestán, que conoce como su propio país, y que, ya en tiempos, había gobernado.

Lo sucedido al general Parsky, generalísimo de uno de los frentes bolcheviques, es más curioso todavía. Los soldados adoraban a este jefe, por su bondad y por su previsión. Ya en tiempos del Zar, el general Parsky (de cincuenta años de edad), mandaba el Cuerpo de

ejército de los granaderos de Moscú. Se distinguió en las batallas del frente sudoeste, por las que fué condecorado con la orden de San Jorge. También era general titulado. Sus ideas avanzadas y, sobre todo, su popularidad entre los soldados, fueron conocidas desde los primeros días de la Revolución y fué nombrado, sucesivamente, comandante del XII.º y después del III ejército. En este último mandó fué impuesto por los bolcheviques el que diera su sanción a las negociaciones con los alemanes. El general Parsky se negó a obedecer la orden de dirigir esas negociaciones. Un día, horas después, cuatro hombres armados fueron a montar la guardia junto a aquel hombre sin armas y de aspecto modesto y tranquilo. Le guardaron cuidadosamente toda la noche y al día siguiente, en un vagón-salón especial, le condujeron a Petrogrado junto a los comisarios. Pero éstos tenían otros quehaceres y el general fué relegado, de tal forma, que se olvidaron de él. Poco después, estos mismos comisarios se dirigieron a él para organizar el ejército encargado de defender Petrogrado contra los alemanes. Por desesperada que fuese su situación, mucho mayor era su patriotismo y por esta causa se hizo esta pregunta: «¿Es que un ruso tiene derecho a negarse a defender la capital rusa, aunque sea bolchevique, contra el enemigo?»

Su conciencia del deber hacia la nación rusa le incitó a aceptar.

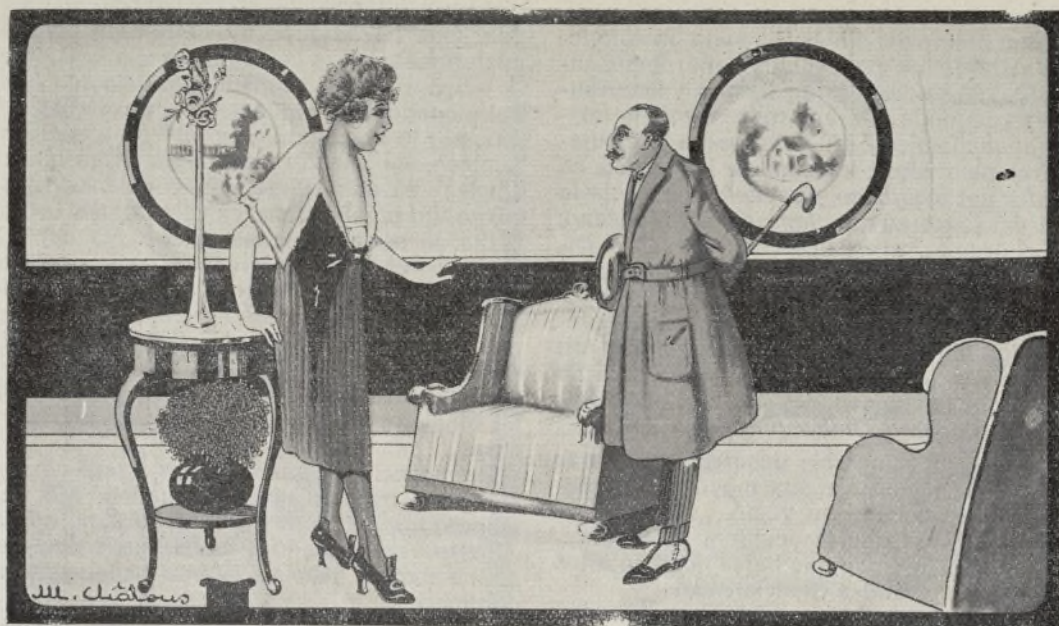
Y estos son algunos ejemplos de entre millares. ¿Quién podrá decir alguna vez los sombríos dramas que han gobernado en las acciones de estos desgraciados!

El plan bolchevista de movilización llama la atención por su enormidad: prevee la formación de 150 divisiones y tal vez más. En efectivo sólo se ha reunido la mitad.

Los datos venidos de Rusia, permiten evaluar el ejército rojo en 600.000 hombres, reunidos los de todas las armas.

Objeto de constantes cuidados del Gobierno, el ejército rojo, es para él, a su vez, un sólido apoyo. Para evitar los levantamientos e insurrecciones, los poderes soviéticos han tomado toda clase de medidas. Todas las unidades tienen sus comisarios secretos que denuncian al Soviet la más pequeña intencionalidad que pueda acometerse. La vacilación es castigada con la pena de muerte. ¡Desgraciado el soldado que no parezca gustoso de cumplimentar las órdenes tiránicas de los comisarios! La tiranía domina en Rusia. Y es ésta una tiranía roja, cruel e insaciable que a todos hace imposible la vida.

* * *



CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

Madame Thales, pitonisa

Alberto se moría; se moría lentamente, inexorablemente.

Reclinado en la amplia butaca de terciopelo verde, en aquel salón, mitad biblioteca, mitad museo, rodeado de todos aquellos objetos, mudos testigos de su acabamiento, una vez más recordaba las distintas fases de aquella enfermedad maldita que no tuvo principio, que no tenía cura y que, por lo pausada, parecía no tener fin.

Ningún dolor aquejaba al paciente; el funcionamiento de su vida era normal; comía bien, dormía bien, hacía la vida de cualquiera otro... y no obstante se moría. Una languidez, una depresión lentísima, pero implacable, se operaba en su organismo, agotando poco a poco todas sus energías vitales.

La delgadez había llegado al límite; los puros huesos recubiertos de un ligerísimo tegido. Alberto, a veces, con mucha frecuencia, con obsesión de enfermo, se complacía en reflejarse en las lunas. Se apartaba horrorizado; no era el miedo a morir; era el horror de ver su propio espectro sin vida y de pie.

¿Qué tenía aquél hombre? No lo sabía él, ni la ciencia tampoco. La honorable ciencia de Esculapio iba de tropiezo en tropiezo:

— Usted padece del estómago —, le decía un galeno—. Hay una ulceración; régimen lácteo, mucho reposo y no ocuparse de nada. Ello curará. Tome usted —y le alargaba uno, varios, múltiples papelitos.

El pobre enfermo así afanosamente las misteriosas fórmulas; vaciaba sus bolsillos en las farmacias, agujereaba su piel con inyecciones e ingería, desesperado, píldoras, gotas, y mixturas.

Alberto se moría.

— Respeto mucho el parecer de mi colega; pero el mal no radica en el estómago. Es el hígado el que está infartado. Sométase usted a este régimen alimenticio; haga una vida reposada y a no preocuparse. Tome usted —y más papelitos y muchas más drogas.

Alberto se moría.

— Esto tiene todas las trazas de ser una lamentable equivocación; dudo que el estómago ni el hígado estén dañados; en cambio hay una incuestionable lesión intestinal. Como prescripción, el régimen que le voy a poner, totalmente opuesto al que seguía y mucho reposo. No tiene gran importancia la cosa y usted curará... He aquí la receta...

Alberto se moría; pero moría de una manera heroica. La frase de Cambronne, rodeado de cañones y envuelto en la bandera tricolor, la repetía él, sitiado de una nube de frascos de todos los tamaños y formas: epatina, licitina, papaina, paraganglina...

— Usted lo que tiene es falta de fluor...

— Usted lo que debiera hacer es tomar una ración de callos y caracoles...

* *

Fué en aquella butaca de terciopelo verde donde se engendró la magna idea. ¡Muramos de pie! Y Alberto hizo las maletas y se marchó al extranjero.

Viajó mucho, vió horizontes nuevos, conoció una Europa que a toda costa quería esquivar el recuerdo de la sangrante guerra; quiso vivir sobre todo, y la vida se le iba poco a poco, dejando

cada día un átomo de ella en los suntuosos hoteles, a la vista de los espléndidos panoramas, ante las maravillas artísticas de Italia, en las grandes playas de moda. Para él todo seguía lo mismo y el anonadamiento que le aferraba a la butaca de terciopelo verde, le acometía implacable en el comedor del magnífico *piroscafo* que hacía la travesía del lago; en las *loggias* del Vaticano; oyendo el órgano, en místico concierto, en la catedral de Friburgo. Todo igual: la intrusa laboraba incesantemente...

Un día, al correr vertiginoso de un auto de plaza, atrajo su mirada un rótulo en letras de oro que se destacaba rutilante sobre el gris sucio de la fachada que las humedades del Sena casi ennegrecían: «*Madame Thales, pitonisa.*»

Alberto era un miserable descreído; de la fe ardiente que le inculcaran sus mayores no quedaba más que un inmenso vacío. ¿Cómo creer en patrañas? ¿Con qué fe acudir a la augur?... ¡Phs!, con la misma con que había acudido a las antenas de los grandes especialistas.

Casi extenuado de fatiga subió al tercer piso de aquella casa que no tenía ascensor.

—¿Madame Thales?...

—Un momento, señor, tenga la amabilidad de esperar

Alberto, sin aguardar la invitación, cayó casi desplomado sobre el muelle diván y allí permaneció un largo período de tiempo:

—Puede pasar, señor;—y la linda doncellita recorrió un pesado cortinón de terciopelo rojo.

Madame Thales era una mujer de una edad indefinible. ¡Prodigios de París! Lo mismo podía contar treinta años que sesenta.

Apareció ataviada con sencillez elegantísima, cimbreante como una rapaza; con un tono de soberana distinción y sonriente, acogió a Alberto en el cual clavó su viva e indagadora mirada:

—En qué puedo servirle...

—Perdonad señora; yo soy una especie de fantasma, como veis, que por un prodigio de voluntad aun alienta; pero mi fin lo creo muy próximo. No padezco de nada ni nada me duele y, no obstante, me acabo. La ciencia, por boca de sus más eminentes doctores, me aconseja sin cesar reposo y a fuerza de reposar, el reposo de mis facultades intelectivas es casi completo y mi organismo está tan extenuado que el hablar casi me es un esfuerzo violento. Ya no creo en la ciencia médica y... perdonad, señora, tampoco creo en la vuestra.

—Hacéis mal en no creer; la fe es tan necesaria como el aire...

—La interrupción no puede ser más discreta; pero yo soy sincero, señora; y vengo aquí con el mismo entusiasmo con el que iría a buscar la fuente de la vida en El Dorado, o tocaría las reliquias de un santo, o me colgaría al cuello una ibis sagrada.

—¿Y qué queréis, pues?—preguntó siempre sonriente Madame Thales y con un absoluto dominio de sí misma.

—¡Qué quiero! No lo sé señora; que invoquéis la ciencia de los caldeos, si en ello os creéis du-

cha. Que interroguéis a una de esas divinidades misteriosas de las cuales os creéis la intérprete...

—Señor; vuestra consulta no deja de ser original y confieso que es enteramente distinta de las que, por lo común, me hacen. Voy a contestaros, también, en una forma distinta a las que suelo emplear en mis entrevistas cotidianas. Sin embargo, no olvidéis que es la pitonisa la que os habla; la sacerdotisa inspirada... No haré la invocación en la forma usual; es decir, no invocaré al Dios—del cual soy un instrumento—recibiendo la exhalación profética sobre el trípode sagrado, ni pronunciaré las misteriosas frases de esa maravillosa ciencia caldea de la que habláis con tono tan desdenoso;—y al decir esto la sonrisa de Madame Thales se hizo más finamente burlesca.

Permaneció, después, un largo rato como abstraída en pensamientos profundos; fijó, de una manera impertinente y encantadora, su mirada en Alberto, recorriéndole, como suele decirse, de arriba abajo y después de una prolongada pausa continuó:

—La inspiración me viene naturalmente, señor; y en las cortas frases que os voy a dirigir está compendiada toda la ciencia mía, que por merced de los dioses me es concedida. Ahora escuchad—agregó con un tono grave y en el que vibraba una sonoridad y una majestad indefinida: «*La Divinidad os aconseja que deforméis vuestros zapatos.*»

Se irguió del asiento dando por terminada la entrevista.

Alberto se levantó también; pero había perdido todo su aire de superioridad; estaba confundido; en franco y total azoramiento.

Maquinalmente, sin saber lo que hacer ni lo que decir, sacó la cartera y con invencible timidez casi balbuceó:

—¿Cuanto os debo, señora?...

—Nada por ahora—contestó Madame Thales con su aire mundano—. Estamos a final de Septiembre; os espero por aquí el año próximo, hacia esta misma fecha—; y sin decir más se adelantó como guiándole a la salida,

*
*
*

Justamente en octubre del año siguiente Alberto subía las escaleras de Madame Thales, de tres en tres los tramos.

—¿Creéis ya en mi ciencia?... Le preguntó, siempre inmutable y siempre sonriente la maga, al ver a aquel nuevo hombre que rebosaba salud y vigor por todos sus poros.

—No creo; perdonad, señora; continuo siendo sincero. No creo en vuestra ciencia oculta; pero creo en vos. Os soy deudor y vengo a pagaros—y al alargar el puñado de billetes, añadió Alberto con fina galanura:

—Además, señora, os traigo un ex-voto, que es, ante todo, una ofrenda a vos. Está esculpida por mí y simboliza la Sabiduría, que no es oculta, sino por el contrario radiante y humana, de Minerva.

ANTONIO DE GOLLURI

Erme

El Padre Juan

(Poema en ocho cantos)

PARA MI BUEN AMIGO EMILIO
SÁNCHEZ FERRER.

EL CANTO DE LOS SUEÑOS

Es Juan un feliz mozo de una aldea escondida,
una aldea muy pobre, que en el llano dormida,
tiene cuatro vetustos palacios señoriales
con veletas, solanas y altivos ventanales,
guardapolvos añosos en todos los balcones,
y escudos nobiliarios sobre los portalones.

Por lo demás, bien pobre y plácida es la vida
que llevan los vecinos de la aldea dormida.
Encuentra el forastero una plaza, y en ella
el hito verdinegro de romántica fuente,
—quejumbrosa doncella
que llora eternamente

un poema de Olvido con su voz transparente...—

Allí todas las tardes, con locos murmurios,
conducen las mozuelas sus cántaros vacíos,
y sus bestias sedientas llevan, precisamente
en ese mismo instante, los mozos a la fuente.

Bella fuente aldeana de románticos sonos:
¿Qué hechizos misteriosos en tú corriente vagan
que a tí acuden sedientos todos los corazones
y unos su sed avivan mientras otros la apagan...?

Tiene además la aldea una iglesia pequeña
«del tiempo de los moros»; el sacristan enseña,
con gravedad solemne, un viejo presbiterio.
—A espaldas de la iglesia se extiende el cementerio,
(humilde cementerio cercado de bardales
que tiene margaritas, cipreses y rosales...)

Y eso es toda la aldea; corrillos de vecinas
que tegan, hacendosas, mas patraña que lino,
en los viejos escudos nidos de golondrinas,
y una cruz gigantesca donde acaba el camino.

Ropa blanca tendida junto a pétreos blasones,
dentro de los palacios democracia y pobreza,
tablas como remiendos en los viejos portones...

Todo tiene un contraste de humildad y grandeza.
Allí Juan vino al mundo ¡Oh, que humilde su cuna...!
Mas cuentan que en un tiempo de gloria y de fortuna,
allí, en aquel palacio donde él hubo nacido,
vivió un famoso Duque, guerrero no vencido,
que la cruz sobre el pecho y en la mano la espada
murió como un valiente delante de Granada...

Juan sabe todo esto, y quizá con exceso,
pues por eso lamenta la humildad de su cuna
y sueña con Obispos y Reyes, y por eso
le gustan los romances, el amor y la luna.

Por eso cuando vuelve de sus rudos trabajos
le pesan demasiado la azada y los andrajos,
y por eso su madre, una buena aldeana



que tiene locos sueños de mística y anciana,
observando la extraña gravedad de su hijo:
—Tú has de llegar a Obispo, con el tiempo...—le dijo.

Quiere la buena madre, para lograr sus fines,
que Juan deje los campos y estudie los latines...

Esto aconseja Paco, el viejo sacristán,
de la madre encendiendo la ilusión y el afán..

—«Es listo y le veremos, si gana los instantes,
con mitra de oro y seda bordada de diamantes...»—

Pero Juan nada dice, y aún amando la gloria
por culpa de su madre, de Paco y de la Historia,
a marchar se resiste, cuando él mismo lo siente...

(De esto tiene la culpa la canción de la fuente...)

EL CANTO DE LA PARTIDA

Hoy es la primavera.

Lo dicen las canciones
que de los corazones
se escapan al azul,
hoy es la primavera,
lo dice el sol radiante
que fulge cual diamante
sobre el celeste tul.

Hoy es la primavera.

Lo dicen los colores
y aromas de las flores,
los brotes del ramaje,
la música del río
y el sesgo de las brisas,
del cielo las sonrisas,
y la paz del paisaje.

Lo dicen los sembrados,
lo dicen los jardines
cuajados de jazmines
y mil flores hermosas,
lo dicen de los nidos
los cánticos nupciales,
lo dicen los rosales
coronados de rosas.

Lo dicen los coloquios
de pájaros traviesos
que mendigando besos
van uno de otro en pos,
lo dicen los tapices
con que se adorna el suelo,
lo dice desde el cielo
la sonrisa de Dios...

.....
.....

Hoy Juan deja la calma
de la aldea dormida
para encumbrar su vida
y lograr su ilusión.

Va a estudiar, será Obispo...
Con su afán satisfecho
no advierte que en el pecho
le pesa el corazón...

No advierte que las mieles
de su loca esperanza
a medida que avanza
se convierten en hiel;
y en los locos anhelos
que su mente le nombra
quiere ahogar una sombra
que camina tras él.

¿Será acaso el recuerdo
de la madre querida
que en la senda emprendida
le alentó a proseguir...?

Quizá.... Mas, desde lejos,
unos ojos hermosos,
unos ojos llorosos
le miraron partir...

EL CANTO DE LA CARTA

«Mi Juan, el solo encanto de mi Vida,
mi postrimer afán;
Perdóname si mi alma dolorida
por vez última quiere, en despedida,
aún llamarte mi Juan...

Estuve entre los fieles escuchando
tu voz aquella voz de acento blando
que con tanta ilusión me supo hablar...

Perdóname, mi Juan, ya que eres santo...
¡yo sentí en mis pupilas tierno llanto
cuando dejaste un beso en el altar...!

Al volver tu mirada hacia los fieles
quise creer, para endulzar mis hieles,
que me miraste a mí,
y aunque entonces oí tus santas preces
como así me miraste tantas veces
sin dudar lo creí.

Vibraron las parleras campanillas;
yo te ví acariciar las sabanillas
y aquella gente se postró con fé,
y yo que sollozando te miraba,
creyendo que ante Dios me arrodillaba
ante mi muerto Amor me arrodillé.

Recordando esos días tan lejanos
ví alzar la Blanca Forma entre tus manos
y tu mirada de la Forma en pos...

Así tú me mirabas, y por eso
mi corazón, en sus dolores preso,
tuvo celos de Dios.

Y al bendecir con tus sagradas manos
en el nombre de Dios, a los humanos,
mi profundo Dolor
me hizo ver en la cruz que dibujaste

la eterna cruz que para siempre alzase
sobre la pobre tumba de mi Amor...

Perdóname, mi Juan, y oye el acento
postrero de las voces del ayer;
tu eres sabio y bien sabes lo que siento,
y además perdonar es tu deber.

Oivida para siempre lo pasado.

No lo llores, por tí ya lo he llorado,
ya se ha abierto un abismo entre los dos...

Ese abismo profundo Dios lo llena,
El une tu ventura con mi pena
y al separarnos nos enlaza Dios...»

EL CANTO DEL ARREPENTIMIENTO

¿Es este el estudiante que soñaba
en un lejano día

lucir sobre su frente consagrada
una mitra de seda y pedrería...?

¿Es este el soñador que soñó tanto...?

¿Es este aquel esclavo de la gloria
embrión de una figura de la Historia
embrión de Cardenal, o embrión de santo...?

Sí; es el Padre Juan...; y ¿porqué ahora
en un villorrio su existencia apaga...?

¿Acaso viejas pesadumbres llora...?

¿O es que las culpas de su vida paga...?

¿Hace ya tanto que dejó su aldea
soñando su ilusión y adolescente...?

¿Quince años...? Permitid que no lo crea...

¿No advertís las arrugas de una idea
amarga y pertinaz sobre su frente...?

¿No véis en sus miradas
las luces de la fe semiapagadas...?

¿Porqué os predica de dolientes cosas
y oís en sus sermones
palabras dolorosas

que parecen paganas oraciones...?

¿Porqué su corazón, todo cariños,
goza junto a los niños...?

¿Porqué pasa las horas cerca de ellos
contándoles leyendas milagrosas
de amores, de jilgueros y de rosas...?

¿Qué dolientes destellos
asoman a sus ojos, como llama
de un fuego no extinguido
si una voz infantil ¡Padre! le llama...?

¿Y que dice esa voz junto a su oído...?

¡Ah, no habéis reparado...! Pues yo os digo
que el Padre Juan a quien tenéis por santo,
con la Sangre del Cáliz bebe llanto
y un oculto dolor lleva consigo...

Por culpa de una historia (su memoria
guarda bien esa historia tan soñada),
quiso ser un Obispo, todo gloria,
mas por culpa también de cierta historia





el que iba a ser obispo, ved, no es nada...

No fué por su cerebro, ya cansado,
ni por su voluntad, que harto empeñado
consagró su existencia a su ilusión...

Ser glorioso mitrado fué su idea...

Si solamente es hoy cura de aldea
toda la culpa está en su corazón.

Y por si esto que os digo fuese poco
y me tomáis por loco,
cuando el sol haya muerto
trepad por una acacia de su huerto,
mirad por su ventana,
que aunque esté ya la aurora bien cercana
le veréis en su alcoba, todo duelo,
hundido en su pesar, pidiendo al cielo
consuelo a sus dolores sobrehumanos,
ante un Cristo de hinojos,
arrasados de lágrimas los ojos,
¡y una carta estrujada entre sus manos...!

EL CANTO DE LOS RECUERDOS

El Padre Juan sale hoy
caballero en su pollino,
cepillados los manteos,
y los zapatos teñidos,
en la albarda un quitasol
y entre las manos un libro.

Va invitado a la Ciudad
por un sacerdote amigo,
su compañero de estudios
y hermano en la Fe de Cristo.

Pese a su amor al silencio
y a su reposo tranquilo,
hoy se ha puesto el Padre Juan
bien temprano de camino.

¡Lleva, además, tantos años
sin salir del caserío...!

Fulge el sol en el azul.

Hay en las frondas suspiros,
en los tallos nuevas flores
y en las ramas nuevos trinos.

¡Mañana de Primavera...!

¿Que trae tu cielo divino
a la memoria doliente,
al corazón malherido,
de este párroco de aldea,
de este pobre peregrino...?

Bien lo sabes, sol de Mayo...

Tú alumbraste su camino,
cuando partió de su aldea
en pos de locos delirios,
mientras unos negros ojos
de mujer, desde un florido
ventanal, le contemplaban;
bellos ojos que en él fijos,
a través de amargo llanto

y tras los honestos vidrios,
siguiéronle hasta perderle
por la cinta del camino...

EL CANTO DEL FRACASO

Ante el mantel de encajes y de blondas
que bordaron las madres de un convento,
dice de cosas hondas
el párroco infeliz de nuestro cuento.

Su amigo que le escucha
con las pálidas manos enlazadas,
demuestra en sus miradas
que la emoción de lo que oye es mucha.

Empero, el Padre Juan, no le relata
la verdad de su historia;
le cuenta su fracaso, y su memoria
por un momento sus recuerdos mata.

«Salí del seminario, y fuí a una aldea
con el deseo loco,
con la ambiciosa idea
de estudiar en su paz, y poco a poco,
realizar esos bellos desvaríos
que no los llamo bajos
porque eran tuyos y porque eran míos...

¿Recuerdas.? Al dar fin a los trabajos
de estudiante, venías cada día
a mi celda; registra tu memoria,
verás como soñábamos con gloria
y como tu ilusión era la mía.

Mas como iba contando
me instalé en la parroquia de esta aldea,
y unas horas en rezo, otras soñando,
los días con tal paz iban pasando
que de la gloria se me fué la idea.

Existen en aquellos aldeanos
unas almas tan puras,
un amor y una fe tan poco humanos,
que yo ví en mi ilusión sombras oscuras,
y saqué, como cuenta de esta historia,
que estaba allí la verdadera gloria.

Cerré entonces el Libro de mis Sueños,
—el Libro de tus sueños y los míos...;
y puse mis anhelos mas risueños
en la paz de los blancos caseríos.

Era un campo tan bello, y era una
existencia tan dulce y sosegada,
que como aquella paz no habrá ninguna
otra paz en la tierra; mi mirada
se perdía en los puros horizontes
con ascético anhelo;
¡aquellos altos montes, no eran montes
sino peldaños de la tierra al Cielo!

Y había tantos árboles gigantes
con ramas siempre verdes y frondosas,
y había en el azul tantos diamantes,
y había en los rosales tantas rosas,



PAX

que cual dije, creí encontrar la gloria
en la paz de aquel suelo,
más no esa gloria ruin de nuestra historia
sino esa gloria que sustenta el cielo.

Y ese es todo mi caso—

—esclamó el Padre Juan al fin del cuento.—

Yo vivo en mi fracaso bien contento
y en prueba brindaré por mi fracaso.»

Y tomando una copa cuya clara
trasparencia tiñó de tintes rojos,
la levantó con diplomacia para
ocultar una lágrima en sus ojos.

Y como nuevas lágrimas brotadas
pusieran en sus ojos un perlino
titilar, exclamó: ¡Fuerte es el vino...!—

Y fingió dos sonoras carcajadas...

EL CANTO DEL ENCUENTRO

Al llegar a este punto de la escena
entró en el comedor un niño acólito
y dijo: «Padre Hipólito,
ha llegado un bautizo; ya está llena
la capilla de gente;
mientras se arregla usted, voy un momento
a llamar a Vicente
que está con los monagos del convento
jugando en la plazuela a las esquinas...

¿Nos dejará usted hoy pedir propinas...?

Sonrió el Padre Juan al ruego atento,
el párroco asintió a la petición,
y el monago salió del aposento
con un pícaro gesto de gorrión.

Y dijo el cura urbano
al humilde e infeliz cura aldeano:
—Ha tiempo que no lo lizo
en estas ceremonias parroquiales,
¿quieres tú dar las aguas bautismales
y pagarme el yantar con un bautizo...?

Y el Padre Juan, mirando el humorismo
de su alegre y dichoso compañero
exclamó:—Por lo mismo
en esta ceremonia oficiar quiero...—

Y bajó a dar las aguas del bautismo...

Lo que entonces pasó en el baptisterio
fué un suceso tan dicho y tan sonado
que holgaría contar lo relatado

a no tener guardado
el secreto de todo este misterio.

Cuentan por la Ciudad que cuando el cura
tomó en brazos al niño
oyó un nombre... tembló... Y su insegura
voz, preguntó con paternal cariño:

—¿Quién es la madre de tan lindo mozo...?

Porque, en verdad, la criatura es bella...—

Y una mujer se adelantó con gozo...

—¡Yo soy la madre...!— dijo... ¡¡¡Y era Ella...!!!

Advirtió el Padre Juan como una oscura
penumbra que en sus ojos extinguía
la luz... Una amargura...

Un frío que sus carnes aterfía.

Dijo una frase dulce y apagada,
besó al niño en la frente nacarada
y lo dió a la madrina; un crucifijo
buscó con sus miradas angustiosas,
y clamando: ¡¡¡Es su hijo...!!!—
sin sentido cayó sobre las losas...

EL CANTO DEL POSTRER DOLOR

Pocos días mas tarde, y en la aldea escondida
donde de su existencia miraba la flor trunca,
al cielo le entregaba el Padre Juan su Vida...
Esa Vida doliente que no acababa nunca.

Cuenta que le decía el rústico galeno
que en dolencias del alma no debía estar ducho:
«¡Animo, seor cura...! Voacé se pondrá bueno,
porque es el alma jóven y quiere vivir mucho...

Y el infeliz enfermo, con acento dolido,
así le respondía;

—Ya es llegada mi hora, ya bastante he vivido,
porque es para el que sufre un siglo cada día...—

Y dicen que en el día que precedió a su muerte
llamó a sus feligreses en torno de su lecho,
y con voz dolorida les dijo de esta suerte,
los ojos en el cielo, las manos en el pecho:

«—No busquéis, mis hermanos, en la tierra el

[Amor;

buscadlo allí en el Cielo donde todo se alcanza;
y así nunca en la Vida sabréis de mi Dolor,
ni gustaréis las hieles de la Desesperanza...

Mas si acaso algún día vuestra cárcel de lodo
tiene de Amor alguna radiante claridad,
por mi Dolor lo digo: ¡Desprendéos de todo...!

¡Dejadlo todo, hermanos, y sobre todo, amad...!

LEOPOLDO AGUILAR DE MERA

Cuadros de nuestra actuación en Marruecos

GITANERÍAS

—Mu güenas tardes, zeñá María.

—Dios guarde a ustedes.

—Vamos a vé si hoy jasemos trato; que hoy traigo yo mu güenas de vendé.

—Vamos a verlo; pasen ustedes.

—Con zu premizo.

Entran en el patio los dos «calés», descendientes del mismo Faraón. Ella es aunque entrada en años, bastante simpática. Muy morena, peinados muy tirantes los cabellos endrinos hacia la nuca donde, anudados, sirven de base a una peineta de concha con calados; luciendo en los lóbulos de sus orejas unos zarzillos albaycinerros, largos, de pequeñas hojitas y puntitas de coral; terciado en el busto, un pañolillo negro de manila con rameados; airosa su falda de volantes muy retelimpia y almidonada, nos recuerda su silueta simpática las cuevas de San Cecilio, nidial de zambra en la Granada tísica, donde muchas figuras como esta, cuidan a sus «churumbeles», o hacen canastas mientras el «marío» con cuatreros y «zeñoricos» castellanos venden una mula con más años que Matusalen, —haciéndola pasar por mo-cita,—o esquilan un borrico poniéndole en el lomo con sin igual maestría un vistoso BIBA MI AMO.

El gitano de nuestra croniqueja, con su mujer, —como ya habrás adivinado lector sagaz— se buscaba la «vía» vendiendo retales de telas y piezas de encaje, saldos que les preparan en las tiendas. Es uno bajito de cuerpo, de un moreno bronceado que toca su cabeza con anchísimo sombrero color tabaco—¡gachosito que sombre-ro! ¡Es una farinal decía ayer un flamenco en el zoco—Orlan su cara de pillo redomado, unas ondas de pelo muy repeinadas—cualquiera diría que engomadas—y un bigotillo «retorsío»; un fracecillo de dril viste, y de su mano no se cae jamás la «media vara» que, cuando mide tela, estira y

encoje como la goma, según lo primo que sea el comprador.

Bueno; pues ya tenéis ahí un ligero retrato de los dos personajes. Ponerle a cada uno unas cuantas piezas de tela sobre el hombro, y ya habreis retocado el retrato para darle más propiedad.

Con «premizo» de la «zeñá» María, entran en el patio los dos gitanicos.

El patio, no es nada de allá. ¿Qué vamos a pedir en Marruecos? Unas cuanias macetas de co-leos polícromos, unas cañas de adorno, unos

girasoles, unas si-dras y una jaula con su canario. Arregla-dillo todo—eso sí—, bien podfa recordar-nos algún patio mo-desto de nuestra querida Andalucía.

—Vamo a vé, zeñá María. Que traigo una franela e dos pelos, que no la hay mejó en toa la more-rería.

—No; no necesito hoy franela.

—Pues entonze, le voy a enzeñá a ozté una pieza e «Grano e Oro» que e mejó que er «Madampolá» y que la holandá.

—Vamos a verla. Pero a no pedir mu-cho ¿eh? Que yo co-nozco a ustedes ha-ce mucho tiempo.

—¿Que ice ozté, zeñá María? Hoy tengo yo ganas e vendé, por-que tengo que pagá una fartura y doy tres sar-tos y medio por arcanzá una perra.

—No es muy mala esta tela blanca. ¿Cuánto vas a llevarme por esta pieza?

—Misté, zeñora, ozté entiende e tela blanca, mejó que muchas. Esta tela no tiene cá, no tiene má que la miaja e goma e la fábrica. Ze la voy a ozté a dá'en dose duro.

—¡Ave María Purísima, qué disparate! Eso es una barbaridad.

—¡Jozú y qué zeria se ha puesto esta mujé! Si hoy va ozté a la tienda y cualquier teliya blanca le cuesta tres pezeta la yarda. Y esta pieza e tela que ya no la hay en ninguna parte, tiene 22 yardas... le viene a ozté a salí a unos onse rales mujé...



—Eso es un disparate hombre. El otro día le compré yo a la Juana que me lo dá todo muy arreglado, otra pieza, y me vino a salir por unas dos pesetas.

—Zeñá María; que ezo costaba er «Granito e oro», cuando Jesús iba por ahí amontao en burro. Eza no sabe lo que ze vende ni lo que ze trae entre mano. Va a la tienda compra y azina que jaze así y rompe la fatura, ya no zabe a cuanto la costao cá coza.

—Pues nada, ya lo sabeis, si quereis dejarla por nueve duros la pieza, bien; y si nó...

—Bendito zea Dió zeñá María. Con la ventaja que tiene ozté comprándonos a nozotro. Porque va ozté a cuarquier tienda e Larache, y le cobran a ozté la lú, la contribusión, y la casa, y los ependientes, y el aparato, er lujo y er sereno... Pero uno que lo zirve a domicilio, que lo trae e La Lina sin tené que pagá correfaje e ninguna claze...

—Pues ya lo sabes... No doy ni un céntimo más.

—Mujé, no jaga ozté más pierna! Me está ozté jasiendo hablá má e la cuenta. Por eze precio no la daban ni en er siglo pasao que estaban la telas a perra gorda. ¡Una tela que e mejó quer madampolant!... ¿Quiere ozté que le corte un peazo y se lo moje a vé lo que le parece?

—No, hombre,—dice la gitanica—z! la zeñora conoce er «Grano e oro», pa qué va a mojarla... Zeñora, quéese ozté con la pieza que tenemos que pagá hoy una fatura.

—Por el precio que le he dicho, sí. Más, no doy ni un céntimo.

—Pues no pue sé, zeñá María. Me estoy enterando que ozté no quíe comprarme ¡con las ganas e vendé que tengo yo hoy! Mizté, hoy e un día que me pue comprar to er mundo a cualquier precio.

—Ni un céntimo más.

—¡Jozú que irritación me está ozté jaciendo pasá! Vaya, deme ozté dié duro,—le dice echándole la pieza sobre la mesa.

—Que nó, nueve.

—Vamos hombre y qué tardesita. ¿Te has fijao, mujé? Ni cuando corrió a Frasquito la Guardia Ziví, que le salió er zàrampión a las veinticuatro horas! Ozté no tiene gana ni de comprá ni de jaze trato. Vámonos, Jozefa, y ozté ze que con Dió y con zalú. Pero que esta tela no la glierve ozté a vé en zus manos porque ya no se frabica.

—No hay que cansarse más, ya sabeis lo que doy andad con Dios.

Salen a la calle los dos calés. En la esquina, cuchichean un rato, y por fin se decide el gitano volviendo a la ventana de la casa, echando la pieza de tela sobre una silla.

—Vaya, zeñá María. Deme ozté una pezeta má que e lo que voy a ganarme pa los churumbeliyo...

—Toma, nueve duros. Ni una «chica» más.

—¡Marfa Zantísima, y qué palabra tié ozté! Ahí tié ozté la tela y no le diga ozté a nadie lo que la costao, porque me llevan al *estaribé*. ¡Ma jecho ozté de pazá un berrinche que hasta er zombrero ze me ha embebío der zudó! ¡Con zalú zeñora!

—Andar con Dios.

Por la noche la «zeñá» Marfa se enteró en un comercio, que la de «Granito e oro» mejó que er madampolán—como lo llamaba el gitanico—¡valía ocho duros!

RAFAEL LOPEZ RIENDA.

Desde Larache, Octubre, 1920.

CASOS Y CASOS

Un caballero de la Corte del rey Carlos III, de gloriosa memoria y que por las señas debió ser ascendiente de *Garibaldi* (q. e. p. d.), el de «arriba caballo moro», era tan aficionado al *soplen* o al *empinen*—que de ambos modos se dice—que bebía una barbaridad. Además, se gastaba un paladar tan delicado que podía haberse ganado la vida como catador de vinos, pues era una especialidad en ese *arte*. Vino que él paladeaba, vino que recibía su fallo referente a su edad, cualidad, fuerza, gusto, etc..., fallo que nunca *fallaba*.

Un cierto día hubo de sentarse a la mesa del rey, y queriendo éste dar una sorpresa agradable a tan afamado bebedor, ordenó que sacarán una botella pequeñita que contenía un vino riquísimo que contaba la friolera de doscientos años.

—Verás cosa rica—dijo el rey—Ya puedes relamerte, querido.

Y le ofreció la botella.

El socio tomó una copita de aquel vino tan ponderado, gustó un pequeño trago paladeándolo con fruición y poniendo los ojos en Blanco...—¡Un momento!—Este Blanco era el copero del rey.

—¿Qué te parece mi vino de doscientos años?—preguntó don Carlos.

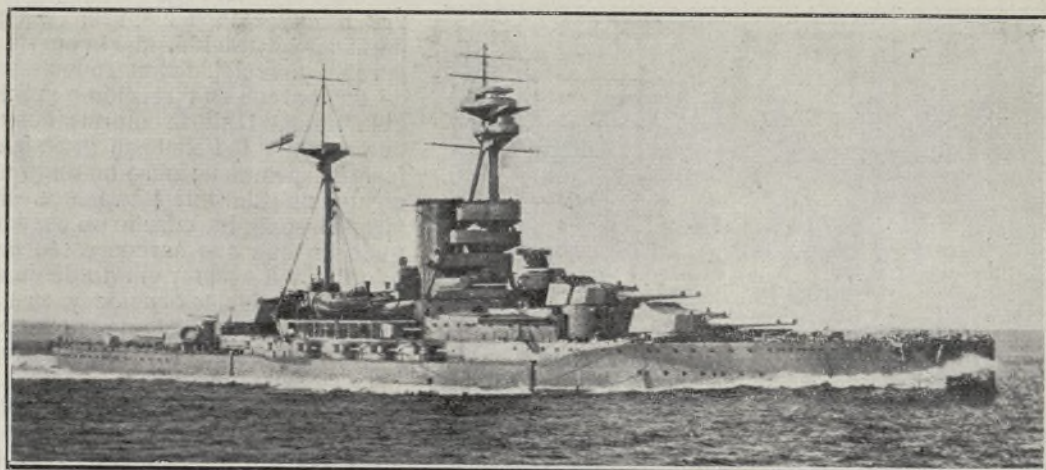
—Sublime, exquisito, celestial, requetepistonudo, señor. Solo le encuentro un defecto.

—¿Cual?—preguntó el rey asombrado.

Y el bebedor fijando sus ojos en la botella tan pequeñita que contenía aquel néctar, dijo:

—Que ha crecido muy poco para los años que tiene.

ANTÓN TRIJUEQUE



El acorazado «Revenge», de la marina inglesa, que se considera como uno de los más perfectos modelos de unidades de combate.

DE LA MARINA DE GUERRA

LOS MODERNOS ACORAZADOS

En el número correspondiente al mes de junio publicamos una fotografía del potentísimo acorazado de la marina inglesa *Hood*, y hoy ampliamos nuestra información gráfica para dar a conocer a nuestros lectores las diversas características del formidable barco, sin disputa el mayor de los construidos hasta el día.

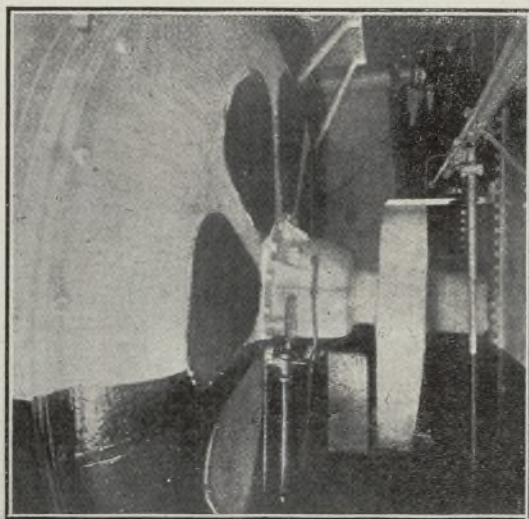
La idea de construir el *Hood* nació, cuando en el año 1915, el Almirantazgo inglés, tuvo la noticia de que su rival Alemania comenzaba a construir tres cruceros de batalla del tipo *Graff von Spee*, a bordo de los cuales debían montarse cañones de 45 centímetros.

No podía tolerar Inglaterra, fiel a sus tradiciones, que pudiera ser aventajada, ni siquiera igualada, en su poderío naval, e inmediatamente se estudiaron y planearon cuatro buques que, todavía embrionarios, recibieron los célebres almirantes Hood, Anson, Rodney y Howe; pero solamente el *Hood* llegó a surcar las brumosas aguas inglesas, ya que

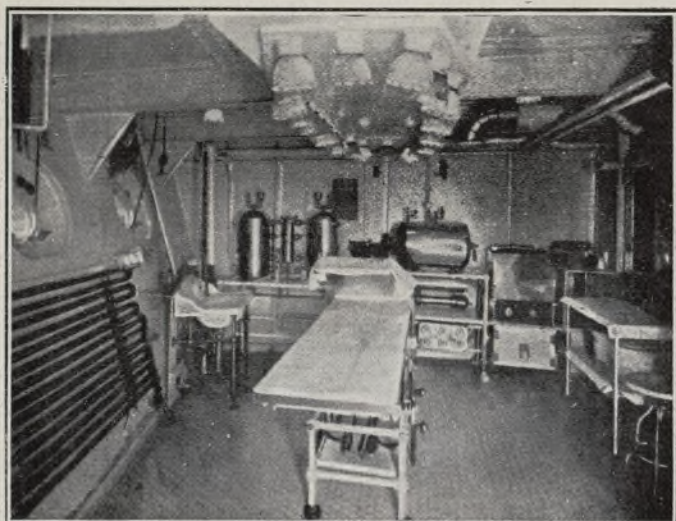
el Almirantazgo suspendió la construcción de los tres restantes, cuando la derrota de Alemania fue un hecho.

No sólo durante la pasada contienda, sino desde que Alemania acrecentó su poder naval, Inglaterra sentía un odio oculto por los germanos y ansiaba el momento de que ambos poderes se vieran frente a frente. Este odio era igualmente correspondido por sus rivales, hasta el punto de que siempre que se encontraban buques de guerra de ambas naciones en puertos amigos, sus brindis exteriorizaban claramente este deseo, expuestos sin ambages ni rodeos.

Así que, desde el comienzo de la guerra, la marina británica se había mantenido en la esperanza de que algún día podría forzar a la gran flota alemana para que aceptara la batalla en alta mar, y siempre que los grandes acorazados desaparecían de la vista de los curiosos, en la lejanía de las costas inglesas, todos los corazones latían apresuradamente.



Uno de los propulsores gigantes de los modernos acorazados. Su movimiento está generado por un motor de 7.000 caballos.



El acorazado moderno tiene, entre sus instalaciones, la de una magnífica sala de operaciones dotada del más completo material quirúrgico.

mente, creyendo que aquella salida sería la decisiva; pero en vano esperaban que saliese la flota alemana, quizá presintiendo lo que habría de ocurrirle; no salían de sus bases más que aisladamente para bombardear las costas inglesas, a pesar de la continua vigilancia que mantenía en tensión constante el espíritu y los nervios de los individuos de la armada, especialmente de los que formaban el personal de la flota de cruceros acorazados, que constituía la primera línea del poderío naval inglés, vanguardia de la gran flota, jauría de podencos que debía acosar a los navíos alemanes hasta la llegada de las escuadras que mandaba Jellicoe.

Sir David Beatty, almirante de la vanguardia, no le favorecía la suerte. En la batalla de Heligoland, sus grandes acorazados sólo habían tropezado con cruceros rápidos del enemigo, y en el ataque a Harlepool, en nada estuvo que interceptara la retirada de los barcos alemanes, que lograron escapar a favor de una espesa niebla.

Llegó por fin el día soñado: el día 30 de mayo, por la tarde, la gran flota inglesa zarpó de sus bases para realizar una de sus acostumbradas batidas. Hizose a la mar en dos divisiones. Al norte navegaba la flota de combate, mandada por sir John Jellicoe, compuesta de la primera, segunda, tercera y cuarta escuadras de combate, una escuadra de cruceros acorazados—la tercera—, la primera, segunda y cuarta escuadra de cruceros y las flotillas 4.^a, 11.^a y 12.^a de cazatorpederos.

Más al sur, navegaba la flota de cruceros acorazados, los podencos de Beatty, que lograron encontrar el enemigo al día siguiente, a las dos de la tarde. Esta

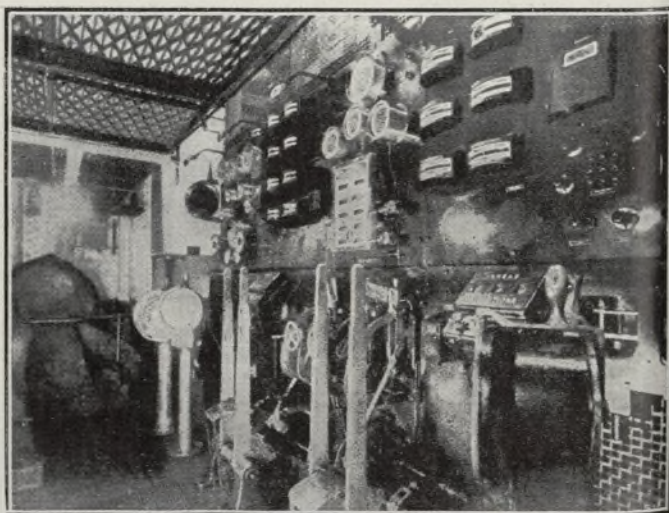
vez Beatty estaba dispuesto a no desperdiciar la ocasión, que la suerte le deparaba, y, decididamente, puso las proas de sus barcos en dirección a sus enemigos, aunque tenía la enorme desventaja de presentar la batalla al grueso de las fuerzas alemanas; pero no dudó un momento, que durante trescientos años la Gran Bretaña ha cifrado su especial orgullo en que sus barcos estén prontos a luchar y a aceptar el reto de un adversario en cualquier ocasión y en un mar cualquiera. En el instante que no pudiera hacer bueno este aserto, su gloria se hubiera derrumbado.

No hemos de seguir paso a paso las diversas fases de la única batalla naval en la que entraron en acción los potentes buques de ambas naciones y que terminó con la retirada de la escuadra alemana, a sus bases, protegida por la espesa niebla y la oscuridad de la noche, que robaron a la Marina inglesa la completa victoria que las maniobras y el comportamiento de todos sus buques

merecían.

En esta batalla sucumbieron desde almirantes a grumetes y se hundieron buques que representaban muchos millones y el trabajo denodado de gran número de trabajadores; pero también sirvió de grandes enseñanzas al Almirantazgo para reformar los barcos en construcción en aquella fecha.

Así, el *Hood*, que estaba todavía en papel, fué modificado, aumentando en 5.000 su tonelaje, que ya alcanzaba ya no despreciable cifra de 36.000, a costa de reducir su teórica velocidad, permitiendo con ello mejorar la protección de sus costados y de los puentes de combate. Se aumentó también a 30 grados el ángulo de tiro y, por



He aquí el aspecto de los cuadros distribuidores de energía eléctrica que permiten manejar desde el puente de mando todos los servicios y gobiernos del acorazado.

tanto, el alcance de las ocho piezas de 45 centímetros de que va armado.

Por cierto que primeramente se pensó que, en vez de montar estas piezas, llevara seis de 54; pero se desistió atendiendo al enorme peso que representaba, puesto que el proyectil de este calibre pesa 1.600 kilogramos, y el de 45, son 965, y que el peso del cañón de 54 es de 165 toneladas, mientras que el de 45 sólo llega a 98, y como este cañón tiene un alcance de 30.000 metros, perforando a esta distancia una plancha de bastante espesor, se desistió de aumentar el calibre, aunque con ello se equipararan a los alemanes.

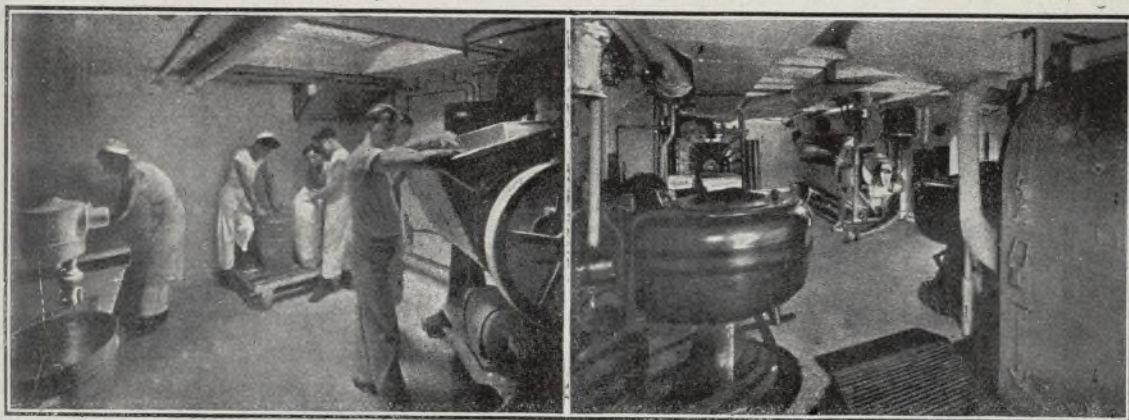
Asombra leer las cifras que integran las distintas características del *Hood*, y aunque no encaja, dada la índole de esta revista, un estudio técnico del asunto, hemos, sin embargo, de dar a conocer a nuestros lectores alguna de aquéllas, para que puedan formarse una idea de las mag-

por pequeños tubos de tiro forzado y repartidas sobre cuatro fogones en los que se quema el petróleo, único combustible, que va almacenado en cisternas de más de 1.200 toneladas de cabida.

También se ha procurado dar una mayor protección a los pañoles para preservarlos de las explosiones exteriores, como ocurrió en la batalla de Jutlandia que un solo disparo echó a pique al *Indefatigable*; pero lo más notable de este portentoso barco es el dispositivo que lleva para protegerlo de los torpedos.

Fué empleado con lisonjero éxito en la pasada guerra, aplicado a varios barcos en los que los torpedeamientos no hicieron mella, lo que hizo comprender que se había resuelto el problema, por ahora.

Consiste en rodear el blindaje por debajo de la línea de flotación hasta la quilla, con otra coraza de menor espesor, de forma abombada, de manera que quede entre ambas una cámara de aire.



En los modernos acorazados, la electricidad mueve todas las máquinas auxiliares del servicio y de la vida del barco. Vense aquí las instalaciones de una amasadora y de una lavadora eléctricas.

nitudes, verdaderamente colosales, del primer acorazado del mundo.

De proa a popa tiene 288 metros, su anchura es de 35 y su tonelaje, ya lo hemos dicho, de 41.000. Su armamento es formidable, pues cuenta ocho cañones de 45 colocadas a proa y a popa, dos a dos en torres acorazadas superpuestas y con el mismo eje. Doce piezas de 15 centímetros, en casamatas, repartidas en partes iguales a ambos costados; cinco y cuatro de 12 centímetros para aviones y dos tubos lanza torpedos submarinos y cuatro sobre la línea de flotación.

Constituye el blindaje del *Hood*, una coraza de 36 centímetros en el centro, que va disminuyendo hacia proa y popa hasta tener 19 centímetros.

La potencia de sus máquinas es de 144.000 caballos, que desarrollan una velocidad de 31 nudos. Esta fnerza, dividida por igual, acciona sobre cuatro hélices, dos exteriores y dos interiores.

Las calderas, en número de 24, están formadas

El torpedo disparado contra el barco choca con la parte cómbada y recibe la explosión sin que la sufra la coraza principal, bastante alejada del punto de choque.

Es evidente que este procedimiento no puede ser definitivo, puesto que ahora habrán de inventarse torpedos cuya explosión sea posterior al choque o sea cuando se encuentre en la cámara abombada y el esfuerzo del ingenio inglés quedará desvirtuado.

Las dimensiones del *Hood* han permitido que el buque no solo sea una fortaleza flotante, sino un palacio maravilloso, en el que no se ha escatimado el lujo ni las comodidades, y en el que la electricidad interviene profusamente en todos los servicios del barco, no sólo en los militares, como reflectores, ascensores, montacargas y otros anejos, sino también en las cocinas, lavaderos, panaderías, secaderos de ropa en los que la electricidad es la principal actora.

JOSE RUIZ MORALES

¡VAE VICTIS!

El material de guerra alemán y las fortificaciones de Kiel

El armisticio de 11 de noviembre de 1918 ha sido, pese a todas las benevolencias del lenguaje con que se pretenda disfrazarlas, una capitulación alemana sin condiciones. Los vencedores—Francia sobre todos—llevaron su odio al armisticio en forma tal, que más parecía humillación que derrota la que Alemania sufriera. Ni dominar, ni vencer bastaba; era preciso destruir, anular al vencido. Francia, orgullosa de su victoria política, obtenida por el desquiciamiento social de su adversario, no se conforma con vencer: necesita «borrar» del mapa de Europa lo que un día fué Imperio alemán.

El rencor ha cegado al victorioso y la generosidad ha cedido ante el odio.

Y el odio este, que, a veces, parece temor, no perdona. La

Comisión interaliada que vigila el cumplimiento del Tratado de Versalles, eterno baldón de ignominia para Alemania, se muestra inexorable. Destruir todo, aniquilar, pulverizar al vencido, es el lema fatídico de los ejecutores triunfantes.

Y la Comisión interaliada, nuevo Apocalipsis, prosigue implacable su devastadora misión. Destruid todo, desaparezca todo... «Aquí fué Alemania», se diría al mundo en un reto triunfante, cartel de desafío plantado sobre un desierto sembrado de sal, si el vencedor pudiera hacerlo.

El canal de Kiel, esa obra inmensa en que el pueblo alemán puso su fe; el fruto de un su-

blime patriotismo que exigió un esfuerzo económico capaz de aniquilar un Imperio; el canal de Kiel, brillante ejecutoria de la Alemania de ayer, es hoy una ruina miserable que oculta bajo sus escombros las lágrimas de un pueblo. El ruido ensordecedor de las constantes voladuras pregona la muerte de un poderío. La dinamita, implacable, reina sobre Alemania. Artillería, fortificaciones, muelles, esclusas, todo vuela. Y la obra gigantesca,

orgullo un día de la nación alemana, tórnase en informe montón de tierra enrojecida, más que por el fuego de las explosiones, por la vergüenza del vencido... El puerto militar de Wilhelmshaven es hoy trágica caricatura.

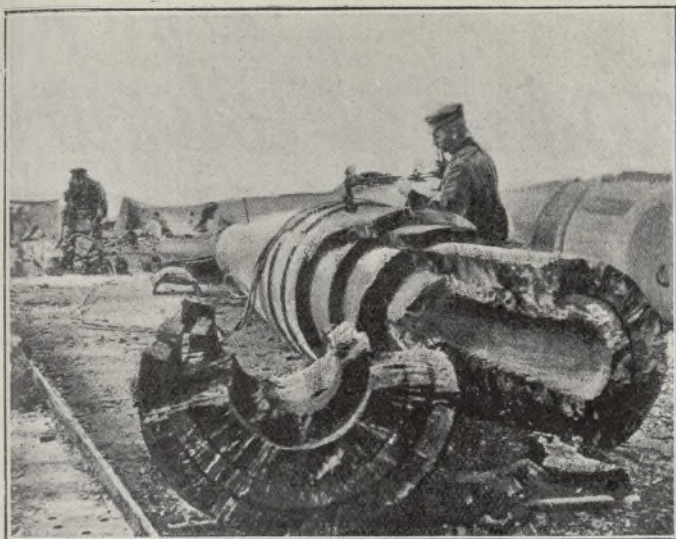
La entrega de una escuadra poderosa, casi intacta, sin el orgullo de una

derrota gloriosa, sonrojada la faz de aquellos marinos que no habían inmolado sus vidas en un postrer desesperado combate, preferible a la rendición; el desarme violento; la destrucción de todas las obras militares y navales; la incautación de las minas; la encarnizada persecución a que son sometidas todas las industrias y fabricaciones, viendo en ellas una futura aplicación guerrera; la demolición de todo cuanto signifique ataque o defensa, pregona una victoria cruel, implacable. *Vae victis!*

Armamentos, motores, aparatos balísticos, geodésicos, topográficos, ópticos, todo ha de ser destruido.



Aspecto que ofrecen las fortificaciones del Canal de Kiel, después de haber sido volados con la trilita sus muros y casamatas.



Mediante la trilita y el gas oxi-acetileno se rompen y cortan en pedazos los cañones de Kiel.

La garantía suprema del vencedor es un cartucho de dinamita.

Y ese inmenso botín de guerra, que supone incalculable número de millones, se convierte en polvo por nadie aprovechado. Podría pensarse que ese botín, utilizado por el vencedor, aumentaría su poderío, amedrentando así aún más al vencido. Pero no. Además de que el reparto suscitaría tal vez la lucha entre los vencedores, ya que todos y cada uno reclamaría la mayor parte, sería el germen de una nueva guerra. Supiscaces y celosos, contemplan los aliados la presa. Ciérnense sobre ella y ninguno se atreve a tomarla, temeroso de que los demás se precipiten sobre él para arrebatársela. Tal nación sería entonces más fuerte que tal otra; y los lobos que se unieron contra el mastín, no dejan de ser lobos y pueden algún día tener que destrozarse. No; la destrucción de la presa se impone. Vencido, uno; vencedor, ninguno. Y así fué aquella trágica historia de un pueblo poderoso que después de vencido hacía temblar a su vencedor.

Perdió, pues, la guerra aquél carácter de noble fiereza, de lucha leal que admiró en los pueblos la Historia. Cruel siempre, ofrecía, sin embargo, la guerra un aspecto de caballerosa cruel-

dad. El vencedor conquistaba su mayor gloria en su propia generosidad. El vencido, respetado siempre, admirado no pocas veces y compadecido por el vencedor, reconocía la lealtad del adversario, y dolorido, pero, sin odio, confiaba al tiempo el olvido de su rencor.

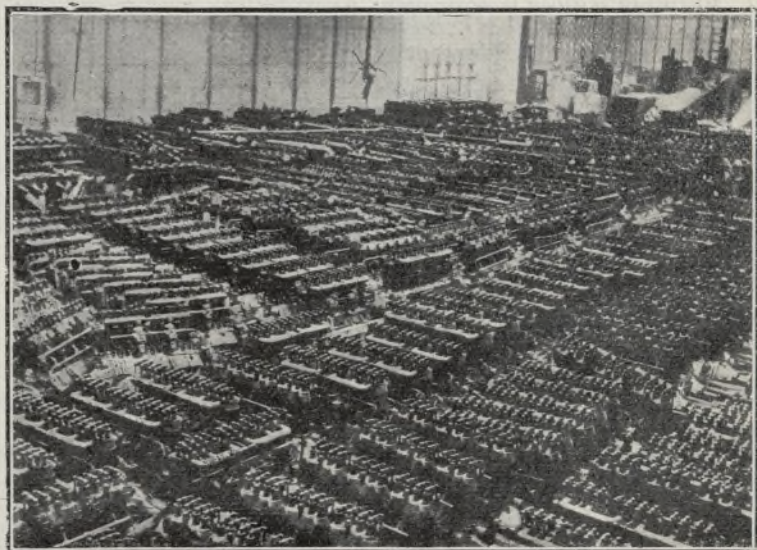
Cuando los primitivos medios de combate, en la infancia del arte de la guerra, llevaban a los adversarios a un inmediato cuerpo a cuerpo, la lucha, sin excluir los odios, imponía la nobleza y lealtad.

Cuando la guerra ha llamado a la ciencia y la ha hecho su esclava; cuando se puede herir y aniquilar a distancia, el hombre se torna sanguinario, fríamente cruel. La fiera humana, sonriente y tranquila, destruye y destruye sin encontrar en su alma un latido de piedad. La amargura de la derrota se convierte en desesperación del ven-

cido, víctima del ensañamiento del triunfador.

Piense el vencedor cuán peligroso es sembrar rencores en los vencidos de hoy, si llegan a ser los vencedores de mañana. Francia, que educó a la actual generación en el anhelo de «la revancha»; Francia, que conservó latente en los corazones infantiles el odio a su enemiga, recordando a los niños en las escuelas su deuda con la Patria por aquellos letrados que advertían: «acordaos de Alsacia y Lorena»; Francia, sabe que un pueblo derrotado puede olvidar, pero escarnecido, no perdona.

F. BLASCO DE NARRO



Motores de la aviación militar que deben ser destruidos en cumplimiento de las cláusulas del Tratado de Versalles.



Cartas de un soldado

Nos han dado mico, mi buen amigo. Yo no sé por quién se había lanzado a volar la especie de que subían el sueldo a los jefes y oficiales. También se decía que participaban de la mejora los empleados civiles. Hasta se había circulado la cuantía del aumento, que iba a ser de un 20 o un 30 por 100, según los sueldos. Y ahora resulta que todo es mentira, que, según el presidente del Consejo, la noticia no ha sido sino una artimaña política que tenía por objeto malquistar a los empleados con el Gobierno.

Estaba por decirte, mi entrañable Perico, que casi me alegro de que la noticia sea falsa. Me pasa con esto de los sueldos y salarios, lo que a aquella vieja del cuento... «que pedía a Dios prolongase la vida del tirano de su pueblo para que no viniera otro que tiranizase más». Es un perjuicio un mayor sueldo, si, basados en ello, nuestros provisionistas de todas clases alzan sus precios en mayor proporción que la subida. Es preciso, trabajar y pedir la baja de los artículos, la tasa de las subsistencias ¡Esa es la fija!

En la región de Xauen (este Xauen es el antiguo Xexauen, cuyo nombre verdadero no hemos sabido hasta que lo hemos ocupado) siguen los ataques y las emboscadas. Un cabo y cuatro soldados han caído muertos en la sorpresa de una aguada. Un bravo jefe, el comandante Redondo, ha sido víctima de una agresión en la que ha perdido la vida. ¡Cuánta sangre nos cuesta la pacificación de nuestro Protectorado! ¡Menos mal que el heroísmo y el sacrificio de nuestros soldados se ven recompensados prodigamente!.. Fué, en verdad, una martingala estupenda, esa de atribuir a las Cortes la resolución de las recompensas...

Estos días ha circulado un rumor estupendo. Dicen que si tendremos que enviar algunas tropas a Lituania. ¿Que dónde está Lituania? ¿No lo sabes, verdad? Pues, con excepción de D. Eduardo Dato, hay muy pocos españoles que lo sepan... Calcula tú lo que puede interesarnos ese país...

Las clases de tropa han constituido su Sociedad de Socorros Mutuos, y el vizconde de Eza ha querido ser el imponente de la primera cuota, por la que ha abonado 10.000 pesetejas. Es un detalle que hay que agradecer al ministro.

Los Cuerpos de la guarnición de Madrid han realizado Escuelas Prácticas, en las que hemos visto funcionar gases fumígenos, fusiles, ametralladoras y un terrorífico tanque. El príncipe de Asturias ocupó durante las maniobras su puesto en la escuadra que manda en el Regimiento del Rey, y tomó parte en el ejercicio con la intrepidez de un veterano.

Seguimos en un plan fantástico de organizaciones; el Negociado de Movilización de Industrias Civiles, los grupos de instrucción y hasta, según dicen, un grupo especial de tropas palatinas que estará constituido por los reclutas de cuota y voluntarios de un año que reúnan determinadas y extraordinarias condiciones.

Por lo demás, todo bien: las huelgas y los atentados siguen a la orden del día. Por lo visto es un mal crónico que ya no se combate. Hasta la próxima. Tuyo,

JUAN SOLDADO

COSTUMBRES DE MARRUECOS

Las abluciones de los moros

Una de las costumbres moras que más llaman la atención de los que visitan Marruecos, es la de las abluciones que, como precepto del Corán, deben ejecutar todos los creyentes de Alah.

¿En qué consisten las abluciones? Veámoslo:

Supongamos que un moro va hacer su oración en su casa. Después de preparar el agua se quita las medias, se sube las mangas hasta los codos y repite el primero de los rezos que preceden a la ablución y que dice: «Voy a purificarme de las impurezas corporales antes de orar.»

Se sienta en un banquillo o en una silla y empieza el lavatorio echándose agua con un cacharro que parece una cafetera. Primero se la echa tres veces en las manos, al mismo tiempo que dice: «¡Oh Dios mío! Si soy agradable a tu vista, perfúname con los olores del Paraíso.»

Se hecha agua en la mano derecha, y tres veces la sorbe por la boca y por las narices.

Después de pronunciar otras frases religiosas, el musulmán procede a lavarse las manos y los brazos hasta los codos, cogiendo agua con las palmas de las manos y echándosela de modo que chorree brazo abajo.

Cuando se lava la mano derecha dice: «Oh Dios mío, en el día del Juicio pon el libro de mis acciones en mi diestra, y examina mi cuenta con favor.»

Y lavándose la mano izquierda, dice: «Oh Dios mío, en la resurrección no pongas el libro de mis acciones en mi mano izquierda.»

Esta curiosa distinción la hacen los musulmanes porque honran más a la mano derecha que a la izquierda. Tan es así, que cuando tienen que realizar algún acto inmundo, tal como tocar un cadáver, no usan para ello más que la mano izquierda.

Se echa luego agua en la mano derecha, y levantándose el gorro o el turbante se pasa

la mano humedecida por la cabeza hasta el codo, y se peina con los dedos la barba.

Introduce la punta mojada de los dedos en los oídos al mismo tiempo que con los pulgares, igualmente húmedos, se limpia por detrás de las orejas desde los lóbulos hacia arriba.

La ceremonia siguiente consiste en pasarse alrededor del cuello los dorsos de los dos dedos índices a un mismo tiempo yendo de delante hacia atrás y trayéndolos luego otra vez hacia adelante.

Por último, se hecha agua en los pies y se pasa los dedos de la mano por entre cada uno de los dedos de los pies.

Tales son las abluciones que hacen los musulmanes para abrir las puertas a la oración.

No es absolutamente indispensable hacer todas las ceremonias antes de rezar, si el fiel es

tá seguro de que no se ha puesto en contacto con ninguna impureza desde que hizo la última ablución.

Cuando viaja por el desierto o cuando se encuentra a la hora de ablución en sitio donde no hay agua, hace las abluciones con arena y aun con tierra, lo cual ya no es muy limpio que digamos.

Algunas veces, si la tierra está demasiado



En los patios de las Mezquitas vese en primer lugar la fuente o pila destinada a las abluciones.

sucia, coge una piedra y con ella sustituye al agua. En tal caso, el fiel pasa la mano por encima de la piedra, y después hace los mismos ademanes que si se estuviese lavando con agua, y toca la piedra cada vez antes de pasar la mano de una parte del cuerpo a otra.

El precepto ordena que la purificación se haga con agua corriente. No cabe duda de que al preceptuarlo así Mahoma quiso referirse a la necesidad de hacer las abluciones en algún río o riachuelo; pero el musulmán de nuestros días se aparta de esa interpretación y cumple al pie de la letra la ley, usando agua que echa desde la cafetera de que hemos hablado; así resulta agua corriente. No mete las manos en agua tranquila en la vasija donde la echa, sino que usa una especie de jofaina dispuesta de

modo que tan pronto como se echa el agua en ella, sale por otro lado; de modo que se mantiene corriente.

A este precepto de lavarse en agua corriente se debe sin duda alguna la abundancia de fuentes que desde tiempo inmemorial hay en los palacios y aun en las casas humildes de los moros y que tanto las hermosean y las refrescan.

Las abluciones son una de las prácticas religiosas que no olvidan, de ninguna manera, los creyentes de Mahoma. Cualquiera que sea su quehacer, cualquiera que sea el asunto que traigan entre manos, lo abandonan para cumplir este precepto religioso, que ha de mantener su cuerpo dispuesto para gozar de las delicias del paraíso mahometano.

UN DIARIO EN EL MAR

Los grandes trasatlánticos acostumbran a editar diarios mediante los que el pasaje no pierde ni un momento el contacto con los sucesos de la tierra.

El primer diario oceánico llevó el título de *Cunard Bulletin*.

Los «marconigramas» ocupaban la mayor parte de la primera página y toda la segunda. La tercera daba cabida a las «Noticias locales», bajo cuyo título se da cuenta de los diversos incidentes y detalles de la travesía durante las últimas veinticuatro horas.

«Del libro de bitácora» se titulaba otra interesante sección, en que se reproducían con comentarios interesantes, explicaciones y antecedentes, las notas del citado libro. Esta sección corría a cargo del capitán y de los primeros oficiales del barco, los cuales procuraban amenizarla todo lo posible y hacerla inteligible a los profanos.

Bajo el título de «Avisos públicos», se ponía en conocimiento de los pasajeros cuáles eran las diversiones dispuestas y los sucesos que iban a ocurrir, tales como llegada a puerto y hasta previsión del tiempo. El sobrecargo y el mayordomo del buque eran los redactores principales de esta sección.

En uno de los números del *Cunard Bulletin*, publicados a bordo del *Etruria*, se leía en la sección de «Noticias de interés» el siguiente artículo titulado: *Partida de ajedrez jugada con el vapor «Minnetonka» por medio de la telegrafía sin hilos.*

«El lunes, 2 de marzo, el operador de los

aparatos Marconi avisó que se hallaba en comunicación con el vapor *Minnetonka*, distante unas 70 millas.

«Los pasajeros del *Etruria* hicieron preguntar si había buenos jugadores de ajedrez a bordo del *Minnetonka*. La respuesta fué un reto de aquel barco para jugar una partida, reto cuyas condiciones se arreglaron en el acto.

«La partida empezó a las tres y media de la tarde, jugando las blancas los pasajeros del *Etruria*, y las negras los del *Minnetonka*.

«Después de una lucha animadísima y muy reñida, que duró hasta las diez y cuarto de la noche, las blancas dieron por perdida la partida a la 72 jugada. Los jugadores del *Minnetonka* contestaron: «¡Bravo! Buenas noches.» Los jugadores de ambos barcos felicitaron a los operadores del sistema Marconi, por la exactitud con que habían transmitido sus jugadas.»

Lo mismo que hoy llevan maquinistas y electricistas, los grandes vapores del porvenir tendrán que llevar redacciones hábiles en contacto con buenos y fidedignos corresponsales; a bordo podrán los hombres de negocio conocer al momento, no sólo los sucesos que puedan afectar directamente a sus intereses, sino también los precios y fluctuaciones de las Bolsas y de los mercados, y desde en medio del Océano tendrán medio de comprar y vender y de hacer jugadas de bolsa, lo mismo que si estuvieran en tierra.

OJO POR OJO...

CUENTO VERÍDICO

Ni tuvo lugar en los actuales tiempos de la *variedad en la uniformidad*, ni tan remoto es el hecho que hayamos abandonado la vida militar cuantos *per accidens* fuimos cómplices o testigos de esta historietita que parece cuento.

A la sazón regía los destinos de la plaza fuerte, de cuarta categoría por más señas, el general Baquetón, de imperecedera memoria; veterano encanecido en los campos de batalla, soldado en Africa, capitán en el Norte, comandante en Cuba y jefe político militar en el Archipiélago Magallánico.

Progresista de corazón, cuando el serlo significaba efectivamente jugarse el pellejo por un quitame allá esas libertades, era en materia religiosa, nuestro gobernador militar, librepensador... como el alcalde de *El monaguillo*. Desde Alcolea, en cuyo puente se batió del lado de los que pegaron, hasta que recibió el fajín como premio a su veteranía y ordenancismo, Baquetón sólo había tenido fe inquebrantable en D. Juan Prim, en la tagala morisqueta y en las descargas como un solo tiro.

A estos tres incólumes ideales de su vida había dedicado un altar en su corazón; ideales que, traducidos a la práctica, se reproducían en un retrato del Marqués de los Castillejos frente a la mesa de despacho, en el plato de arroz muy blanco a cada comida, y en el arresto fulminante del insensato que dejara escapar un disparo tan sólo, al isocronismo en la descarga.

Tal era, a grandes brochazos, la autoridad castrense de aquel *Portus victoriæ*, que los romanos fundaran guarneciendo la entrada incierta y angosta de una ría, como la torre secular de *El vértigo*, junto a un peñón de la costa que bate el mar noche y día.

Tal era, repito, el gobernador de la guarnición en aquella entonces plaza jurada.

Disgustos de consideración, podía decirse que no los había sufrido en su vida el general Baquetón, aunque los *berrenchines* fuesen el pan de

cada día, en gracia a la más rígida uniformidad, y al esmero, puntualidad, cuidado y celo de las numerosas guardias de Plaza; desde la muy nutrida de oficial, en la penitenciaría, hasta la sencilla de cabo y cuatro números en tal cual polvorín... sin pólvora desde lo de Somorrostro.

Mas llegó el día fatal—que todo llega en este pajolero mundo—y Baquetón, tan a punto estuvo de promover un conflicto con la Santa Sede, como de acabar cobardemente con aquella su preciada vida que a la Patria había sacrificado en pruebas de abnegación y proceder de buen soldado.

Sucedía por aquel entonces que la villa de nuestro relato se hallaba necesitada de iglesia parroquial digna, en relación con lo floreciente de la ex colonia romana, de una población que ya contaba con más de los cinco mil habitantes, y sucedió también que el celo episcopal y la munificencia de los indianos hijos del país, elevaron en poco tiempo un adecuado templo en donde, amén de la tradicional Virgen del *Portus victoriæ*, habría de recibir digno alojamiento, donde admirarse y venerarse, famosísimo estandarte que el César de Gante regalara cuando no se ponía el sol en sus dominios de ambos mundos.

Era el tal estandarte, la más preciada reliquia que en las solemnes procesiones aparecía, cuyo transporte fué siempre encomendado a la más alta autoridad de la plaza, desde que diz fuera un día el propio Emperador quien lo efectuara al des-

embarcar de tierras de Flandes, camino de Castilla.

Si ello fué así; si aquella flamenca—en toda la extensión de la palabra—que se llamó D.^a Bárbara de Blomberg, hizo o no pasar un mal rato en aquel trance al papá de *el Leoncillo*, no hemos de discutirlo aquí.

Quédese todo ello para historiógrafos, críticos y hombres de archivos; lugares donde seguramente se hallará sumida la hasta hoy oculta ver-



dad. En cuanto a nosotros, nos basta con saber que llegó el momento de inaugurar el templo parroquial; que al *Portus victoriæ* acudió el muy reverendo prelado con lucida corte sacerdotal; que el pueblo fué todo júbilo y festejos, y que el día de la fiesta magna, la misa solemne de pontifical debía, según el programa, ir precedida de una, no menos solemne, procesión en la que figurara el tradicional estandarte del hijo de D.^a Juana la Loca.

Triunfal fué la entrada en la plaza de su ilustrísima, quien, aclamado por el pueblo en masa, dirigióse al alojamiento que en palacio de titulado prócer se le tenía preparado, y no menos brillante fué, a su vez, la recepción que seguidamente tuvo lugar para cumplimentar al señor obispo, y en la cual la autoridad militar apareció representada por el coronel más caracterizado de la guarnición, en substitución del general gobernador.

Este, que oficialmente había padecido la noche anterior una rápida y aguda indisposición, no dejó por ello de asistir a su despacho, y en él, como era práctica corriente, nuestro Baquetón recibió por este orden, al jefe de día, al mayor de plaza, al capitán de provisiones y hospital, al oficial de vigilancia y al veterano secretario del Gobierno, cargo que, entonces—¡oh, tiempos de atraso, organización deficiente y faltos de previsión!—se nos antojaba era desempeñando a maravilla por beatífico capitán procedente de provinciales, a quien más tarde la sabia legislación, substituyera con un comandante del Cuerpo de Estado Mayor, precisamente cuando la Plaza perdía su carácter de fuerte y desaparecía todo elemento que no fueran 300 hombres de Infantería, que recibían el nombre de regimiento.

Todos cuantos pasaron por el despacho del general aquella mañana observaron en él algo anormal; un estado nervioso nada corriente, un léxico poco en armonía con su decir habitual y tal cual incoherencia en las prevenciones que, ni por casualidad, correspondían en parte al cargo o al servicio a que iban dirigidas.

Especialmente el secretario del Gobierno militar, con esa clariyidencia que dan los años de asiduo desempeño de un destino y el conocimiento de las personas, veía que una tempestad se

cernía sobre el espíritu de su excelencia, y se daba cuenta de que la calma aparente de éste, desde que tuvo noticia de la llegada oficial del obispo, hasta el momento de nombrar al coronel más antiguo como su delegado en la recepción, sólo había constituido una nueva razón para impedir que la válvula, con su funcionamiento, permitiera la libre expansión de aquella tormenta que gestándose amenazaba.

Sonó la una, y al retirarse el último escribiente del Gobierno, el capitán secretario se creyó en el deber de acudir al despacho de su excelencia con el pretexto de tomar su venia para irse a almorzar, pero con la finalidad preconcebida de acudir con todas sus fuerzas a prevenir la presentida explosión.

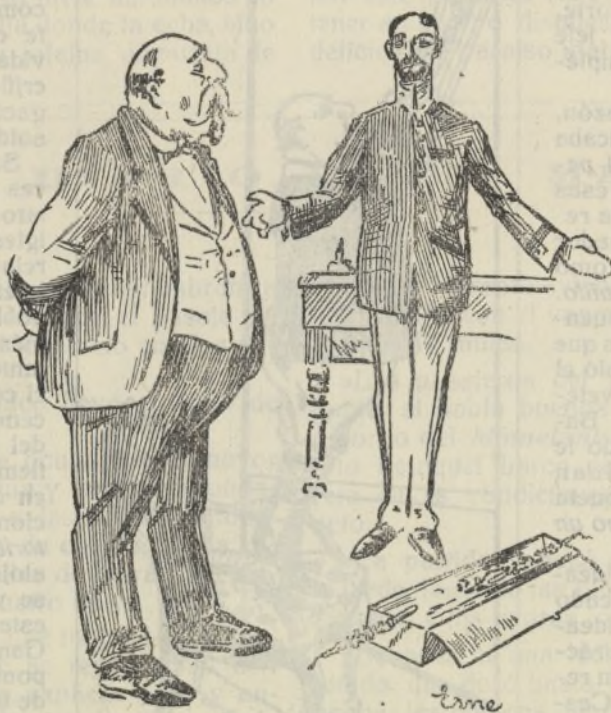
Baquetón paseábase maquinalmente por el despacho; contrasucostumbre, sin teresiana a la cabeza, la americana desabrochada y sin cigarro alguno que distrajera su nerviosidad. Tan absorto se hallaba, que ni siquiera se percató de la entrada de don Miguel, nombre familiar con que en la guarnición era conocido el veterano secretario.

Perplejo se hallaba éste sin acertar a abordar a su general, cuando un: «¿Da vucencia su permiso?», dado con voz robusta y en cierto modo armoniosa, en el quicio de la mampara, hizo volver la vista hacia la entrada, en el momento que un

ordenanza abría aquella y en tono solemne dirigíase hacia él y le entregaba un pliego con la frase: «Este oficio urgente que con este paquete acaba de traer un paisano.»

La alterada personalidad de S. E. detúvose, como obedeciendo a un resorte, en medio de la estancia. Don Miguel recogió el pliego que le entregaban, y dejó sobre un sofá el voluminoso paquete; el ordenanza retiróse con un sonoro: «A la orden de V. E.», y una mirada de inteligencia cruzó un instante después entre el general y su secretario, quien, obedeciendo a un movimiento de cabeza del primero, procedió, sin respirar, a abrir y leer el escrito tan extemporáneamente recibido.

En menos tiempo que se cuenta, la tez del secretario pasó del sonrosado habitual al pálido más cadavérico. Don Miguel quiso rehacerse y no pudo; miró fijamente a su superior, y con el



sobre en una mano y el texto en la otra, apenas si tuvo tiempo de escuchar un trágico: «¿Qué pasa?», con que Baquetón se dirigió a su subordinado y le arrancaba materialmente la comunicación para trasladarse con ella a la inmediación del mirador, por donde penetraba la luz en su despacho...

Instantes después Baquetón se desplomaba congestionado, y D. Miguel requería con el timbre a los ordenanzas para avisar a un médico, ayudar a Baquetón a respirar, trasladarle a la estancia más próxima y posar en su cabeza paños de agua fría.

La comunicación, entretanto, rodaba por el suelo, de donde el secretario la recogió para leer una vez más:

«EL OBISPO DE LA DIÓCESIS

B. L. M.

al Excmo. Sr. Gobernador Militar de Portus Victoriae, y tiene el gusto de invitarle a conducir el estandarte de *Carlos I* durante la solemne procesión que en el día de mañana tendrá lugar, enviándole al propio tiempo media docena de cirios rizados para si le hace el honor de distribuirlos entre las autoridades militares y subordinados que le acompañen.

»Su Señoría Ilustrísima aprovecha esta ocasión para ofrecer a dicho Excmo. Sr. la expresión de su más distinguida consideración.»

La fiebre retuvo a Baquetón en cama veinticuatro horas, y un coronel hubo de llevar por delegación el estandarte del César durante la ceremonia.

Dos horas después de ésta, cuando S. S. I. yan-

faba sosegado, un carro catalán deteníase ante la aristocrática mansión que servía al prelado de alojamiento, y dos ordenanzas en primera puesta trasladaban al ornamentado zaguán un estuche alargado, mientras el garrido cabo de gastadores hacía llegar hasta el familiar de S. S. un escrito que, *ad pedem literae*, rezaba lo siguiente:

«EL GENERAL GOBERNADOR

DE PORTUS VICTORIAE

B. L. M.

al Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis, y tiene el gusto de invitarle a la instrucción de tiro al blanco, que tendrá lugar en el Campo de la Playa, en la tarde de mañana, enviándole al propio tiempo media docena de fusiles con cubrepunto por si le hace el honor de distribuirlos entre los canónigos y demás cabildo que le acompañen.

»Don Rufo Baquetón de la Mosquera aprovecha la ocasión para ofrecer a dicho I. S. la expresión de su consideración más distinguida.»

Inédito hubiera permanecido este episodio de la vida de Baquetón, si la indiscreción de un barbilampiño abanderado, personalmente encargado por el propio general de llevar a cabo la «entrega de armamento», no hiciera popular esta anécdota en el Portus Victoriae, cuando D. Miguel, ya retirado, ejercía en la plaza funciones de Juez municipal, y el *progresista* D. Rufo había pasado a la sección de Reserva con el empleo de divisionario concedido por aquel *ultramontano* Gobierno, primero habido después de nuestro desastre colonial.

L. DELAGEYEME.

BURLAS PESADAS

Las colecciones de los periódicos ingleses guardan el relato de una estafa ingeniosa de que allá por los años del 70 al 80 fueron víctimas el alcalde y los vecinos de Boston (Lincolnshire). El autor de la burla se presentó una tarde a las autoridades municipales titulándose jefe de un destacamento de 500 hombres, que habrían de hacer noche en el pueblo. Como el individuo en cuestión vestía de militar y además era decidor y simpático, todo el mundo dió crédito a sus palabras. En menos que canta un gallo, recorrió el apuesto *oficial* todas las fondas y posadas, disponiendo en ellas alojamiento para las fuerzas, no sin hacer de paso importantes compras en los almacenes mejor abastecidos. Lo chistoso del caso consistió en que, deseando el concejo rendir un tri-

buto de cortesía a las tropas, acordó salir a esperarlas a caballo, llegándose a un pueblecillo llamado Kirton, distante cosa de una legua.

Pero transcurrieron horas y horas sin que apareciera ni uno solo de los 500 hombres; en vista de lo cual tornóse el municipio a su casa, haciendo comentarios sobre la inexplicable tardanza. Tal vez algún «supuesto táctico» había obligado al destacamento a detenerse en algún punto. De esta opinión participó el oficial, y a fin de comprobar su fundamento marchóse del pueblo, tomando el camino, sin vuelta, de Villadiego. Bienes verdad que para dejar un recuerdo imperecedero de su visita, quedaron en poder de los almaceneros y hosteleros hasta dos centenares de *abonarés*, importantes 2 o 3.000 libras esterlinas.

CHARLAS FEMENINAS AL MARGEN DE UN SUCESO

Diálogo por JUAN MATEO Y PEREZ DE ALEJO

Ilustración de Alvarez Naya.

La escena ocurre en el mes de agosto en el budoir de una señorita, Marta y Pilar son dos hermanas de los años que se quieran; regresan de jugar al tennis y se ocupan, Marta de reparar los agravios que en su tocado causó el ejercicio, y Pilar, sentada en una butaca, de leer las noticias de un periódico, que elige entre varios que hay en una mesita.

MARTA. ¿Qué hora es? (Volviéndose hacia Pilar.)

PILAR. (Suspendiendo la lectura y mirando un reloj de pulsera.) Las siete. Hoy hemos terminado mucho antes que los demás días.

MARTA. ¡Qué aburrimiento!

PILAR. ¡Sí! (Vuelve a tomar el periódico con movimientos lentos, y repasa con la mirada las columnas hasta que se detiene para leer en voz alta y con cierta displicencia.) «De Zaráuz para Bilbao los Sres. de Ramírez de Altozano»... «Regresan a la corte los

Duques de Fuenhelada».

(Se detiene un momento en la lectura y busca algo más abajo otras noticias)... «Para el Marqués del Cigarral ha sido pedida la mano de la bellísima señora Lulú Epervier

hija de los Condes de Lemboyer...» ¡Qué amenidad, eh!

MARTA. Mucha, pero no te extrañe. A estas horas y después de la monotonía con que se deslizó la partida de hoy, no es cosa fácil evitar el enervamiento.

PILAR. ¡Verdad!... (Vuelve a tomar el periódico que dejó a su lado durante las frases anteriores, y con movimientos perezosos pasa de nuevo la vista por otra página y va leyendo y comentando con calma. «Descubrimientos arqueológicos en Soría»... ¡Bueno!... Anillos... Cacharros... Monedas... «Intervención del Gobierno en los conflictos sociales.»

MARTA. (Que durante la escena anterior habrá estado en actividad, pero sin precipitación, delante del espejo y en el resto de la habitación.) ... ¡Mira, pues no estaría mal que interviniera en los conflictos que a diario tienes con tu novio!

PILAR. ¡Justo! Y también para establecer un impuesto sobre los chistes hechos a costa del prójimo.

MARTA. No merece la pena de enfadarse, sobre todo cuando la broma no tiene más que un alcance cariñoso.

PILAR. ¡Verdad! Es la hora y es el tedio que nos hace vidriosas. (Sigue leyendo noticias.) «Suceso misterioso»... ¿Qué será?

MARTA. (Con la brocha en la mano y sin volver la cabeza.) Léete, léete.

PILAR. «A la hora de componer nuestra tirada, llega a la redacción una noticia que causará sensacional efecto en la alta sociedad madrileña.

MARTA. (Volviéndose hacia su hermana.) ¡Vaya, eso ya tiene otro cariz!

PILAR. «La suntuosa residencia veraniega que sobre la carretera que conduce a una finca regia, poseen los señores de X..., ha sido teatro durante esta mañana de sucesos cuya naturaleza se desconoce, pero que se sospecha tienen trágico interés por las circunstancias que pudo apreciar el público aglomerado en las inmediaciones.

MARTA. ¡Chica, esto pone carne de gallina!



- PILAR. «Parece ser que, próximamente a las once, un penetrante grito femenino, lanzado desde el interior del edificio, hizo detener ante la verja a las numerosas personas que transitaban en aquellos momentos por la carretera. Al grito sucedió rumor de violento altercado, sobresaliendo la gruesa voz de un hombre y escuchándose, suplicante y dolorida, la de una mujer joven.»
- MARTA. *(Poco a poco demuestra mayor interés en la lectura, y al llegar a lo último que lee su hermana no puede contenerse y exclama.)* ¡Como si lo viera! También en esas grandes casas hay barbarotes que maltratan a las mujeres... *(Con un mohín y gesto que pretende hacer enérgico y resulte de elegante gracia)* ¡Por supuesto, conmigo podrían dar!
- PILAR. ¡Sí, los ibas a poner caldo! ¡Con tu carácter! *(Un tanto burlona.)*
- MARTA. *(Algo avergonzada.)* Otras harían menos; pero anda, lee y no te burles. *(Va a sentarse muy próxima a Pilar.)*
- PILAR. *(Contempla un momento a su hermana con afectuosa sonrisa y vuelve a leer.)* «Pronto corrió entre las gentes allí congregadas, como reguero de pólvora, la noticia de que una joven huérfana gemía secuestrada entre los muros de la señorial morada.»
- MARTA. *(Levantándose.)* ¡Infames! ¿Y pueden hacerse esas cosas a las puertas de Madrid y entre millares de personas? No, pues yo hubiera asaltado la casa.
- PIPAR. ¡Claro! ¿Y si te echan los perros?
- MARTA. *(Enfriándose en su entusiasmo.)* ¡Sí!... No había pensado en ello.
- PILAR. *(Con previsión de hermana mayor ante la posible intervención de Marta.)* Después de todo, sabe Dios qué gentuza será esa... *(Pasados unos instantes en que reflexiona con la mirada abstraída.)* En fin... continuemos... «A duras penas pudo contener el conserje del edificio, ayudado por un sargento de Ingenieros, al público que pretendía saltar la verja y penetrar en los jardines.»
- MARTA. ¡Si ya lo decía yo!
- PILAR. «Pero estaba escrito que las emociones habían de sucederse rápidamente y que el interés general se excitaría en mayor grado aún. El llanto de una criatura llamando con desolación a su madre, apretó el nudo que oprimía todas las gargantas.»
- MARTA. ¡Qué horror! *(Vuelve a levantarse en actitud desolada y con las manos en la cabeza.)* ¿Y había hombres allí? *(Calmándose un poco, indudablemente ante el recuerdo de los perros.)* ¿Y la policía?... ¡Señor, Señor!..., no se me aparta ese angelito de la imaginación.
- PILAR. *(Hostigada por la curiosidad ha continuado leyendo en voz baja.)* Espera, que no para ahí la cosa.
- MARTA. ¿Más aún? Yo no puedo oír esas cosas con calma.
- PILAR. Verás. «Cuando los sentimientos populares amenazaban desencadenarse, una súbita llamarada, seguida de un rojo resplandor, que dió fásidico tinte a todos los ámbitos del jardín, detuvo a los más audaces prontos a escalar los muros de la finca. Por fortuna para los moradores de ésta, un retén de policía que llegó como llovido del cielo, pudo disolver en un abrir y cerrar de ojos, los grupos que pretendían desentrañar el misterio allí encerrado. A la hora de cerrar esta edición, comienza a restablecerse la calma en las inmediaciones del palacio de los señores de X.»
- MARTA. ¿Y el niño? ¿Qué habrán hecho del niño? ¿Será posible que la justicia no haya intervenido? ¡Pobre criaturita!
- PILAR. *(Que habrá dejado el periódico con el gesto y actitud que la actriz juzgue más discreto.)* ¡Oh, sí! Me inspira compasión infinita, pero mira, así y todo quizá no se dé cuenta exacta de su desgracia... *(levantándose)* mientras que esa infeliz joven... ¡Dios mío, qué desgraciadas somos las mujeres!
- MARTA. ¡No me digas eso, por Dios! ¿Puede haber crimen mayor que el cometido contra un niño que ni conoce su desgracia, ni puede defenderse? ¡Es preciso tener un corazón de roca para pensar así!
- PILAR. Tú dirás lo que quieras *(con vehemencia)*, pero no demuestra tener alma cristiana quien no se compadece de una mujer joven, huérfana, secuestrada y martirizada.
- MARTA. *(Exaltada por la contradicción.)* ¡Naturalmente, como que tú eres la única para sentir las desgracias ajenas y... para dar lecciones de bondad... a quien no las necesita!
- PILAR. No sigamos..., porque tratarás como de costumbre de hacerme ver que ni siento ni padezco.
- MARTA. ¡Claro, y quedará demostrado que soy la frivolidad personificada y que el corazón de todas las mujeres lo tienes tú sola!
- PILAR. No quiero decir eso, pero ¡como te pones así!...
- MARTA. Tú dirás cómo me he de poner.
- PILAR. Está bien. *(Cortando la discusión. Se dirige al tocador, se alisa los cabellos, coge la brocha que dejó su hermana, y maquinalmente arregla su tocado. Marta mientras tanto ocupa la butaca, y con aire despechado, fingiendo no ocuparse de Pilar, coge el periódico y lo repasa con cierta vivacidad. Esta escena debe durar dos o tres minutos, para que la transición no resulte excesivamente rápida. Al llegar a la última cara del periódico, se detiene ante una noticia que*

llama su atención, hace un gesto de sorpresa y se incorpora en la butaca.)

MARTA. ¡Pilar! ¡Pilar!... ¡escúcha!

PILAR. ¿Qué pasa? *(volviéndose con displicencia.)*

MARTA. ¡Que vienen más noticias!

PILAR. *(Interesándose.)* Pues ¿qué haces que no las lees?

MARTA. *(Leyendo.)* «De última hora.—El drama del palacio de X... Al cerrar la edición se nos comunica por teléfono, que los disturbios ocurridos en las inmediaciones del palacio X... han tenido por causa la interpretación de un drama escrito por el

joven aristócrata D. F. de T., y que se representó en el domicilio de los señores X... para celebrar el cumpleaños de su hija la bellísima señorita...» ¡¡¡Qué plancha!!! *(Tapándose la cara con el periódico.)*

PILAR. *(Con la brocha en una mano y un espejito en la otra, y ambas en alto con actitud sorprendida.)* ¿Será posible? ¡Mira que salir ahora con esas! ¡Tan interesante como resultaba el suceso!

MARTA. ¡Verdad!... ¡Qué desenlace más tonto!... ¡Con lo que hubiera llamado la atención esa mujer!...

INVENTOS PRÁCTICOS

Hay quien asegura que si la sociedad estuviese debidamente constituida, y si cada cual cumplierse con su obligación, cada individuo tendría cubiertas todas sus necesidades con solo trabajar once minutos al día.

Fundase aserto en el hecho de que la maquinaria moderna ha alcanzado tal perfección, que bastan siete hombres para cultivar, moler el trigo y hacer el pan necesario para el consumo anual de mil personas.

Realmente, no tenemos la menor idea de lo que la maquinaria ayuda a la industria en todas sus manifestaciones. Tomando como ejemplo lo del cultivo del trigo es de notar que existen máquinas que siegan, trillan, meten el grano en sacos automáticamente y forman haces con la paja a un tiempo y de un modo automático, todo con un motor de cincuenta caballos de fuerza.

Dichas máquinas pueden segar de treinta y cinco a cuarenta hectáreas al día, y llenar de mil a mil quinientos sacos de grano por poco más de seis pesetas de gasto por hectárea.

Los jornales tampoco disminuyen por la invasión de la maquinaria, sino que aumentan. Hace cuarenta años, en cualquier fundición ganaba un buen obrero setenta y cinco céntimos por cilindrar una tonelada de carriles de acero. Hoy cobra seis céntimos escasos por igual unidad de trabajo; pero con ayuda de las máquinas hace él solo lo que antes hacían doce hombres, y gana doble más que antes.

Por lo que al pan se refiere, hace cuarenta años empleaba un hombre cincuenta y cuatro horas en preparar cuatrocientos kilos de masa, y en la ac-

tualidad puede hacer igual trabajo, auxiliado por las máquinas, en cincuenta y cuatro minutos.

La industria algodonera ha progresado muchísimo en los últimos veinte años, tanto, que parece imposible que puedan mejorarse las máquinas de hilarlo; pero la operación de despepitarlo venía costando anualmente unos cien millones de duros sólo en la cosecha americana. Un señor de Boston inventó un aparato que, no sólo lo despepita, sino que lo limpia de impurezas, ahorrando un setenta y cinco por ciento en dinero y en trabajo.

La máquina triunfa en todas partes. Las cigarreras lo saben, y acaso no ignoren que eso de hacer pitillos a mano es algo anticuado, habiendo aparatos que en diez horas hacen cien veces más trabajo que la más diestra pitillera. En esas diez horas la máquina enrolla 200.000 cigarrillos perfectos, consumiendo en la tarea 2.700 kilos de tabaco.

Para pintar grandes superficies, como los cascos de los buques de guerra, no se emplea ya la brocha. La pintura se deposita en un tanque, y por medio del aire comprimido se proyecta sobre el punto que ha de recibir el color. De esta suerte un hombre hace con gran facilidad el trabajo de doce armados de brocha.

Se ha sacado patente de invención de una máquina para colocar ladrillos, y hace el trabajo tan perfectamente como el mejor oficial de albañil. Un obrero va echando ladrillos en el aparato, y él se encarga de colocarlo sobre la capa de yeso que previamente extiende, igualarlo y apisonarlo bien. Hace el trabajo de siete hombres con menos de la mitad de coste, y sólo con un operario que la atienda puede colocar 3.000 ladrillos al día.

Hace cuarenta años, tardaba un hombre doscientas diez y siete horas en hacer 10.000 sobres. Hoy ese mismo trabajo, se hace mecánicamente en diez y seis horas.





El recreo que hoy vamos a proporcionar a nuestros amiguitos puede ser aceptado también por las personas formales para ornamentar su caso. Vamos a decirles la manera de construirse rápidamente y con muy poco dinero unas estu-
pendas armas de ex-
pléndida presentación. El niño podrá utilizarlas para jugar con ellas, el grande podrá dedicarlas a la formación de una hermosa panoplia como las que representa el grabado que acompaña a estas líneas.

Para ello se necesitan pocos materiales y no muchas herramientas: madera, papel de estraza, unas cuantas tiras de cuero sin curtir muy delgado, clavos de tapicero, papel de estaño (o mejor purpúrinas plateada y dorada), una sierra ligera, cola y algunas limas, formones, etc. Lo importante es tener buenos modelos. Estos pueden encontrarse en las hojas de las avenas blancas se hacen dibujando su contorno en una tablita de poco grueso dejando una pequeña espiga para encajar el puño y después de recortarla con la sierra se suaviza bien la superficie con la escofina y con papel de lija, y después se recubre con papel de estaño o se pinta con purpúrina plateada.

Las empuñaduras de las espadas, se hacen de madera y los adornos se imitan con alambre, bramante y clavitos de tapicero redondos, a todo lo cual se le da una ligera mano de cola y encima otra de pintura color bronce para imitar el cobre.

La mitad del mango de «knout» ruso es de madera y la otra mitad de acero que puede imitarse con el consabido papel de estaño; la otra parte del mango se pinta de negro. La cadena de hierro puede adquirirse en cualquier ferretería, pues

para el caso sirve una cadena de perro. La bola se hace de madera o arcilla como la del arma anteriormente citada. Las puntas se hacen con trocitos de madera, dejándoles en la base una pequeña espiga para encajarla en unos agujeros que previamente se abrirán en la bola con una barrena.

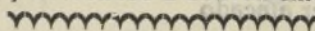
Las hojas de las hachas de batalla, se hacen de cartulina o de tabla fina, y el mango de madera pintada de color gris obscuro. La parte de atrás del hacha se imita con trozos de madera encolados convenientemente. Ocurre a veces que las hachas y mazas que se toman como modelo, están cubiertas de grabados y arabescos, que conviene reproducir. Estos dibujos deben copiarse con cuidado, o mejor calcarse, y luego se traslada a la hoja imitada con papel

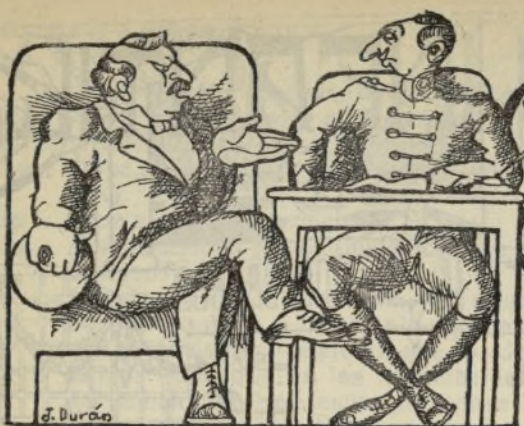
de calca azul, y se pasa por todas las líneas un hierro calentado al rojo, con lo que el grabado quedará en hueco.

A poco cuidado que se ponga a todas estas operaciones pueden obtenerse unos modelos preciosos de armas, sobre todo para ser mirados desde lejos y colocados a conveniente altura.



Panoplia cuyas armas pueden construirse con maderas, alambres, cuero y cartón.





ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

En la Guinea española hay una tribu indígena llamada de los Vengas. El país es muy miserable; hay aldehuelas compuestas de tres o cuatro casas, pero que tienen un rey; éste se mantiene del tributo que sus vasallos le dan, y sobre ellos ejerce gran autoridad; como insignia de su categoría lleva un sombrero alto, que los simples mortales no tienen derecho a usar; una faja de piel de hipopótamo, un hacecillo de paja para espantar las moscas, un gabán largo hasta los talones, un paraguas ó un bastón de tambor mayor, completan el atalaje de este reyezuelo, que toma por lo serio su papel y lo hincha de vanidad, al propio tiempo que se muere de hambre.

**

Nelson, el célebre almirante inglés, fué en una ocasión derrotado por los españoles; el hecho ocurrió el 24 de Julio de 1797 en Santa Cruz de Tenerife.

La plaza estaba muy bien fortificada, y Nelson, bajo el fuego que desde nuestras baterías le hacían 50 cañones, intentó tomarla con los botes, no consiguiéndolo por las pérdidas que nuestra artillería le ocasionaba y porque no llegaron a tiempo las fuerzas de tierra que debían cooperar al éxito de la infentona.

Los ingleses tuvieron 150 muertos y 100 heridos, y Nelson perdió el brazo derecho. Además, se les cogieron dos banderas, que todavía se conservan en la catedral de Santa Cruz.

**

El castillo de San Nicolás, que sirvió de albergue al rey D. Jaime cuando la conquista de Denia, fué mandado levantar por el capitán Pedro Carrós, principalmente para que no estuviese ocioso su ejército, porque el sitio se prolongaba demasiado, a causa de que Zaen, rey moro de Denia, contaba con grandes elementos de resistencia y esperaba ser atacado.

Las tropas mandadas por el capitán Carrós construyeron el edificio en poco tiempo. Toda la obra era de mampostería, con sus troneras correspondientes, altas y bajas, con una buena torre cuadrada a cada una de sus esquinas y con una espaciosa plaza de armas.

**

Que se hacía uso de los caballos para la guerra aun antes de la famosa salida de Egipto, se prueba en el Exodo, capítulo XIV, en que se dice que *Faraón salió a detener a los israelitas con un grueso ejército y numerosa caballería.*

La fábula concede el origen de montar a los centauros, y por esta razón, dice Virgilio, los creyeron medio hombres y medio caballos, pintándolos de esta forma desde antes de la toma de Troya. El palladión o caballo de Troya, prueba que los griegos hacían uso de él en aquella época, ya para montarlos, ya para tirar de sus carros de guerra.

**

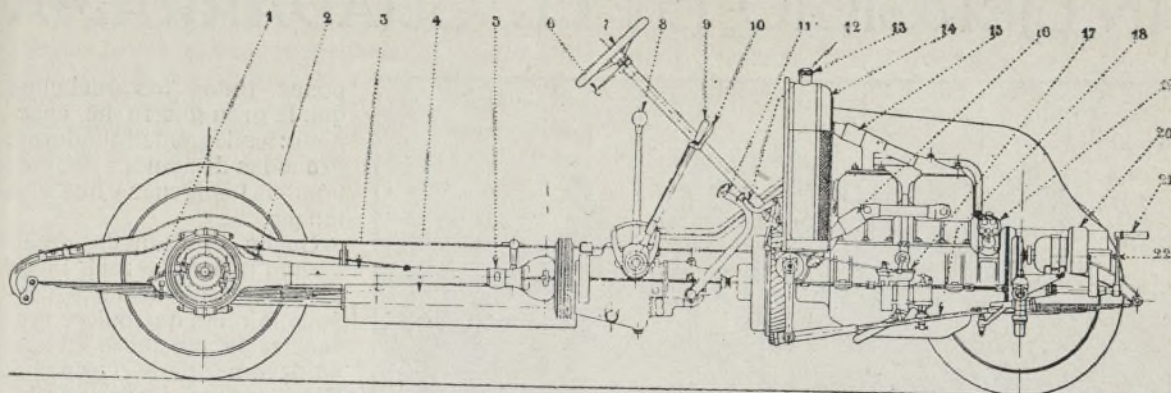
El número de ciudades americanas que llevan un nombre igual al de algunas de Europa, es bastante considerable.

Entre las que más abundan, merecen citarse las siguientes: 23 hay que se llaman París, 32 San Petersburgo, 11 Londres, 27 Francfort, 25 Hannover, 7 Hamburgo, 11 Dresde, 8 Brema, 54 Roma y 8 Versalles.

Sólo en los Estados Unidos hay entre 800 y 900 ciudades y pueblos que tienen los mismos nombres que otros de Inglaterra, y una infinidad cuyos nombres son los de poblaciones españolas.



EL ESQUELETO DE UN AUTOMÓVIL



El esqueleto de un automóvil. Los diferentes órganos que deben estar sujetos, a la acción inmediata del conductor para engrase, maniobra y vigilancia son los que indican los números siguientes:

- | | | |
|---------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------|
| 1 Caja de grasas. | 13 Boca para llenar de agua el radiador. | 25 Tubería de escape. |
| 2 Regulador del piñón. | 14 Radiador. | 26 Barra de acoplamiento. |
| 3 Trasmisor de fuerza. | 15 Llave de salida de agua. | 27 Bocas para el engrase. |
| 4 Silencioso. | 16 Llave de entrada de agua. | 28 Cuerpo del juego delantero. |
| 5 Gobierno del cuenta kilómetros. | 17 Carburador. | 29 Palanca. |
| 6 Manecilla de mando de gases. | 18 Tubo amortizador de dirección. | 30 Ventilador. |
| 7 Volante de dirección. | 19 Magneto. | 31 Pedal de desembrague. |
| 8 Palanca para los cambios de velocidad. | 20 Dinamo para el encendido. | 32 Cubierta de la caja de velocidades. |
| 9 Palanca del freno a mano. | 21 Manivela de puesta en marcha. | 33 Tambor del freno a pedal. |
| 10 Puño para el desengranaje de la palanca del freno de mano. | 22 Botón que gobierna el cierre de la válvula de aire adicional. | 34 Boca de engrase del carter del cardan. |
| 11 Pedal de freno. | 24 Palanca. | 35 Freno a mano. |
| 12 Pedal acelerador de velocidad. | | 36 Batería de acumuladores. |
| | | 37 Cuerpo del juego trasero. |

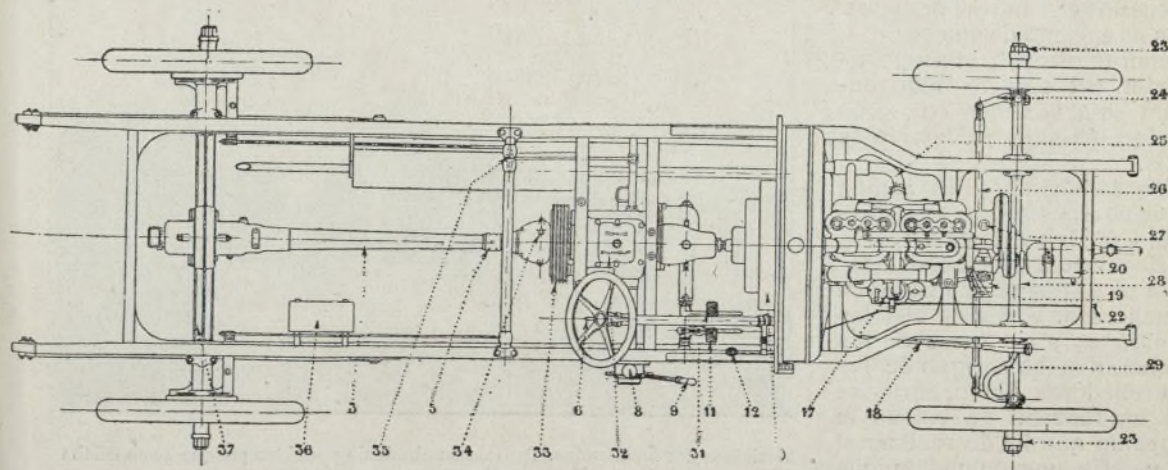
Si deseamos estudiar el funcionamiento de los diversos órganos de un automóvil, si queremos conocer el porqué de las diferentes maniobras que realiza el conductor, si queremos en fin aprender a guiar concienzudamente un automóvil, es preciso saber en primer lugar los nombres y colocación de sus órganos esenciales.

El esqueleto de un automóvil está constituido por un cuadro o *chasis* ligado a las ruedas por medio de muelles y resortes. Este esqueleto soporta los órganos mecánicos y sobre él se monta la *carrocería*.

El motor se halla situado a la parte anterior.

Produce la energía que hace mover las ruedas mediante un *árbol de transmisión*. Inmediato el motor se encuentra el *embrague* que hace se halle el motor solidario o independiente de la transmisión. Después viene el cambio de velocidad que regula la marcha de la transmisión. Ligado al cambio de velocidad está el árbol que por medio del *diferenciase* comunica el movimiento a las ruedas traseras que son las que mueven el automóvil.

Las láminas de la presente página muestran la situación general de los diversos órganos del automóvil que en números sucesivos examinaremos detalladamente en su modo de funcionar.



CON EL REGIMIENTO DEL REY

UN EJERCICIO EN EL GUADARRAMA



S. A. R. el Príncipe de Asturias disparando desde una trinchera, durante las maniobras realizadas en el Guadarrama por el Regimiento Inmemorial del Rey.

Amablemente invitados por el Coronel Saro, hemos concurrido a uno de los ejercicios que como final de sus Escuelas prácticas realiza el regimiento Inmemorial del Rey en las vertientes del Guadarrama. El día luminoso y sereno pone agradables matices en el campo. Al llegar hemos tenido noticias de algo que constituye un acontecimiento. Es el arribo del Príncipe de Asturias que se digna hoy ocupar en el Regimiento, su puesto oficial como cabo de la primera escuadra de la primera compañía. El Príncipe viene afaviado con el uniforme que le corresponde y nada falta en su equipo; porta el machete y la cantimplora, cuelga de sus augustos hombros la mochila, y cruza su pecho la clásica manta. Es un soldadito apuesto que hereda de su padre la simpatía extraordinaria que adorna a nuestro rey. En grupo constante con los oficiales y soldados tiene para todos una sonrisa cariñosa o una amable pregunta. — Parece un veterano — dicen unos. — Es un encanto de muchacho — murmuran otros. Y el grupo alrededor del egregio niño aumenta cada vez más con gran satisfacción suya y contento de todos.

Nos trasladamos al campo donde va a desarrollarse el ejercicio. Consiste éste en la reproducción de la última fase del ataque a un sector de una posición atrincherada. Vense de ella las alambradas y las líneas de las trincheras y los abrigos de las ametralladoras. Abajo, abrigada tras un repecho se coloca la compañía que ha de realizar el ataque. Es una compañía que

posee todos los adelantos que la gran guerra ha enseñado: fusiles, ametralladoras, granadas de mano, y de fusil, bombas fumígenas y hasta un tanque.

Suena el cornetín prelu-diando la marcha real. Llegan el rey y pocos instantes después la reina que quiere presenciar la maniobra en que ha de tomar parte el príncipe. Este tiene preparado una trinchera especial a un lado de la dirección del ataque pues el ejercicio ha de realizarse con cartuchos de guerra.

Se lanza un cohete que da la señal de comienzo de la acción. El tanque que se ha-

llaba oculto tras tupida enramada, se pone en marcha y avanza denodadamente hacia las trincheras; pasa por encima de las alambradas, que derrumba, y atraviesa la primera línea de pozos. Tras de él, vienen las primeras filas de la campaña de infantes constituyendo, según las enseñanzas de la guerra, grupos de asalto en los que un número determinado de hombres avanzan protegiendo a un fusil ametrallador, que es con sus fuegos, el nervio del movimiento.

El avance se realiza de una manera asombrosa. Los soldados, no andan, sino que se arrastran por la tierra; el suelo se cubre de puntos en movimiento que se van concentrando en los huecos abiertos en la tierra para remedar un campo que batió la artillería. El tableteo de las ametralladoras hace concierto con los disparos aislados de los fusiles, y el ronco estampido de los petar-



Maniobras del Guadarrama. Paso de un obstáculo por el tanque que acompañaba a la compañía que realizó el ejercicio.

dos que simulan, el fuego de cañón; vense las nubes de polvo que levantan los proyectiles de las ametralladoras y fusiles al concentrarse en un punto importante de la trinchera.

La parte quizá más interesante del ejercicio, ha tenido lugar cuando posesionada la compañía atacante de la primera línea de trincheras ha desenvuelto unos grupos de granaderos para limpiar de enemigos el resto de la fortificación, mientras que las granadas fumígenas ponen un telón de humo en los puntos que conviene abandonar para asegurar la acción. El espectáculo es sencillamente grandioso y de la mas rara verosimilitud. Los ejecutantes han merecido del monarca la felicitación que les ha otorgado.

Los reyes y el ministro de la Guerra han seguido con interés el ejercicio. El ministro de la Guerra que posesionado de su papel, mira cada vez con más atención lo que se refiere a armamentos, ha preguntado curioso sobre el coste y utilización de los fusiles ametralladores. Dice que le han gustado...

Los atractivos del espectáculo nos han hecho

pasar el tiempo sin apercibirnos. Empieza a declinar la tarde y el Guadarrama nos envía un anuncio del frío que atesoran sus cumbres. Aguardamos con ansia el desfile y tras el último soldado bajamos al pueblo donde un confortador refrigerio preparado por la oficialidad del regimiento entona nuestro cuerpo y nos prepara la vuelta a Madrid llevándonos a la Corte la impresión de un ejercicio magistralmente concebido y realizado, por los del Inmemorial.

EL CABALLERO ARTAGNAN



Pergamino que regala la Academia de Infantería al Príncipe de Asturias en el que figura la poesía leída en el banquete con que se obsequió al monarca. Su autor es el capitán Profesor de la Academia D. Lucas de Torre.

Foto. Jiménez Milla^s



Mr. Harding, nuevo presidente de los Estados Unidos.

EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Las elecciones de Presidente

Norteamérica ha elegido su nuevo Presidente. La voluntad popular ha elevado a Mr. Harding para ocupar el sitio que doloroso y vacilante abandona Wilson. Las elecciones presidenciales, han sido esta vez como siempre pródigas en incidentes, porque es en realidad un espectáculo curioso el que ofrece a los ojos del extranjero la elección del primer magistrado yankee.

El nombramiento de candidatos.

El primer acto de la campaña es el nombramiento de candidatos para la presidencia. Republicanos y demócratas, los dos grandes partidos, se reúnen en Convenio Nacional cada uno por su lado y en ciudades distintas. Cada Convención se compone de unos novecientos delegados, muchos de los cuales no se han visto en su vida. Principian por ponerse de acuerdo en cuanto al programa político que ha de adoptar el candidato a la presidencia. Después de una reunión magna, con asistencia de 18 o 20.000 individuos del partido, proceden a elegir por votación quién ha de ser el candidato. A medida que va haciéndose el escrutinio y proclamándose los resultados, la agitación aumenta. Los candidatos que van ganando terreno son saludados por sus amigos con inmensas aclamaciones y agitando las banderas de que van provistos.

Los gastos de la elección.

Cuando la Convención se ha puesto de acuerdo y por mayoría absoluta ha elegido un candidato, resigna sus poderes en un comité que sólo está compuesto de diez o doce personas. Este comité tiene autoridad absoluta y es el que realiza y dirige la campaña electoral en todos sus detalles, en sus manos se depositan los fondos suscritos para la campaña y que no suelen ser infe-

riores a cinco millones de dollars. De tan enorme fortuna no tiene que dar cuenta, pues una parte de ese dinero está destinado a gastos que no pueden justificarse, ni mucho menos hacerse públicos, tales como la compra de votos en los Estados donde la opinión se presenta dudosa. El presidente del comité del partido democrático es elegido por la Convención misma. Pero desde hace años en el partido republicano se ha establecido el sistema de que el candidato a la presidencia sea quien designe la persona que ha de presidir el comité, pues se comprende que ha de ser de absoluta confianza. Un presidente de comité tiene derecho a pedir lo que quiera al candidato triunfante, desde el primer puesto en el ministerio hasta la mejor embajada en Europa.

Oradores a sueldo.

Para la organización de la propaganda, cada partido dispone de oradores, que dependen de la oficina central. Están viajando constantemente y a cada uno se les da una hoja de ruta marcándole el sitio donde ha de estar a determinada hora y en determinado día, con objeto de poder arreglar de antemano los locales y las horas de los meetings en los cuales debe hablar. Cada uno de estos oradores recibe una cantidad fija por discurso y además se le pagan todos los gastos de hotel y de locomoción.

Los grandes personajes del partido prestan voluntariamente sus servicios y no aceptan más indemnización que el importe del billete de ferrocarril y de sus cuentas de hotel. Pero la inmensa mayoría de los oradores cobran a razón de unos cincuenta dollars por discurso, y gastos pagados. Algunas veces cuando se trata de un orador en extremo elocuente o popular, se llega a pagarle hasta trescientos dollars por discurso. Los candidatos a la presidencia y los organizadores de la campaña prefieren siempre pagar de este modo, en metálico, mejor que contraer con los agentes de la campaña deudas que hay que satisfacer con destinos después de la elección.

Otra parte de los millones del fondo de la campaña electoral se emplean en lo que se llama «literatura de la campaña». Compónese ésta de artículos, trozos de discursos, folletos y hasta libros, que se reparten con profusión asombrosa por todo el territorio de los Estados Unidos y cuyo objeto es ilustrar a los electores con respecto a las opiniones del candidato a la presidencia de la República en todos los puntos interesantes, y además y sobre todo, interesar a los votantes indiferentes y rehacios. Como los gastos de correo de todos estos impresos subirían una cantidad enorme, los comités se valen de la añagaza

de imprimir sobre todo discursos que hayan sido pronunciados en las cámaras, pues éstos circulan libremente sin necesidad de franqueo. En los meses que preceden a una elección, los individuos del partido que pertenecen a las cámaras pronuncian discursos que no tienen otro objeto que el de servir luego para la campaña electoral.

Costumbres electorales.

Los cinco millones de dollars de que hemos hablado, son generalmente suscritos exclusivamente por amor al candidato o al partido. Son donativos, en la mayor parte de los casos, de gentes cuyos intereses están amenazados por el partido contrario.

Las costumbres electorales de los Estados Unidos presentan otra porción de particularidades muy interesantes y algunas de ellas muy pintorescas.

Entre estas últimas merecen especial mención el uso de botones que se llevan como si fueran

condecoraciones en el ojal de la levita o de la americana y en el cual por medio de un símbolo o de un retrato cada uno manifiesta cuáles son sus ideas. Las reuniones electorales ofrecen también espectáculos curiosos: se verifican en los teatros, en las iglesias, en inmensas tiendas de campaña, al aire libre, en una palabra, en donde quiera se encuentra local a propósito. Suelen ser de noche y alumbradas de la manera más fantástica.

El día de la elección los candidatos suelen aguardar en sus casas el resultado de la lucha. Conocerán su triunfo por un telegrama del presidente del comité de su partido que contendrá sencillamente estas palabras:

«Os felicito, Sr. Presidente.»

El nuevo Presidente Mr. Harding entra al parecer con mala suerte en el ejercicio de su ministerio. La tirantez de relaciones entre los Estados Unidos y el Japón, hacen presagiar una guerra para un plazo de tiempo no lejano.

:-: :-: MADRE DE HEROE :-: :-:

Le abrazó su madre con ternura inmensa,
poniendo en los ojos, de lágrimas llenos,
de su amor la prueba;
de ese amor de madre que a nada semeja
y el hijo, en el alma, reflejado lleva;
de ese amor bendito
que, una vez perdido,
cuando se recuerda las penas renueva;
que nunca borrarle consigue el olvido
y es bien infinito
para el abatido, para el afligido,
cuando la amargura como nube densa
triste huella deja;
y en sus ansiedades la Patria defensa
de su hogar le aleja.

Con ojos alegres, con ojos serenos,
cual los llevan siempre los soldados buenos.
Valiente, no en vano soldado de España;
con ánimo fuerte, con sed de victoria;
envuelto en el velo que el polvo africano
ardoroso forma,
avanza gallardo, con enorme celo,
con afán que espanta,
como si tratase de escalar las cimas eternas del Cielo,
teniendo por norma
lograr el triunfo de la Patria santa,
luchar sin desvelo;
dejar de sus hechos sagrada memoria,
siendo su esperanza, su mayor anhelo,
páginas gloriosas legar a la Historia.

En lucha furiosa, feliz, sin congoja;
bajo el sol ardiente del cielo africano,

que engaña y traiciona,
su cuerpo se abate y, en sangre muy roja,
se tiñe del suelo la anchurosa zona.

No ha muerto; no mueren jamás los valientes,
que, cuando no latén sus pechos ardientes,
la Fama levanta su nombre a los cielos
que fueron su norte, su amor, sus anhelos.

Y allí no se muere, se vive radiante,
envuelto entre nubes de luz incesante;
en medio de auroras, de gloriosos cantos,
en excelsa gloria de héroes y de santos.

No llores tú, madre; enjuga tu llanto.
El hijo querido que adoraste tanto
te mira y bendice;
murió heroicamente, murió como un santo.
¿No oyes a su hazaña misterioso canto?
¿No ves cómo ensalzan su acción valerosa?
¿No ves cómo envidian su muerte gloriosa?

Seca ya tus ojos,
mira en lontananza,
y, entre blancas nubes y fulgores rojos,
halla tú el consuelo que da la esperanza.
Su gloria es eterna, la vida es muy breve;
la muerte nos tiende su invencible manto,
traidora y aleve;
y, al morir, ¡oh madre, que le amaste tanto!
que el Dios de la Guerra cerca de él te lleve,
pues ninguna madre lloró con tu llanto
y cualquier tormento fué más corto y leve.

EDUARDO DE SANTIAGO Y CARRIÓN.





Las operaciones en Xexauen.

Las operaciones que han precedido y continuado en la toma de Xexauen, nos han causado sensibles bajas en la oficialidad y clases de las fuerzas regulares indígenas. Publicamos aquí el retrato del teniente D. Alfredo Luque Chicote, muerto durante las operaciones de la toma de Xexauen; el de su hermano don Antonio Luque Chicote, sargento de regulares, el que murió gloriosamente al intentar rescatar el cadáver de su hermano Alfredo que quedaba en poder de los moros, y hace compañía al de estos dos heroes, el retrato de D. Luis Muñiz, capitán de regulares que asimismo ofrendó

su vida por la Patria en los campos de Xexaun.

Publicamos también en estas páginas una interesante vista de Xexauen, la ciudad mora, que merced al heroísmo de nuestros soldados se halla hoy dentro de nuestra zona efectiva de influencia.

Las casas baratas de la Cooperativa militar.

En la carretera de Extremadura junto a las tapias de la Casa de Campo, se encuentran las parcelas donde se proyecta construir el primer grupo de casas baratas, que para beneficiar a los suboficiales y sargentos tiene en estudio la Cooperativa Militar del Ministerio de la Guerra.

Hay edificadas en la actualidad, además de la historiada puerta de carácter monumental donde se hallan las habitaciones del conserje, dos preciosos hotelitos. A la inauguración de estas fincas asistieron SS. MM. los Reyes, quienes entregaron las llaves a los que han alcanzado su propiedad. La fotografía nos muestra el momento en que los Reyes con su séquito salen del edificio después de verificada la inauguración.

Las bajas de la guerra.

Según resulta de estadísticos

oficiales, Francia es la nación que, proporcionalmente a su población, ha perdido mayor número de hombres durante laguerra, pues contando con 40 millones de habitantes en el año 1914, perdió 1.365 000 hombres, o sea uno por cada veintisiete.

Alemania, con una población de 67 millones de habitantes, perdió aproximadamente dos millones de hombres, o sea uno por cada treinta y cinco. Inglaterra, excepción hecha de los dominios, uno por cada sesenta y cinco. Italia, uno por cada setenta y nueve. Bélgica uno por cada doscientos. Austria-Hungría, uno por cada treinta y cinco; y, finalmente, los Estados Unidos de América, uno por cada dos mil.

Homenaje de Costa Rica a España.

Con motivo de, la fiesta de la raza se ha efectuado en la capital de Costa Rica la inauguración de una plaza que como homenaje a nuestra Patria llevará el nombre de Plaza de España.





El acto que resultó verdaderamente emocionante puso de manifiesto el cariño de los costarrriqueños a España. A la ceremonia asistió todo el cuerpo diplomático extranjero de cuyo grupo publicamos una fotografía. Nuestro Consul en aquel país D. Alvaro Seminario, pronunció en el acto de la inauguración un sentido y elocuente discurso.

En la Academia de Infantería

El Vizconde de Eza, en su deseo de conocer al detalle los distintos organismos y Centros militares, ha visitado estos días las Academias Militares y Escuelas de Tiro. En la fotografía que publicamos remitida por nuestro corresponsal en Toledo Sr. Jiménez Millas, vese al Ministro presenciando el desfile de



la Academia de Infantería. Estas visitas del Ministro son convenientes y fructíferas, pues le permiten apreciar las necesidades verdaderas y proveer la consecuencia. El Vizconde de Eza prefiere las visitas personales a los informes de oficio y ello le

mueve ahora a organizar un viaje a Marruecos para visitar Xexauen y las últimas posiciones conquistadas, cuyo viaje le servirá para decidir la cuestión de comunicaciones entre Xexauen, Larache y Tetuan.

La Jura de la Bandera

En este mes se ha celebrado en la mayoría de las guarniciones la Jura de la Bandera por los reclutas del cupo de instrucción. También en las Academias de Caballería e Ingenieros han tenido la Jura de la Bandera efectuándose el acto con gran solemnidad. En esta página publicamos dos fotografías que se refieren, una a la misa celebrada en Valladolid para solemnizar



zar la jura y otra a su momento de la ceremonia en la Academia de Ingenieros.

El Congreso Postal

Las sesiones del Congreso Postal se desarrollan de una manera felicísima advirtiéndose en todos los congresistas un verdadero deseo de llegar a la redacción final del «Convenio» de Madrid, sin una diferencia que perturbe por cuestiones postales las relaciones amistosas entre todos los pueblos.



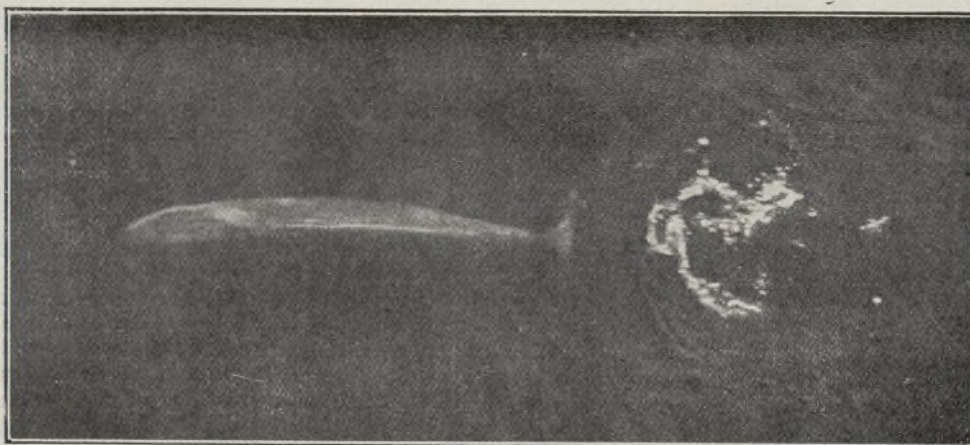
Uno de los ideales fundamentales de la Unión Postal Universal es el de establecer la gratuidad de tránsito en todo el territorio de la Unión para que, de este modo, pueda decirse que no existen en verdad fronteras para el Correo, anulando de este modo los derechos de tránsito de una a seis pesetas que hoy se abona un país a otro, en la vía terrestre, y de una a seis en la marítima, por kilógramos de cartas y según distancias.

En una de las últimas sesiones se presentó una proposición pidiendo la supresión de estos derechos. Sometida a votación, solamente tuvo cuatro votos adversos, lo que prueba que el pensamiento de von Stephan, el fundador de la primitiva Unión, se va abriendo camino, y que, para otros congresos, cuando los presupuestos de las naciones no se encuentren tan recargados de gastos como actualmente, la supresión de los derechos de tránsito será una cosa cierta.

Esta es una señal clara de que gana mayor cordialidad, de día en día, la obra de paz y de fraternidad que simboliza la Unión Postal Universal.



BALLENAS Y SUBMARINOS



Fotografía de una ballena nadando entre dos aguas, tomada desde un dirigib'e. Como se ve, la silueta de la ballena es muy parecida a la de un submarino en sumergión.

Abundan en datos curiosos los relatos de los pilotos aviadores que han tenido que realizar durante la gran guerra vuelos de reconocimiento sobre el mar del Norte.

Sabido es que los aviones y los dirigibles se empleaban para la busca de los submarinos enemigos, cuya silueta es descubierta fácilmente por el aviador, aunque naveguen a alguna profundidad. Cuando el piloto descubría la presencia de submarinos lanzaba inmediatamente despachos de llamada por medio de su aparato de telegrafía sin hilos, despachos que al ser recibidos por las flotas de cazasubmarinos permitía a éstas preparar inmediatamente el cerco del enemigo.

Los aviones además llevaban bombas de gran potencia, con las que intentaban desde luego la destrucción del sumergible. Estas bombas se han utilizado algunas veces contra las ballenas, pues mirado desde una cierta altura, no hay nada que se parezca tanto a un submarino navegando entre dos aguas como una ballena. Para que nuestros lectores se den cuenta de ello, les bastará observar la adjunta fotografía, que pertenece a la colección de los aviadores británicos, en la que se ve una ballena nadando bajo el agua; hasta la espuma movida por la cola del cetáceo parece la estela de la hélice del submarino.

Esta dificultad de apreciación ha hecho que a veces los aviadores hayan bombardeado ballenas en lugar de bombardear submarinos. Varios relatos conocemos de pilotos que han cazado por equivocación ballenas por este procedimiento. El error se deshacía en cuanto que herido de muerte el gigantesco animal por la explosión de la bomba, subía bruscamente a la superficie, y después de agitarse durante unos minutos en bruscas convulsiones se volvía sobre el dorso. En una ocasión los aviadores, después de bombardear a una ballena, se hallaban tan firmemente convencidos de que habían echado a pique un submarino, que comunicaron su victoria al Almirantazgo. El barco enviado al lugar del suceso sirvió para remolcar el cadáver gigantesco del cetáceo, que después de luchar con la muerte en las profundidades del mar remontó a la superficie.



San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

Da Estereira se agitó en el diván, indignado:

—Lo que yo digo —exclamó crispándose— lo ha dicho el Rey. Ahora mismo conocerá usted a mi introductor. Allí está, en aquella mesa del rincón. Desde lejos y en el incógnito, viene asistiendo a nuestras deliberaciones. La prudencia aconsejaba aislamiento. Vamos a saludarlo.

Ya de pie, Da Estereira, hueca la voz, y aparatoso el ademán, tuvo una advertencia pulida:

—Es nada menos que secretario de «Gargantúa».

Y advirtiéndolo perplejo a Mendicuti, sacó a éste de su ignorancia supina.

—«Gargantúa» es D. Homobono Generoso, el usurero más fuerte de la península. Castuera, su secretario, le pisa algún asunto. En este nada tiene que ver Generoso. ¿Vamos?

Llegaron a la mesa de Castuera, y Da Estereira hizo las presentaciones.

—El Sr. Mendicuti. El Sr. Castuera.

Castuera era alto, moreno, usaba lentes y no podía emitir las qus.

—¿E tal? E i e no se acababa este asunto.

Da Estereira subrayó su optimismo ante Castuera. Mendicuti alegó prisa, mucha prisa. ¿Dónde estaban los mulos? ¿Quién depositaría el dinero? Dos días después habría Consejo de Ministros. Quedaban horas para acabar.

—¿Piensa usted e se hará tan pronto el negocio?

—¡Cómo que está interesada en ello la señora ministra! Le juro a usted que este es un asunto claro y decente —afirmó el químico.

Castuera, entonces, se resolvió. Y cuando Mendicuti creyó saber, en qué formidables cuadras se alojaban las 15.000 bestias y en qué instante se se iban a depositar los 300.000 duros, Castuera descubrió un nuevo panorama del negocio.

—¿E hora es?

—Las cuatro.

—Bien. Vayamos a esa de mademoiselle Ategorrieta. Es buena ocasión.

—¿Quién es esa señorita? —interrogó Da Estereira para quien era nuevo aquel nombre.

—La dueña de los uartos la e tiene los mulos. Yo soy un agente nada más. Es una señorita de Bayona a la e tiene puesto piso el notario Montánchez. Gente de mucho posín. Vive on una hermana más vieja e le sirve de medio gobernanta. Montánchez va todas las tardes a estas horas para tomar allí angrejos de río.

Subieron a un coche que pagó Mendicuti, y se trasladaron a un hermoso piso bajo de la calle del Sacramento. Cuando tocaron al timbre se oyeron unos ladriditos frenéticos, y una voz femenina pero muy bronca, que respondía:

—¡Lulú, pas de bruit! — ¡Viens! Lulú!

Abrieron la puerta y apareció una perrita de níveas lanas y ojete sonrosado que ostentaba en el cuello un enorme lazo rosa. Detrás, una mujer formidable, cuarentona, dos metros de estatura y otros de caderamen, saludó a Castuera en español y sin ningún acento exótico.

—Pase usted. Y ustedes. Está Genovevita.



¿Y el Sr. Montánchez?

—Sí, pero tenía dolor de muelas, y se acostó.

Los tres amigos bucearon en la obscuridad de un pasillo tenebroso. Lulú a quien los mostachos de Da Estereira le habían parecido una provocación y un insulto, iba tras el quíptico ladrándole y mordiendo los tacones de sus botas untados con «Esti». Cuando llegaron al comedor, hermosa y espléndida estancia alhajada según un gusto burgés y notarial, Da Estereira que se habría comido de buen grado la higadilla de Lulú, se volvió hacia ella:

—¡Calla, rica!

Y le chascó los dedos pulgar y del corazón, aduladoramente. La gobernanta le dió un terrón de azúcar.

Esto calmó un poco a la tiranuela del ojo sonrosado y de las suaves lanitas atusadas y repeinadas por la mano acariciadora de su dueña.

Tomaron asiento los intrusos, y a poco llegó ella, Genoveva,

Era una mujerona alta, voluminosa y apetitosa como una «púlarda» pascual. Lucía un escote lleno y alto, cubierto de manteca mórbida. Podría tener unos treinta y cinco años, y con su carne bien lavada y bien masajada, su olor a perfumes alegres y frescos, su boca húmeda y sus redondeces de jamona, era la amiga adecuada de un notario solterón que busca, no amiga, sino hogar tranquilo, una sonrisa amistosa, unos dedos gorditos que sepan hervir el cangrejo fluvial, un rincón burgués.

Genoveva era vasca de Francia y llevaba en Madrid veinte años. Por su traza, y su apellido se la hubiese tomado por una de esas guipuzcoanas fornidas y cómodas, sanas y aplacentadoras que sirven, con sus trajes negros y sus encajes blancos, en las elegantes botillerías de Irún y de San Sebastián.

Cuando ella, bien apoltronada en su silla, y enseñando un tobillo suntuoso hubo oído a Mendicuti, dió su aprobación a todo y dijo que iría en busca de Gabino a quien le dolfan las muelas, pero que tendría gusto en recibirles.

—Gabino—aseveró—que es mi gúfa, y que protege este negocio, les dará la última palabra.

Salíó. Se oyó cuchichear en la estancia de al lado y se advirtieron muelles de cama que chirrían un poco. Una tos. Otra tos. Y después, don Gabino Montánchez, con zapatillas y un pijama de varios colores, abultado el simpático bandullo

y un poco inflamado el carrillo derecho, apareció sonriente, saludó a Castuera, del que era amigo, y se dejó presentar a los otros.

—¡Estas pícaras muelas! En fin, ya estoy mejor. El calorcillo de la cama conforta mucho,

Fué necesario que Mendicuti narrase de nuevo. Tenía el permiso del Sr. Dorado; había intervenido la Embajada francesa, muy correctamente, y un pariente del ministro; y era preciso hacer el depósito pues acaso en el primer Consejo quedase resuelto el asunto.

Montánchez, de quien esperaba Mendicuti una actuación ya definitiva, sonrió incrédulo:

—No ffo en Dorado. Además, ¿cómo depositar nada aún? Esta—señalando a su Genovevita—se ha metido en el jaleo contra mi voluntad. Allá ella. Yo deseo darle gusto, y a eso voy. Pero con tino. Comprenderán ustedes, dado su talento y su buen sentido de la vida, que nosotros no tenemos 15.000 mulos en la cocina de esta casa. Nosotros, es decir Genoveva, le ha ofrecido una autorización a unos señores de Zaragoza que se dedican con éxito al acaparamiento del ganado caballar y mular. Somos meros mediadores. Convendrá telegrafiar a Zaragoza, para que venga esa gente, y para que, viendo seguridades absolutas, se decidan a hacer el depósito. 300.000 duros no es cantidad que pueda improvisarse en horas.

Después, y viendo que habían sonado las cinco en el reloj, insinuó a Genoveva:

—¿Qué? ¿Y esos cangrejos?

—Voy, voy.

Y se alzó arrogante, y cruzó el despacho dejando una ventolina de fragancia y de jamonería excitadora.

Mendicuti era una flor tronchada, en tanto. Se le había caído la cabeza sobre el pecho, y no se atrevía a resollar. ¡Sí que el asunto, se iba desenredando, carape! Había creído que sólo intervendrían en él Dorado, de los Ríos y Da Estereira. Y ahora se complicaba el negocio con un zurupeto sin que, una jamona francesa, un notario juanetudo y flemonudo, y unos misteriosos acaparadores de ganado mular que residían en Aragón.

Llegó Genoveva con los cangrejos. Su hermana había puesto un mantelillo y unos platos. Montánchez se acercó a la mesa, husmeó allí golosamente y después de una invitación comedida, se puso a devorar crustáceos.

Olfan bien y pedían deglución:

—Qué, Sr. Mendicuti, ¿uno?

Aceptó Mendicuti. Estaban realmente estupendos duritos, soladillos, magnos.

—Esta los cuece que es una bendición. Mi merienda cotidiana. Vaya otro.

Trajo después la anfitriona una botella de Oporto, y cada cual se atizó su copita. La chimenea ardía crepitando, poniendo su rescoldo familiar y atractivo en aquel hospitalario rincón. Luego, y convenidos en que se telegrafiaría a Zaragoza, y en que deberían volver a hablar en casa de mademoiselle Ategorrieta cuatro días más tarde, salieron. Da Estereira iba un poco mohino. Castuera, seguro de la victoria, resplandecía con altanera apostura:

—¿E les parece? Osa hecha, ¿no?

Mendicuti dijo que sí, pero se iba sintiendo muy triste. Se despidieron en la Plaza de la Villa echando cada uno por un lado. Romualdo, sin saberse qué hacer, entró en «El Lobo Gris».

—¡Mendicuti!

Era Redondo quien lo llamaba con su vozarrón de trueno, honomatopéyico y fragoroso.

—¿Qué hay, querido?

—Le vengo buscando para ofrecerle un asunto admirable.

—¿De mulos?

—¿Cómo lo ha comprendido usted?

—¿Cómo? Si en Madrid no se habla de otra cosa. Y ya, la verdad, me voy hartando un poco de estos líos. Huelo a pesebre.

—Pero es que mi asunto es de una rapidez vertiginosa. Los mulos están en Port Bou. Llegamos a la frontera pasado mañana, y al otro día ya tenemos el dinero.

Sentarónse. Redondo, antiguo conocido de Mendicuti, fué lo bastante elocuente para convencer al recién desengañado. Hablaba Redondo con suculencia pastosa y al perorar se decía que masticase.

Cuando regresó a casa Mendicuti, le dijo a Enriqueta:

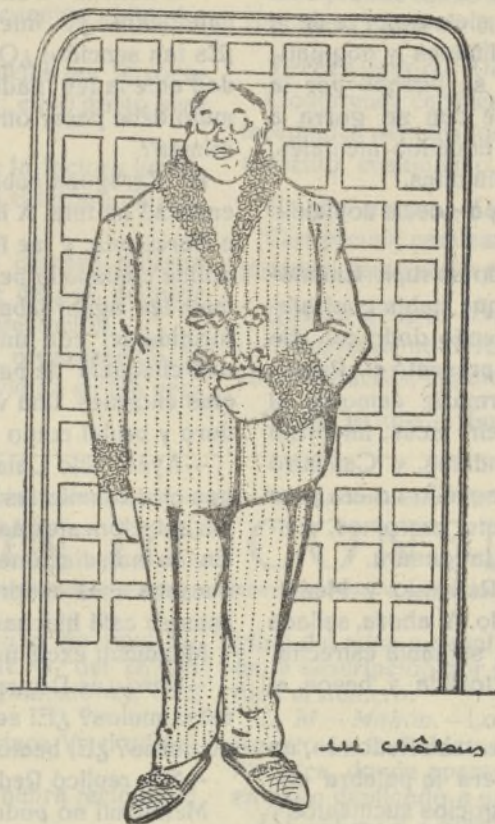
—Me voy a Port Bou. A las nueve de la mañana sale el tren. Prepárame solo el maletín. Voy por muy pocos días.

—¿Dónde está Port Bou? ¿Fuera de España? Eso es una locura—replicó Enriqueta a punto de llorar ante separación tan extramórbica.

—¡Locura! Locura de ingresos, amiga. Locura enorme. Port Bou está en Gerona, y en la misma frontera de Francia.

—¿De qué se trata, Romualdo?—dijo ella barrantando peligros y hecatombes.

—De mulos, hija. Exportación de mulos. Sólo se habla de mulos en la nación. Tengo el alma llena de olor a cuadra. Oigo relinchar hasta en sueños. Padezco indigestión de solpedos. O exporto un burro siquiera, o reviento. Me noto preñez. Voy a parir una mula o un millón.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Va Mendicuti a Port Bou y conoce a la gallota contrabandista que picotea en el estiercol aduaneril.

Casimiro Redondo ya lo esperaba en la estación, con su gorro a cuadros, su gabán parduzco, su bufanda, una maleta emigratoria y unas tortillas de patatas que se rezumaban a través del periódico en las que iban envueltas.

—Iremos en tercera, ¿no?

—¡Claro!—aseveró Mendicuti.

—Y todo lo pagaremos a escote.

—Como es lógico.

—Entonces, saque usted los dos billetes y vaya anotando. Al regresar haremos cuentas.

Extrajo Romualdo los billetes y se metieron en el tren. El coche de tercera iba solo. Cuando arrancó la máquina, descubrió Redondo una tortilla y partiéndola en dos cachos con sus dedos de butifarra pringosa, le ofreció uno a Mendicuti:

—Estas tortillas son obra de mi portera. Las hace admirablemente.

Comieron y echaron tragos de un botellón que llevaba Casimiro, mientras la tierra madrileña, sierra y tomillo, agros de conejada, pasaba más allá de la ventanilla escarchada por el frío.

Casimiro Redondo era alcarreño y ejercía los negocios en Madrid. Redondo le llamaba ejercer los negocios a embaucar mentecatos para la usura, trapichear en el tiro al blanco de señoritas fáciles, realizar algún embargo y aprovechar las incidencias de cualquier adulterio para llevarse trozos de magros y piltrafas de billetes, en la colmillada. En el fondo era bueno y cordial, y si hacía eso era por defender a su familia de la que era idólatra.

Lo había conocido Mendicuti cuando Redondo tuvo un tupi en el callejón de San Ricardo. Allí solían ir varios ateneístas, de siete a nueve de la tarde, para pinzar aceitunas aliñadas y dogmatizar sobre arte. Redondo, que se pirraba por la intelectualidad solía acercarse con su gorra a cuadros, se acomodaba entre aquellos mentales, oía, y a veces escurría sus opiniones.

—Madrid es el amo de Europa—decía copiando a un pedante.

No le duró mucho a Redondo su tupi. Enamorado de una bailarina a la que había contratado para atraer público, y habiendo dado con ella en la Costanilla, una tarde se presentó el «Patás» en el establecimiento para armarle camorra al «tiazó aquí». Salieron a relucir facas, intervino la policía, hubo multas, escándalos, y Casimiro entonces, convencido de que aquello no era para él, se lo traspasó a un sacerdote castrense, suspenso de misa y bien poblada la tonsura.

La amistad, empero, entre Redondo y Mendicuti, no se interrumpió del todo. Y ahora, sellada por aquel negocio fulminante, se había estrechado más entre mordiscos a la tortilla y besos al botellón.

El asunto, tal como lo presentaba Redondo, no podía ser más mollar. Mollar era la palabra con la que Redondo definía los negocios suculentos y fáciles. Y al decirla, se ponía muy simpático.

Un día, había recibido el financiero carta de Port Bou. Decíase así: «Se están pasando mulos de contrabando por esta frontera. Yo tengo preparados cuantos sean precisos. Venga usted acompañado de un periodista. Lo mejor de todo un periodista. Y una de dos, o nos callan o nos dejan contrabandear también a nosotros. Por cada mulo le daré quince duros. Si acepta póngame un telegrama y saldré a Barcelona. Suyo afectísimo, Calademuls».

—¿Quién es Calademuls?—había preguntado Mendicuti.

—Un guaja. Tiene un café en Port Bou. Yo lo conocí con motivo de unos estacazos que se en-

conaron y llegaron al Supremo. Buen chico. Para estas cosas de matute, el mejor.

Mendicuti había aceptado el negocio con una condición. El no intervendría en nada rudo ni peligroso. Daría su nombre, conocido por las gentes de letras y con alguna resonancia en el orbe político. Si bastaban las buenas, allí estaba Romualdo. Pero si la cosa tomaba aspecto feo, y era preciso acudir a la amenaza o al escándalo, entonces no. Mendicuti, miope, teósofo y reformista, no era hombre de presa ni de acción.

—Entonces—tronó Redondo con su vozarrón imponente—yo intervendré. Pero no hará falta. ¡Es tan sencillo! ¿Qué pedimos nosotros? Igualdad ante la ley nada más. Por donde pasa un mulo debe pasar otro. ¿Es esto una locura, un crimen?

En Zaragoza subieron dos comisionistas y se enzarzó un tute. A las once de la noche llegaron a Barcelona, y se fueron al Hotel Anglo-Ruso, donde costaba la pensión cinco pesetas. Calademuls les aguardaba impaciente. Era un catalán formidable, con un metro noventa de estatura, una chaqueta de pana, un sombrero flexible de alas enormes, una varita en la mano, y un mirar duro y brutal como una puñalada a traición.

—Ayer—dijo Calademuls—han pasado lo menos cien caballerías. De Figueras a Port Bou todas las estaciones están llenas de vagones mulares. En las inmediaciones de mi pueblo ha tomado Requesens unas cuabras que tiene repletas. Requesens se está hinchando.

Mendicuti exclamó entonces un poco absorto:

—Pero ¿es Requesens el exportador de todos estos mulos? ¿El senador datista? ¿El adorador nocturno? ¿El beato?

—Sí—replicó Redondo.

Mendicuti no pudo contener ya su indignación:

—¡Ah, pues yo te juro mojigato, indecente, que el rabo de tu último mulo tirará de mi primera caballería! ¡Fíese usted de hipócritas! ¡Pero si ese germanófilo asqueroso hizo una interpelación parlamentaria sobre las exportaciones, diciendo que España se quedaba sin judías y sin tocino fresco!

—Para fijar y preparar este negocio—aseveró Calademuls que no tenía casi acento catalán, pues lo había perdido en Buenos Aires donde atorronteó un poco—. Lleva ganado, según mi cuenta, un millón por lo menos.

(Continuará.)

SECCION DE ENCARGOS

ARMAS Y LETRAS, en su afán de proporcionar a los suscriptores toda clase de ventajas, organiza desde este número la «Sección de encargos», que ha de ser de gran utilidad para los que residen en provincias.

ARMAS Y LETRAS se constituye desde hoy como agente representante en Madrid de sus suscriptores, encargándose de elegirles, comprarles y remitirles, sin comisión alguna, cuantos objetos o géneros necesiten.

El envío se efectuará en paquetes por ferrocarril o correo contra reembolso, cuyo gasto será cargado al suscriptor.

A la expedición acompañará la factura justificante de la Casa vendedora y un catálogo de precios, si existe.

Los que antes de verificar su compra quieran conocer detalles del género que deseen adquirir deberán enviar sello para la contestación.

Para la mayor facilidad en la organización, la «Sección de encargos» queda dividida en los grupos siguientes:

Primer grupo.—Material y objetos de escritorio.

Comprende impresos, cartas timbradas, lápices, plumas, gomas, etc. Archiveros, ficheros, clasificadores y toda clase de objetos que tengan relación con las oficinas y despachos.

Segundo grupo.—Libros.

Comprende todas las obras científicas y literarias que existan en el mercado.

Tercer grupo.—Documentos.

Comprende certificados de última voluntad, antecedentes penales, del registro, partidas de nacimiento, casamiento, etc.

Cuarto grupo.—Camisería y objetos de equipo.

Comprende camisas, cuellos, puños, corbatas, guantes, bastones y paraguas.

Quinto grupo.—Sombrerería y zapatería.

Comprende sombrero de todas clases, gorras, roses, chacots, zapatos y botas.

Sexto grupo.—Especialidades farmacéuticas.

SECCIÓN DE CONSULTAS

J. H. M.—Santoña.—Su consulta no tuvo lugar a ser contestada pues por R. O. del 28 del pasado fué V. destinado al Regimiento de San Fernando núm. 11.

L. B.—Medina del Campo.—Hace V. el número 2 para ir forzoso a Africa.

B. M.—Toledo.—Suponemos habrá recibido el número que interesa.

B. A. M.—Córdoba.—Suponemos en su poder el número de Octubre que le ha sido enviado oportunamente.

J. S. Z.—Pamplona.—Se le ha enviado por duplicado el número pedido. No le pasamos cargo por ello.

J. L. M.—Archinet.—Suponemos en su poder los números de Septiembre y Octubre que le han enviado por duplicado.

A. S.—Gallur.—Recibido el giro. Se le ha enviado el núm. 9 que pedía.

A. de M.—Bilbao.—En nuestro poder su grata. No tenemos ni un sólo ejemplar del número primero. Si podemos efectuar la primera tirada—cosa que creemos difícil—se lo enviaremos en seguida.

J. R.—Los apuntes del concurso hípico no se pudieron publicar por tener ya en prensa un ori-

ginal del mismo asunto. Puede enviar el importe de la suscripción por giro postal. El precio lo indica el número.

L. M.—Mahón.—Los números de Junio, Julio y Agosto se le habían enviado al Regimiento de América, donde aparecía V. destinado. Le hemos enviado duplicado a su actual destino.

J. C. O.—La Línea.—Cumpliendo sus deseos se le han enviado por duplicado los números de Septiembre y Octubre que pedía.

F. H.—La Línea.—Recibido su giro. No se le puede pasar cargo por el Habilitado de Comisiones activas por no tener cuenta con la Caja Central.

F. R. M.—Su instancia pidiendo recompensa ha tenido entrada en el ministerio. Ha pasado al cuarto negociado de Subsecretaría.

J. M. R.—Cádiz.—La instancia a que hace mención no ha tenido entrada en el Ministerio. El anuncio del concurso para los cargos de Juez y Secretario, no tendrá lugar hasta que no termine la organización de las bases navales. Entonces se anunciará.

R. M. A.—No existe la papeleta a que hace mención pidiendo vacante en los regimientos Ternerife, Las Palmas y Cádiz.

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

*Cuatro-dos, mujer de cuarta,
pasó el Ebro una tres-cinco
por mandato de mi todo,
rey de España muy antiguo.*

Y

*¡Así te coma una todo
grandísima tres-dos-tres,
que por quitarme el primero
me has dejado sin comer!*

DOBLE ACRÓSTICO

1.º

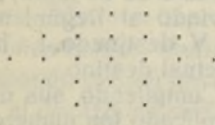
- 1 5 7 Jugete.
- 2 7 5 1 En la provincia de Sevilla
- 3 4 5 6 1 Nombre de mujer.
- 4 3 5 7 Río.
- 5 4 6 1 2 Pedazo de lienzo.
- 6 4 Vegetal.
- 7 6 5 1 Pronombre.

2.º

- 1 2 4 5 7 En los edificios.
- 2 1 Nota musical.
- 3 7 2 1 Objeto redondo.
- 4 5 1 6 7 Musa.
- 5 4 1 2 Moneda.
- 6 4 2 1 En los comercios.
- 7 5 1 6 4 En los manicomios.

Tanto en el 1.º como en el 2.º, se ha de leer el mismo nombre en la primera línea vertical.

LOSANGE



Reemplazar los puntos por letras de suerte que leídas horizontalmente expresen: 1.º, número romano; 2.º, adverbio, conjunción o apellido; 3.º, lo más alto de los masteles; 4.º, la virtud de las virtudes; 5.º, el demonio; 6.º, un óxido con un ácido metálico; 7.º, consonante.

Verticalmente: 1.º, letra dominical; 2.º, especie de bigorneta; 3.º, fruta; 4.º, caudal; 5.º, para pescar; 6.º, perfecto o de especial virtud; 7.º, número romano.

Combinación acrostica.

1.º Hallar las palabras siguientes, todas de cinco letras: 1.º, fenó-

meno físico; 2.º, tiempo de verbo (plural); 3.º, bienaventurado; 4.º, tirano, y 5.º, nación.

2.º Las iniciales de estas cinco palabras formarán en acróstico el nombre de un historiador.

3.º Variar el orden de colocación de las letras de cada palabra, y que entonces expresen: 1.º, producto marítimo; 2.º, adverbio; 3.º, apuntes; 4.º, musa, y 5.º, personaje de la Biblia.

4.º Las iniciales de estas cinco palabras, en lugar del nombre, expresarán el apellido del susodicho historiador.

Soluciones a los pasatiempos del número anterior

A las charadas:

Pielago.
Talavera.

A la cruz geográfica:

G
U
A
CÓRDOBA
A
L
A
J
ALAVA
SORIA
NAVARRA

Al cuadrado de puntos:

E L I S A
A L E L Í
A T I L A
M O R S E
C I L L A

Al acertijo charadístico:

Retorta.

Al Problema de ajedrez:

Alfil a 2 de Caballo y mate a la siguiente.

CASOS Y COSAS

Por carecer la localidad de profesor de instrucción primaria, el secretario de Utebo se dedicó a dar escuela nocturna para adultos.

A un alumno que no bajaba de veinticinco años de edad, explicaba una noche algunas operaciones de aritmética.

—Vamos a ver, le decía: ¿Cuántas son diez y diez?

—Pues son...

—Es muy sencillo: Si a una cantidad de diez agrega usted diez más, resultará un total de veinte. Y si de esa cantidad quitamos la mitad, ¿cuanto nos queda?

—Pues quedan...

—Prácticamente. Usted tiene en su poder, veinte pesetas, y de esas veinte me dá usted a mí diez. ¿cuántas le quedan?

—Veinte.

—No, señor. Porque a mí me dá usted diez.

—¡Me caso en Cristina! ¡Mía que es usted tonto! ¿Qué piensa usted que yo le iba a dar las diez pesetas?

■

Un bibliomano compró un libro a un precio exorbitante.

—Muy caro es, le dijeron.

—Sí, pero también es un libro muy raro.

—¿Y si lo reimprimen?

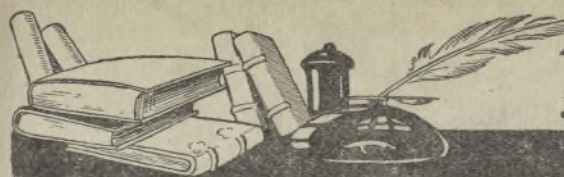
—¡Quíá! si lo reimprimiesen, nadie lo compraría.

■

Un capitán increpa a un soldado porque le ha visto en una taberna.

—Misté, mi capitán—responde éste—yo hi entrao en la taerna porque hi visto dos amigos mfos que querfan enborracharse y he querido impedirlo. Como habfan pedido tres litros de vino pa dos yo me hi bebfo un litro y así les hi cortau la ración.





Bibliografía

Historial del Regimiento de Infantería de Tarragona, núm. 78.—El Teniente Coronel don Antonio García Pérez, nos ofrece en este libro una prueba más de su erudición extraordinaria. Como él dice en el comienzo de la obra, el libro responde a una necesidad: la de dotar al regimiento de Tarragona de la ejecutoria de sus pasadas grandezas. El Teniente Coronel lo ha conseguido completamente y con su bello estilo nos narra la historia del nuevo regimiento.

Disciplina y Egoísmo, por Pedro Rivas y Cabo, comandante de Infantería.—Es un trabajo sociológico de grande interés, en el que con gran acierto y alteza de miras se trata de la importancia y necesidad de inculcar el concepto de la disciplina en todos los órdenes que integran la sociedad.

El libro de la vida nacional.—Conversaciones con grandes españoles, por Ramón Martínez de la Riva. En un bien editado tomo, ha reunido este ilustre escritor una colección de interesantes crónicas e *interviews* que presentan con mano maestra a los grandes españoles, los más insignes políticos, los más grandes escritores, las fi-

guras más salientes del periodismo, de la literatura y del teatro nos ofrecen su alma a través de las páginas amenas de Martínez de la Riva. Es un libro que debe formar parte de toda biblioteca. Precio, 5 pesetas.

Salmos españoles, por D. José Ortega Muni-lla, de la Real Academia Española.—El insigne maestro ha reunido en un tomo sus más viriles y patrióticos artículos. Como él mismo dice en el prólogo, son comentarios y rápidos juicios que expresa con formas amenas. Son afirmaciones y doctrinas. Constituyen la fórmula del anhelo de un hombre que quiere vivir al amparo de la Ley de Dios.

Cuentos y cosas, por Pedro Muñoz Seca.—Es un chispeante libro en el que el autor desarrolla con su peculiar gracejo una porción de situaciones a cual más cómicas e interesantes. Precio, 4 pesetas. Editorial Pueyo, Madrid.

El placer de sufrir, por A. Hernández Catá.—Novela subyugante y llena de interés. Precio, 4 pesetas. Editorial Pueyo, Madrid.

Anuncios por palabras

SAHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.

GORRAS y efectos militares.—Isidro Sánchez. Alcázar, 6, Toledo. Gorra azul bordada, 16 pesetas; con emblema metal, 14 pesetas. Envíos a provincias.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

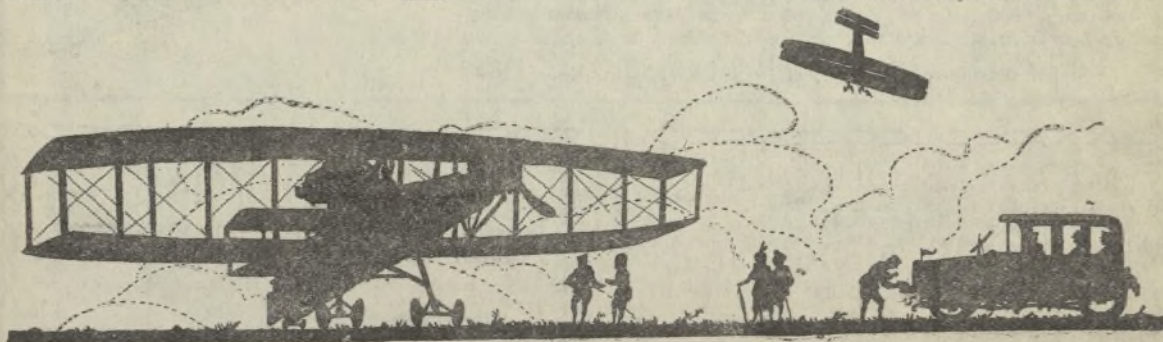
GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario: Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación de 10 por 100.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

PARA hombres.—Ayer ventrudo; hoy enjuto: es que uso las Fajas de Justo. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

LA EXPOSICIÓN.—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Teléfono G. Ramos. Príncipe, 19. Madrid.

CLEMENTE y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.



ACADEMIA TORRES

CARRERAS MILITARES, CUERPO GENERAL,
ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

COMPETENTE PROFESORADO DEL EJÉRCITO, ARMADA Y CIVIL

NÚMERO DE APROBADOS ÚLTIMO CURSO, 40

NÚMEROS 1, 2 Y 3 ÚLTIMA CONVOCATORIA CUERPO GENERAL DE LA ARMADA

Esta Academia ha obtenido en seis años de fundación, entre sus aprobados, el número 1, Cuerpo general, en 1915; número 1 Ingenieros de la Armada en 1917 (previo); números 1 y 2, Cuerpo general, en 1917, y número 1, Infantería, en 1918.

Para detalles pídase reglamentos, en donde figuran las relaciones nominales de todos los aprobados.

EXTERNOS * MEDIO EXTERNOS * INTERNOS

∴ PIAMONTE, 7. - MADRID ∴

*En compañía, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero. ∴ Es la mejor.

Precio del modelo "Safety": 28 ptas.

Pidiéndola por conducto de "Armas y Letras", la CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. Devolución en los ocho días al no convenir



EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

* * *

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

∴ guantes, medias, etc., etc. ∴

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

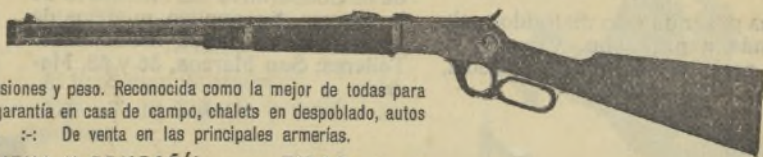
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. ∴ De venta en las principales armerías.

∴ ∴ Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA ∴ ∴ EIBAR ∴ ∴



PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS
Y VENTAS

LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

Mes de octubre de 1920.

El número que precede a cada disposición es el del *Diario Oficial* en que aparece inserta la Real orden.

Academias.

231.—Se dispone que los alumnos internos satisfagan, a partir del mes actual, la cantidad de seis pesetas mensuales en concepto de lavado y planchado de ropa, y que la cuota que cada alumno abona al fondo de material, como pago de matrícula académica, sea elevada de 15 a 20 pesetas mensuales.

También se dispone que los derechos de admisión a concurso que deban satisfacer los aspirantes a ingreso en las distintas Academias serán de 40 pesetas, en vez de 25, a partir de la próxima convocatoria.

Ascensos.

242.—Se determinan los requisitos que se deben reunir para el ascenso de los sargentos de Carabineros a suboficiales y alféreces de la escala de reserva.

Brigada Obrera y Topográfica.

230.—Se dispone que el examen de los reclutas que han de ser destinados a la Brigada Obrera y Topográfica se verifique en las capitales de las regiones respectivas.

Cartilla militar.

233.—Se dispone que en lo sucesivo la cartilla militar conste de una funda-cartera con un solo compartimento, en el que se guardarán dos cuadernos, uno donde se anotará la filiación del individuo y todas las situaciones por que vaya pasando durante su permanencia en el servicio militar, y otro el de concentración correspondiente a la situación en que se encuentre.

237.—Se dispone que mientras se obtiene el aumento de crédito necesario para la tirada de las cartillas militares se reemplaze dicho documento por el antiguo pase de situación.

Dementes.

242.—Se dispone que pueden aplicarse en su caso a los jefes y oficiales en situación de reserva los preceptos del reglamento de dementes.

Distintivos.

231.—Se dispone que los vehículos de las autoridades militares que tengan derecho a honores vayan provistos de distintivos de bandera y faroles, siendo las banderas correspondientes al ministro de la Guerra y capitanes generales del Ejército de los colores de la bandera nacional, y los faroles, amarillo y rojo; los de los capitanes generales de las regiones, de color rojo, bandera y faroles, y los de los gobernadores militares, de color azul, blanco y verde, también ambos, según que aquellos sean generales de división o de brigada. Las banderas sólo se izarán cuando la autoridad militar que tiene derecho al honor ocupe el carruaje.

Escuela Superior de Guerra.

246.—Se dispone que la cuota de matrícula de la Escuela Superior de Guerra se eleve, a partir del mes de noviembre, a 42,50 pesetas.

Gratificaciones.

226.—Se fija en 175 pesetas la gratificación que deben percibir los jefes destinados a las Fuerzas regulares indígenas, y en 125 la que deben percibir los oficiales y asimilados.

Guías de armas.

235.—Se dispone que el Depósito de la Guerra edite guías de pertenencia de armas y matraces, el que las expenderá a las Capitanías y Comandancias generales al precio de tres pesetas el ciento.

Oficialidad de complemento.

242.—Se determinan las condiciones que deben reunir los voluntarios de un año y los reclutas de cuota para ser oficiales de complemento.

Organización.

231.—Se determinan las atribuciones que corresponden a la Sección de Movilización de Industrias civiles y las características de su organización.

234.—Se dispone que sobre la base de los actuales depósitos de armamento de la Península, que se suprimen, excepto el de Málaga, se creen 16 Parques divisionarios, correspondientes a las 16 divisiones orgánicas, quedando afectos a las de su mismo número.

245.—Se dispone que con las actuales compañías de Zapadores y Telégrafos afectas a las Comandancias de Ingenieros

de Mallorca, Menorca, Tenerife y Gran Canaria se constituya en cada una de dichas islas un "Grupo de Ingenieros", independiente de la Comendancia de Ingenieros respectiva.

Premios de constancia.

246.—Se dispone que los individuos de la Guardia civil que, sin contar los seis años de servicios en filas, cobraban en fin de marzo último premio y plus de reenganche, e ingresaron en dicho Instituto con arreglo a las Reales ordenes de 4 de julio de 1893 (C. L. núm. 241) y 21 de agosto de 1909 (C. L. núm. 173), perciban el premio de constancia de 20 pesetas mensuales en sustitución del mencionado premio y plus, y que les apliquen en un todo las susodichas instrucciones para entrar en posesión del mayor premio de constancia, el de 27,50 pesetas mensuales que corresponde a los diez y seis años de servicios efectivos; igualmente se aplicarán las mismas citadas instrucciones para gozar ambos premios a los que no disfrutasen el mencionado premio y plus de reenganche en fin del repetido mes de marzo o hayan ingresado después de dicha fecha, aunque sean licenciados absolutos.

Recompensas.

232.—Se dispone que por el alto comisario se formulen y cursen con urgencia las propuestas de generales, jefes y oficiales que desde 30 de junio de 1918 hasta la fecha hayan sido acreedores a que se les conceda la medalla de Sufrimientos por la Patria.

Tercio de extranjeros.

234.—Se determinan reglas para el ingreso de oficiales, clases y soldados en el Tercio de extranjeros.

Uniformes.

235.—Se concede la gratificación de uniforme a los ordenanzas del Cuerpo de Intendencia que disfruten sueldo superior a 1.500 pesetas anuales.

Vestuario.

Se dispone que el impermeable declarado reglamentario para los suboficiales del Ejército sea clasificado como prenda menor.

Zonas militares.

225.—Se determinan los requisitos que hay que hacer constar en las propuestas que se refieren a expropiaciones forzosas en las zonas militares.

Servicios de la Compañía Transatlántica.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LÍNEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para New-York Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LÍNEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA

FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea.)

3

MAGNÍFICAS POS-
TALES O CARNETS
UNA PESETA

**COMPañÍA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31 TELÉFONO M. 1.444

Admón. de Loterías, núm. 16.-PLAZA DE SANTA CRUZ, 2.
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, Ultramar y
Extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados
de su importe.

SASTRERÍA DE SEÑORA Y CABALLERO
ANTONIO LÓPEZ & REBULLIDA

MAYOR, 25, ENTRESUELO

JOYERÍA HISPANO-BELGA
MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garan-
tizada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONÓMICOS NO DEJE USTED DE
VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. Pelayo, 70 (próximo a
Fernando VI).

MATERIAL ELECTRICO

Lámparas filamento metal de todas marcas.

A. PAJARES JARDINES, 7 y 9

CONSTRUCCIONES EN CINC, PLOMO, PALASTRO
Y CHAPA GALVANIZADA

HILARIO PUERTA GARCÍA. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.-Teléfono 3.378.

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA
CÍVICO-MILITAR. - La mejor y más conveniente.

R. FERNÁNDEZ ROJO GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. :: Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.-FUENTES, NÚM. 7.-MADRID

DOYCO (S. A.)

REPRESENTACIO-
NES NACIONALES

Y EXTRANJERAS = FUENCARRAL, 119

LA OCASION COMPRA Y VENDE Motocicletas, bici-
cletas, accesorios,
gramófonos y discos.

MAYOR, 68

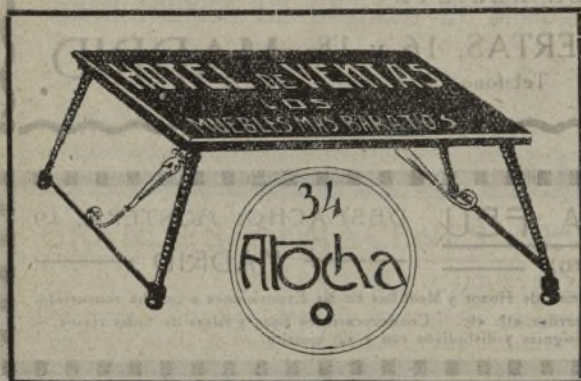
TRANSPORTES SERVICIO POR CAMIONES DE TOLEDO
A MADRID Y VICEVERSA

Domicilios: En TOLEDO: Parador de San José.
En MADRID: Calle de la Bolsa, 3

CERERÍA Y PERFUMERÍA

MANUEL CAMPOS Bárbara de Braganza, 10.
PRODUCTOS EXTRANJEROS Y DEL PAÍS

RECLUTAS DE CUOTA ESCUELA CIVICO-MILITAR (AUTORIZADA
OFICIALMENTE) MAYOR, 86.-MADRID



BORISOL ANTISÉPTICO Y
DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos genito-urinarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. - San Marcos, 11.-MADRID

ARTÍSTICAS TAPAS

para la encuadernación del primer tomo de
ARMAS Y LETRAS PRECIO: 3,50
PESETAS

Se mandan por correo certificadas contra envío de 3,80 pe-
setas por Giro postal.

A los señores suscriptores que así lo indiquen se les pasa-
rá cargo del importe por la Caja Central.

BOLETIN PARA PEDIR LAS TAPAS

D., calle de
que vive en, desea adquirir las tapas
para encuadernar el primer tomo de ARMAS Y LE-
TRAS, a cuyo fin envía (1) por Giro postal la canti-
dad de 3,80 ptas.

(Firma.)

Cótese este Boletín y envíese en sobre
abierto, con franqueo de 2 céntimos.

(1) Si el cargo ha de pasarse por la Caja Central indíquese así.

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECÁNICOS

Argmosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Ayllós) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. — Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz. — Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. — Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. — Teléfono M - 4.205. — MADRID

Escopetas. — Artículos para caza y viaje. — Objetos para regalos. — Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. — Pañuelos de Manila y mantillas de encaje.

VENTA de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

COMPRA a altos precios todo lo que se venda.

= VICENTE BAYÓN =

(Que fué de la casa Vaguillas.)

NO CONFUNDIRSE

Peligros, 7. — Entrada por Jardines, 40. — Tel.º 4.676-M.



EL LENTE DE ORO

ÓPTICA FINA

ARENAL, 14 - MADRID

GEMELOS PRISMÁTICOS ZEISS - GOERZ Y OTRAS

MARCAS :: GEMELOS DE CARTERA PARA TEATRO

ERNESTO GIMENEZ

(Antes GONZALEZ Y GIMENEZ).

ALMACÉN DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO POR MAYOR

TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFIA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS

HUERTAS, 16 y 18

:: Y FABRICA DE SOBRES ::

Teléfono 1.074

MADRID

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. — Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases. — Medallas para premios y exposiciones. — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

AGUAS MINERALES NATURALES

VALDEZARZA

EL MEJOR PURGANTE DEL MUNDO, reconocido por las ciencias médicas por su especial mineralización y no producir irritación «ninguna». Cura segura de las enfermedades de la piel y escrófulismo. Léase el folleto médico con el análisis. ¡¡VERDAD!!

Las más agradables de tomar, sin producir náuseas, como otras aguas.

Venta en las principales farmacias, y en el depósito: ARENAL, 26. — F. SANTOS

ACADEMIA "PINO"

Montera, 35 - MADRID

Exclusiva para el ingreso en el
CUERPO DE TELÉGRAFOS

Resultados de las oposiciones últimas:

Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.
Oposición: Presentados, 56; ingresados, 51.

Profesores:

D. RAIMUNDO DEL PINO,

Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Gobernación.

D. JOSÉ RODRÍGUEZ,

Jefe del Gabinete telegráfico del Ministerio de la Guerra.

D. ANTONIO REYES,

Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la Universidad Central.

D. ISIDORO HERNANDO,

Oficial polígota del Cuerpo en la Dirección general.

D. MANUEL MAÑO,

Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central.

D. ARTURO GONZÁLEZ,

Delineante.

ARTURO JACKSON, representante general para España de los
AUTOMÓVILES

STAR Y DENNIS

Pasaje de la Alhambra, número 4. - GARAGE

PAPELERÍA :: IMPRENTA

DE

Felipe Martín Crespo.

Mayor, 47.-MADRID

Teléfono 211-M.

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS
:: ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

EL ARCA DE NOÉ

CORREDERA BAJA, 39.-MADRID

PAPELERÍA-IMPRENTA

OBJETOS DE ESCRITORIO

Completo surtido para suministro de oficinas.
Recomendamos esta Casa como la más económica en precios.

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO

DE

PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. - (Esquina a Hortaleza.) - MADRID

:: BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE ::

CUNAS MOISÉS Y GARITAS
PARA PLAYAS Y JARDINES

ESPECIALIDAD EN SILLERÍAS DE BEJUCO ESMAL.
:: TADO Y DE MEDULA ::

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18.-MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército. — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España. ALTOS PRECIOS

AUÑON

ESPADERO DE LA REAL CASA

La antigua espadería de la calle Fuencarral, 33,
:: se ha trasladado a su sucursal ::

CALLE MAYOR, 68

ALBERTO ROMERO

SASTRE

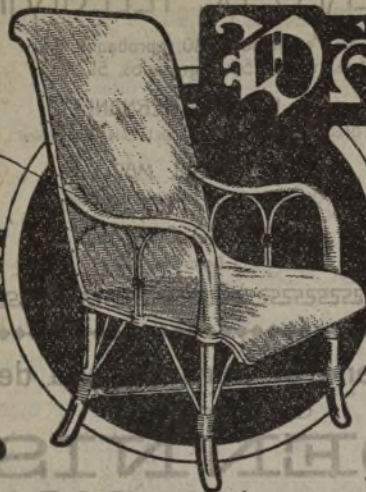
ESPEJO, 6, BAJO

HECHURA Y FORROS DE TRAJES
DESDE 60 PESETAS

FÁBRICA DE MUEBLES DE JUNCO Y MADERA

DOMINGO AZCUE

Azprilia



Plaz 28'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Exposición
&
Depósito
en la
sucursal



Plaz 22'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Fernando VI, nº 1.
(esquina Hortaleza)

MADRID

CONSTRUCCIÓN DE SILUETAS Y BLANCOS DE BEJUCO.
PROVEEDOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO.



AUTOPIANOS



AUTOPIANOS

CASA AMERICANA TODO BARATISIMO

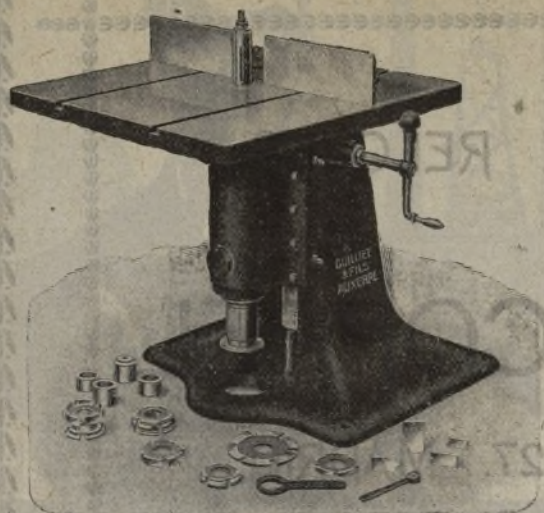
Máquinas de escribir de todas marcas, cintas, papel carbón, copias, reparaciones, presupuestos gratis. Traducciones, novedades en objetos de escritorio en general. Auto-pianos y rollos de 88 y 65 notas.

CASAS:

CARRETAS, 5, pral.
Teléfono 22-90.

HORTALEZA, 39, y PÉREZ GALDÓS, 9. Teléfono 40-77.

SIERRAS Y MAQUINAS-HERRAMIENTAS PARA TRABAJAR LA MADERA



PARA TALLERES DE CARPINTERÍA, EBANISTERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CARRUAJES, VAGONES, ETC. FABRICACIÓN DE PARQUET Y DE TODO LO RELACIONADO CON LA INDUSTRIA DE MADERA

GUILLIET FILS & CÍA.

CONSTRUCTORES MECÁNICOS

DEPÓSITO DE MAQUINAS Y ACCESORIOS
PARA ESPAÑA

23, Fernando VI, 23; teléfono M-3.147.

MADRID

PÍDANSE CATÁLOGOS Y PRESUPUESTOS

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Fábrica de Carrocerías, Side-Car y Rear-Cars para industrias.
CHASIS PARA MOTOCICLETAS de todas las marcas.

TEODORO UBEDA, FUENCARRAL, 164 Madrid. Teléfono J-952.
(antes 147).

OFRECEMOS GRANDES OCASIONES

En alhajas finas garantizadas, lindos modelos en pendientes, pulseras, sortijas, alfileres, dijes, medallas, bolsos plata. Gran exposición de relojes de oro de ley, ricas repeticiones y relojes de pulsera siempre de los últimos modelos y buenas marcas, pianos, escopetas, armas, máquinas de escribir, máquinas fotográficas, gramófonos, paraguas, impermeables, antigüedades, abanicos, objetos varios e infinidad de artículos propios para regalos.

Compramos, vendemos y cambiamos todo.
Casa exclusivamente en artículos de ocasión.

CASA SERNA, Hortaleza, 9. Tel. 5.351-M.



RECOMENDAMOS usar los TIRANTES y LIGAS ALASKA por ser lo más cómodo y práctico conocido.

PÍDANSE EN TODAS LAS CAMISERÍAS

AUTO-RHULLY, S. A. Agencia: CASTELLÓ, 24.

Motocicletas Harley Davidson.

FÁBRICA DE RELOJES

DE

CARLOS COPPEL

27, Fuencarral, 27. - MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra.

Remesas a
provincias



Catálogos
:-: gratis :-:

Núm. 3.311.

Reloj pulsera de cuero, máquina fina,
forma cuadrada, de la marca M. Z. A.,
en caja de plata de ley. 130 pesetas.
En caja de oro de ley . . . 350 —

A PAGAR EN PLAZOS MENSUALES POR MEDIACIÓN
DE LA COOPERATIVA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA



SIDERURGICA COMERCIAL

(S A)

Cables y telegramas: SIDERURCO

IMPORTACIÓN Y VENTA DE

Planchas de acero para construcciones navales, calderería, arcos de caudales y blindajes.

Planchas magnéticas para motores, dinamos, etc. Planchas de cobre, latón y alpaca.

Tubos de acero y cobre con y sin soldadura, estirados en caliente y en frío, por recubrimiento, a solapa, etc.

Tubos de cobre, hierro y latón para aplicaciones generales.

Tubos forjados de hierro para altas conducciones de agua.

Cables de acero, alambres y cintas de acero

Lingotes de hierro y acero para fundir, forjar o laminar.

Aceros para herramientas de mano y mecánicas.

Aceros en barras y tochos para toda clase de construcciones mecánicas.

Rieles para ferrocarriles y tranvías.

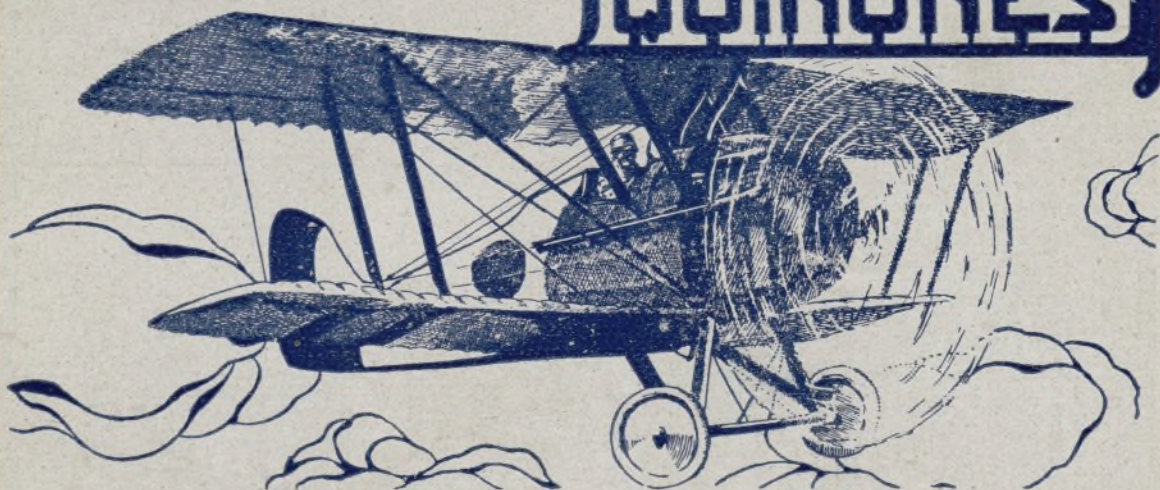
Paseo de Gracia, 99.-Teléfono G. 1.644.-BARCELONA

Calle de Recoletos, 6. - Teléfono S. 1.300. - MADRID

SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

TOLEDO, CÁDIZ, SEVILLA, HUELVA, BILBAO, SANTANDER, CÓRDOBA, VALENCIA, TERUEL

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

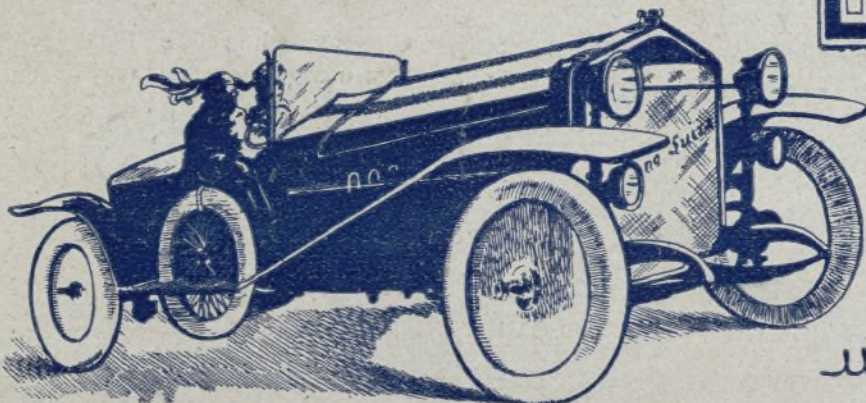
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores "Napier", para aviación. Cables de goma. Tensores, Tubos de acero
Cuerdas de piano. Cables de alta. Cojinetes de bolas. Hélices. Neumáticos. Ruedas metálicas. Telas para globos. Trajes eléctricos para aviadores. Tornillería de acero. Aceites y grasas "Oleosol", etc., etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châleau

Cip. Católica R. Fontana.—8. Bernardo, 7.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid